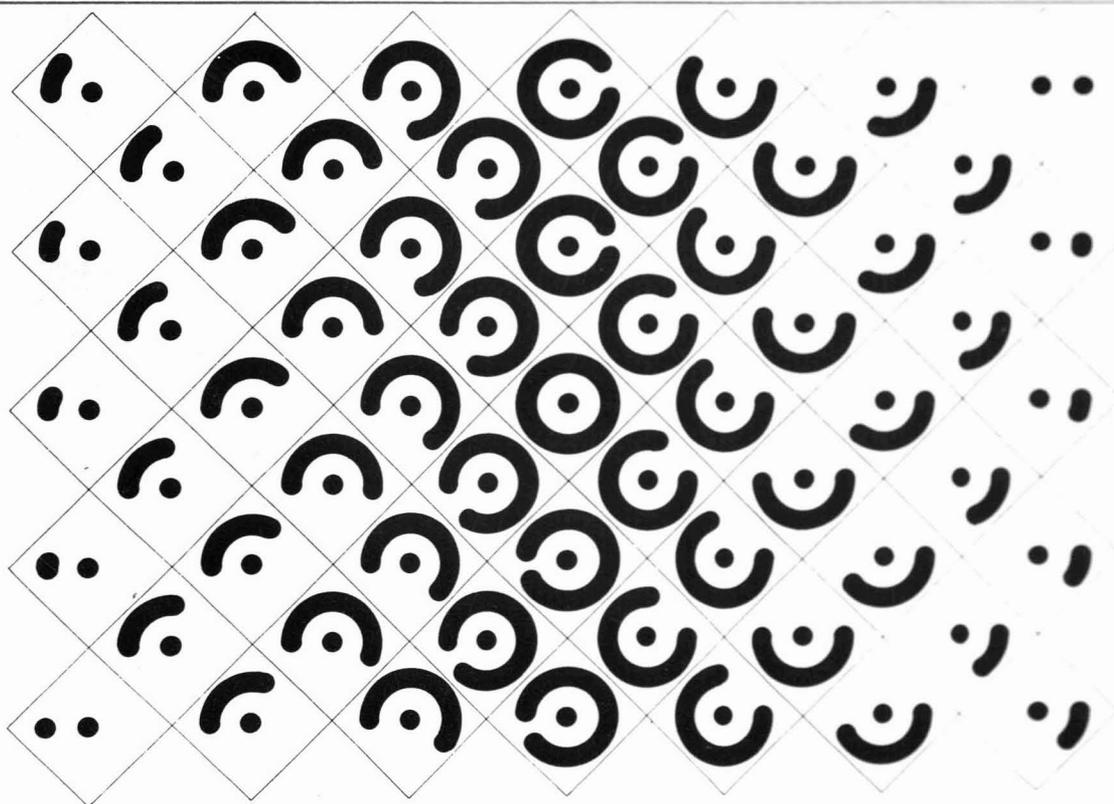


PABLO GONZÁLEZ CASANOVA
ALLENDE SEIS AÑOS DESPUÉS

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE
TANTAS VECES PEDRO

FELIPE GONZÁLEZ: EL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL
JAVIER SOLOGUREN: ADÁN EN EL PARAISO DE LA VANGUARDIA
J.E. EIELSON: CUARTETO FINAL
GUSTAVO GARCÍA: JOHN REED CASI SE CANSA DE MIRAR
ILLESCAS, OVIEDO, CARDOZA/LIBROS

REVISTA DE LA
**UNIVERSIDAD
DE MEXICO**



JUAN RULFO
**SITUACIÓN ACTUAL
DE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA**

SUMARIO Volumen XXXIV, número 1, septiembre de 1979

Pablo González Casanova

"Igualar los actos con las palabras" (en el sexto aniversario de Salvador Allende), 1

Ernesto González Bermejo

"La literatura es una mentira que dice la verdad" (una conversación con Juan Rulfo), 4



Juan Rulfo

Situación actual de la novela contemporánea, 9

Alfredo Bryce Echenique

Tantas veces Pedro, 15

Javier Sologuren

Martín Adán, un olvidado en el paraíso de la vanguardia, 21

Felipe Gonzáles

I El Partido Socialista Obrero Español (Dos discursos)

Martín Adán

Mis primeros cinco amores, 25

J.E. Eielson

Cuarteto final, 29

Gustavo García

John Reed aún no está del todo cansado de mirar, 30

ACLARACION:

En el número correspondiente al mes de agosto apareció un ensayo de José María Bulnes y un comentario al mismo de Arnaldo Córdova. Tales artículos se presentaron originalmente en el "Seminario Internacional sobre el Discurso Político, teórico y Analítico" organizado por la Coordinación de Humanidades, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. En coedición con la Editorial Nueva Imagen, la Universidad publicará próximamente un libro que recoja las ponencias de dicho seminario, y las discusiones a que dieron origen. Un lamentable error le impidió a la *Revista* agradecer en su momento a la Coordinación de Humanidades, las facilidades que se le dieron para la publicación de ese material.

La Redacción

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General Académico: Dr. Fernando Pérez Correa
Coordinador de Extensión Universitaria: Arq. Jorge Fernández Varela.

Revista de la Universidad de México

Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural / Dirección General: Lic. Gerardo Estrada

Director: Arturo Azuela

Jefe editorial: Cristina Pacheco

Jefe de redacción: Guillermo Sheridan / Asistente: Rafael Vargas / Editores: Armida de la Vara y Eduardo Enríquez

Dirección artística: Vicente Rojo, Bernardo Recamier

Administración: Pedro Parra Reynoso

Antiguo edificio de Ciencias 2do. piso
Ciudad Universitaria, México, 20, D.F. Tel. 548 43 52

Todo asunto relacionado con suscripciones y ventas deberá tratarse en la oficina de Distribución de Publicaciones de Difusión Cultural:

Adolfo Prieto No. 133, Col. del Valle, México, 12, D.F.
Tel. 523 46 40 y 523 61 77 ext. 28

Carlos Illescas:

Disparatario, 33

José Miguel Oviedo:

Crítica al sesgo, 35

Lya Cardoza:

La vuelta al mundo, 36

Fernando Curiel:

Luis Cardoza y Aragón, retrato hablado, 37

Agustín Monsreal:

Muerte de Raymond Lecastelier, 38

Ambra Polidori:

Habla Isaac Chocrón, 39

Libros



Estructura y biografía de un objeto, 41 / Poemas para el perro de la carnicería, 41 / Los aforismos de Kafka, 43 / Mariátegui: Obra política, 44 / Pubis angelical: escollo y finta, 45

Tercera de forros:

Poemas de Enrique Suárez Gaona

Portada:

Dibujo de Ricardo Noriega

Los pagos a los colaboradores de la Revista se realizan en el Piso 10 de la Torre de la Rectoría, de lunes a viernes entre las 9 y las 15 horas.
Franquicia postal por acuerdo presidencial de 10 de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año.
Precio del ejemplar sencillo: \$ 20.00
Precio del ejemplar doble: \$ 40.00
Suscripción anual: \$ 200.00 (12.00 Dlls. en el extranjero).

Patrocinadores:
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados (ICANAFIN), S. A.
Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS)
INFONAVIT

PABLO
GONZÁLEZ
CASANOVA

IGUALAR CON LOS ACTOS LAS PALABRAS*

EN EL SEXTO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SALVADOR ALLENDE

I

“Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres y no pueden consultarse tan pronto.” Ese fue el mérito de Bolívar, a juicio de Martí y ese el de Salvador Allende, símbolo de las luchas de la clase obrera chilena por el socialismo y la liberación.

Salvador Allende parecía siempre como si estuviera esperando la hora de dirigirle la palabra a las masas. Su voz contenida y baja tenía una inmensa posibilidad de expresión. Pero Allende era mucho más que un orador, mucho más que un líder de masas. Hecho a la política parlamentaria, brillante en el discurso, vital en la tribuna o la plaza, Allende no sólo fue un gran político de la izquierda chilena, y un gran presidente, sino un revolucionario. Le enseñó a la clase obrera a luchar por el poder, y él mismo dio un combate resuelto para que la clase obrera alcanzara el poder. Usó la palabra como anuncio exacto de la acción. Y la cumplió hasta el heroísmo.

A lo largo de la vida de Allende en él se advirtió un esfuerzo constante de superación, un ir más allá

de su propia clase, más allá de su propia profesión, más allá de su experiencia política y como en busca del contenido profundo de las formas legales.

Ir más allá de sí mismo y de las propias palabras, de donde se parte y de un mero decir, fue característica constante en la personalidad de Allende.

Nacido a principios de siglo en una familia de clase media —el padre de Allende era notario—, y educado con una perspectiva liberal, como estudiante pronto se ligó a los grupos de izquierda de la Universidad. Con ellos dio todas las batallas posibles y se negó a dar las que sólo constituían declaraciones emocionales o exageraciones verbales. Como presidente del Centro de Estudiantes de Medicina y vice-presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, el joven luchador fue expulsado de la Universidad y hecho prisionero por sus actividades revolucionarias. En medio de esa y otras persecuciones, se hizo médico y ejerció la medicina, dedicado siempre a las actividades políticas. En 1933 participó en la fundación del *Partido Socialista de Chile*, un partido que postuló desde el principio la ideología marxista y el internacionalismo proletario, y que fue estrechando cada vez más sus vínculos y alianzas con el mundo socialista y con los comunistas. En el partido hizo carrera desde los puestos más bajos hasta llegar a Secretario General. En su profesión, aparte del ejercicio diario escribió un libro sobre *La realidad médica social en Chile*, dirigió varias revistas de la especialidad, una dedicada a la medicina social, y fue presidente de la Asociación Médica. En 1937 inició su carrera parlamentaria. Fue elegido diputado de Valparaíso. Dos años después, durante el gobierno del Frente Popular presidido por Pedro Aguirre Cerda, ocupó el Ministerio de Salud Pública, y desde ahí desplegó una intensa labor. En esa época se casó con Hortensia Bussi, hoy conocida por su movilización de la opinión pública mundial en favor del pueblo chileno.

Del Frente Popular, Allende guardó siempre la idea de que “la lucha esencial en los países capitalistas dependientes o *en vías de desarrollo* es la lucha anti-imperialista”, y la convicción de que la unidad del pueblo y sus organizaciones es apremiante para alcanzar el éxito.

Allende fue varias veces senador en representación de distintas provincias —desde Chiloé hasta Antofagasta—. En 1967 ocupó la presidencia del Senado.

En su larga tarea legislativa —de más de treinta años— presentó diversos proyectos de ley. Uno de ellos fue especialmente importante: el proyecto de nacionalización del cobre, mineral sobre el que descansa en gran parte la economía chilena, y propiedad de los monopolios extranjeros. Por ese proyecto de nacionalización lucharía desde 1952 —en que una coalición de izquierda encabezada por el Partido Socialista y el Partido Comunista, lanzó su candidatura a la presidencia de la república— hasta

*Este texto es la presentación escrita por Pablo González Casanova para el disco grabado en la serie *Voz Viva de América Latina* (UNAM, Difusión Cultural), que recoge la conferencia pronunciada por el Dr. Allende en el auditorio central del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. El disco circulará en unos meses.



Pablo González Casanova es uno de los más importantes investigadores mexicanos en el terreno de las ciencias sociales. Su libro, *La democracia en México*, es ya un clásico de indispensable lectura.

que logró que fuera aprobado, siendo ya presidente, tras su cuarta postulación.

A fines de 1969 la Unidad Popular, integrada por el Partido Socialista, el Partido Comunista, y otros partidos y organizaciones radicales, socialdemócratas y de izquierda cristiana, lanzó nuevamente como su candidato a la presidencia al Dr. Salvador Allende. En ese momento la izquierda chilena ya no sólo pugnaba por una política de nacionalizaciones dentro del capitalismo. Se proponía acabar con el propio capitalismo, fuente de la dependencia, la desigualdad, la miseria y explotación de la mayoría del pueblo chileno.

El proyecto de la Unidad Popular llamó la atención en el mundo entero: era el de un camino pacífico, legal, al socialismo.

El descrédito de todas las fuerzas contrarias, "desarrollistas" y "demócrata-cristianas", así como la crisis en que se encontraba Chile, y la creciente esperanza en un gobierno y un sistema socialista permitieron a la Unidad Popular ganar las elecciones.

El viejo proyecto cultivado durante años por las organizaciones más significativas de la clase obrera pareció próximo a su realización. Allende luchó denodadamente por realizarlo. Libró un combate simultáneo, difícilísimo, por la democracia y el socialismo. Usó todos los recursos jurídicos y políticos a su alcance. Nacionalizó la minería del cobre, la del hierro, el salitre y el carbón. Expropió a los grandes latifundistas para entregar las tierras a los campesinos. Y al mismo tiempo logró un notable crecimiento de la actividad económica y social: el desempleo bajó al 3%, y el 99% de los niños pudieron encontrar una plaza en la escuela. Todo ocurrió en medio de uno de los planes más agresivos en la historia de las oligarquías latinoamericanas y del imperialismo norteamericano. Estos, primero se propusieron que Allende no llegara al poder, ¡y con qué recursos! Cuando les resultó imposible, organizaron cuidadosamente su derrocamiento.

Las leyes mismas del capitalismo se movieron contra el gobierno de la Unidad Popular: fuga de capitales, inflación, inestabilidad monetaria, especulación, acaparamiento. Al nivel político, presiones, rumores, críticas de ruptura, de impugnación, de detracción, sabotaje en aparatos de gobierno —desde el legislativo, pasando por los órganos del propio ejecutivo y los tribunales, hasta el ejército, muchos de cuyos jefes habían sido formados en las escuelas del imperio y forjados en la historia brutal del oligarca, escondido en el mito.

Sobre las tendencias naturales del propio capitalismo, y las respuestas de la oligarquía, la burguesía y los sectores más reaccionarios, el imperialismo y sus aliados internos montaron un plan de "desestabilización", de intervención global, cruenta, calculada, destinado a acrecentar todos los puntos críticos y a agitar en gran escala las contradicciones, todo a modo de llevar al gobierno al fracaso y de

obligar al presidente a torcer el rumbo y transar, o a dimitir, o a suicidarse, o a huir, y en última instancia destinado a provocar un golpe de Estado o una guerra civil.

Si el plan fue negado durante su ejecución y poco después, a la postre el jefe de la CIA reconoció ante el Congreso de los Estados Unidos que su organización había trabajado en la gran conjura. Más tarde el propio presidente de los Estados Unidos admitió la intervención. Fue este un caso acabado de macro-manipulación destinada a quitar el máximo de bases sociales al gobierno, en especial las capas medias, y a establecer una formación político-militar que auxiliara a las fuerzas del imperio y la oligarquía.

En el plan desestabilizador jugaron papeles significativos los gremios profesionales, los gremios de propietarios de autobuses y comercios, los medios de comunicación de masas, que reclamaron con aire de "justa indignación" la libertad de conspirar; los militares golpistas que se fueron apoderando del ejército, y todos los grupos reaccionarios y fascistas de los partidos tradicionales y la democracia cristiana. Con ellos, los conjurados irritaron el ambiente y realizaron múltiples acciones de sabotaje tendientes a provocar la inestabilidad del gobierno y a demostrar su incapacidad de controlar la vida económica, social y política. Sembraron el terror en la vida cotidiana y en los hombres simples.

Con esos grupos y el uso abundante de agentes disfrazados de civil, que empleaban lenguajes ultra-revolucionarios para descalificar a los partidos y líderes de la Unidad Popular, al tiempo que enconaban las diferencias tácticas revolucionarias, lograron acentuar las divisiones de la izquierda, y llegaron incluso a movilizar algunos núcleos de trabajadores, como si quisieran mostrar que la propia clase obrera estaba contra su gobierno.

La preparación psicológica de la formación reaccionaria fue labor primordial de los golpistas. Adiestraron su voluntad y ánimos para la guerra interna contra el pueblo chileno, tachado de "irresponsable", cosificado, deshumanizado, convertido mentalmente en fiera presa.

El gobierno pudo resistir tres años. Lo que es más, cuando las elecciones municipales de 1973, logró votación mayor que la de 1970, hecho sin precedente en la historia de los gobiernos chilenos. Pero no cabe duda que durante ese tiempo, el gobierno perdió parte importante de las fuerzas sociales que originalmente lo apoyaban, o toleraban —en especial de la pequeña burguesía y las clases medias, víctimas después del golpe que ellas mismas contribuyeron a forjar.

El gobierno perdió posiciones de mando en el propio ejército, cuyos oficiales progresistas fueron privados de los altos puestos y el mando de tropas, mientras otros eran depurados. En junio de 1973 hubo un intento de golpe que sirvió como ensayo.

Permitió a los conjurados conocer quiénes eran sus amigos para exaltarlos, y cuáles sus enemigos para desplazarlos o ficharlos en espera del golpe final. Ocurrió éste el 11 de septiembre de 1973 — día ominoso—. En la madrugada misma los golpistas fusilaron y asesinaron en los cuarteles a los oficiales y soldados amigos del pueblo, leales al gobierno, víctimas ellos mismos de la cultura de la opinión y del mito institucional en que seguían creyendo.

Las diferencias entre la izquierda, las diferencias en el propio seno de la Unidad Popular, las diferencias en la conciencia y perspectiva revolucionaria del propio proletariado chileno fueron determinantes para la derrota del gobierno. Con ellas tal vez uno de los elementos más importantes de la tragedia fue la dificultad de cambiar una mentalidad y una cultura hechas por años y años a las presiones y la protesta, como lucha legal o resistencia violenta más decidida al sacrificio que a alentar la movilización de fuerzas populares, efectiva, organizada y auxiliada por militares demócratas y revolucionarios para imponer ley, libertad y revolución, contra quienes violaban paladinamente las leyes, y anunciaban en todos sus actos el mito de sus creencias, y su profunda decisión de ejercer y practicar la violencia máxima.

Ese cambio de mentalidad no se pudo dar. No fue posible tomar a tiempo las medidas que tarde se lamentaron. Ni el pueblo como conjunto de con-

sultas propias, ni la inmensa mayoría de sus organizaciones pudieron aconsejarse y hacerse a defender la ley con la fuerza, menos a emplear la fuerza y las armas frente al proyecto proditorio de la oligarquía y el imperialismo. La necesidad pareció destino, el conocimiento, inútil. Ya tarde, en algunos barrios populares, en algunos cordones industriales, los obreros resistieron prefiriendo morir antes que darse por vencidos. El presidente Allende de su lado dio alto ejemplo de heroísmo. Asediado en el palacio de gobierno llamado de "La Moneda" prefirió morir con las armas en la mano antes que rendirse. Durante siete horas luchó con un pequeño grupo de partidarios contra fuerzas infinitamente superiores: tanques, aviones, artillería de grueso calibre. Murió como ningún presidente latinoamericano, investido de los símbolos que le diera el pueblo, las armas en la mano, el palacio incendiado y deshecho, vivo el proyecto de defensa de la ley para el programa popular, y naciendo una nueva historia que escribirían, según pensaba, América y su pueblo.

Allende había dicho que él sabría comportarse como un revolucionario: "¡a la violencia contrarrevolucionaria, dijo, el pueblo chileno responderá con la violencia revolucionaria!". No se cansó de sus palabras. Dos años antes había asegurado sereno, con su énfasis serio: "... Se los digo con calma, con absoluta tranquilidad. Yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquéllos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir no daré un paso atrás. Que lo sepan: dejaré la Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera. Que lo sepan, que lo oigan, que se les grave profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno Popular, porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo."

Salvador Allende fue "un hombre profundamente humano". Fue un hombre de honor. Dijo lo que pensaba. Hizo lo que dijo. Igualó con sus actos las palabras. En la historia de la cultura latinoamericana acabó con la fraseología, haciendo de la persuasión y la retórica, la figura exacta de la conducta. "El presidente Allende — proclamó Fidel Castro en el acto póstumo que organizó el pueblo cubano— ¡no le falló a su pueblo chileno! ¡Del mismo modo, el pueblo chileno no le fallará al presidente Allende! ¡Los revolucionarios chilenos no le fallarán al presidente Allende! ¡Y sobre todo escucharán sus llamados a la unión más estrecha para llevar adelante la lucha libertadora!".

"Que lo sepan, que lo oigan, que se les grave profundamente". □



JUAN RULFO: LA LITERATURA ES UNA MENTIRA QUE DICE LA VERDAD

UNA CONVERSACIÓN CON ERNESTO GONZÁLEZ BERMEJO



Juan Rulfo

- ¿Así nació Pedro Páramo?
—Así
—De su cabeza.
—De mi cabeza: diez años estuvo allí.
—¿Nada que ver con alguien real?
—Nada.
—Diez años ¿por qué tanto?
—Porque no sabía cómo decirlo.
—¿Y entonces?
—Empecé con *El llano en llamas*: un cuento —“Luvina”— me dio la clave.

El tono de la voz es bajo, muerde las palabras; parece tímido y es lacónico y preciso como lo que escribe; un cuerpo menudo, de apariencia frágil; un traje sencillo, camisa abotonada sin corbata; toma agua mineral; prende con precaución unos cigarrillos que se llaman “Delicados”, fuma sin apuro; tiene toda la fuerza concentrada en los ojos, unos ojos indagadores aunque discretos que tanto se pueden dejar llevar por la ternura como decidirse por la determinación; uno se siente a gusto, amigo de siempre con Juan Rulfo.

—Tenía los personajes completos de *Pedro Páramo*, sabía que iba a ubicarlos en un pueblo abandonado, desértico; tenía totalmente elaborada la novela, lo que me faltaba eran ciertas formas para poder decirla. Y para eso escribí los cuentos: ejercicios sobre diversos temas, a veces poco desarrollados buscando soltar la mano, encontrar la forma de la novela.

—La idea de Pedro Páramo ¿venía muy de atrás?

—Venía a lo mejor de mi infancia, lo más permanente en la vida del hombre. Nací en Jalisco y guardaba una visión lejana de los pueblos abandonados pero los conocía superficialmente porque me fui siendo niño y los visité, sólo algunas veces, durante las vacaciones.

—Después ¿volvió?

—Nunca he vuelto.

—Entonces usted no se apoyó en una base testimonial.

—No, no puedo yo trabajar con conocidos, partir de personajes reales; creo que ese fue el problema que tuve con “La cordillera”, la novela que tiré al fuego.

—¿Cómo arma usted un personaje?

—Tengo que imaginarlo primero, gestar sus características, su forma de expresarse y luego ubicarlo en una región determinada.

—¿Cuál fue el esqueleto de Pedro Páramo?

—Pedro Páramo es un cacique, algo característico de México. Hay una cosa curiosa: la estabilidad política del país tiene mucho que ver con el caciquismo. Cada cacique domina una región y el Estado se la deja en sus manos para no tener problemas; el cacique da las órdenes, rige esa región, es un Estado dentro del Estado. Y eso es Pedro Páramo, piedra en un páramo.

—Dueño y señor de una región desértica.

—El sur de Jalisco. Allí hay miles de hectáreas que fueron productivas y que ahora están totalmente

erosionadas; pueblos abandonados porque su gente tuvo que partir a ganarse la vida en otra parte, en los Estados Unidos.

—La muerte es la protagonista de esa obra.

—Todos los personajes están muertos; la narración la empieza un muerto que se la cuenta a otro muerto: un diálogo entre muertos en un pueblo muerto.

—El pueblo habla con voces de ultratumba, la muerte impregna hasta las piedras; el pueblo mismo es un personaje.

—Sí, la atmósfera, la luz, todo forma parte de ese personaje.

—No le digo nada nuevo si le digo que impresiona la concisión del libro.

—Quitó ciento cincuenta páginas a *Pedro Páramo*: había divagaciones, elucubraciones mías, intronismos, explicaciones, más propias del ensayo que de la novela. Saqué todo eso. Quería que el lector participara.

—Que fuera una especie de coautor. Y lo es. Sin embargo hay críticos que pretenden que *Pedro Páramo* no está bien estructurada.

—Yo les recomiendo tres lecturas de la novela porque la primera parece complicada pero a la tercera resulta tan sencilla, tan simple...

—El lenguaje: tengo que decirle que conozco pocos textos en lengua española tan austeros, tan económicos, tan creativos de una manera de decir. Es algo que está en *El llano en llamas*, también.

—Sí, hay una forma de decir.

—Que uno la siente muy mexicana.

—Aparentemente es el lenguaje que se usa en un pueblo.

—Aparentemente, pero lo que hay allí es una transposición, una elaboración literaria nada fácil.

—Hay palabras que el diccionario llamaría arcaísmos; es que aún esos pueblos hablan el lenguaje del siglo XVI. Ahora, como usted dice, no se trata de un retrato de ese lenguaje; está transpuesto, inventado, más bien habría que decir: recuperado. Es muy difícil tratar con esa gente; usted les habla y no le responden; simplemente no hablan, guardan un hermetismo absoluto.

—Después de Pedro Páramo se habló de una novela que usted estaba escribiendo y usted me confirma que se trataba de “La Cordillera” y que la quemó, ¿por qué?

Con el impulso que traía de *Pedro Páramo*, casi inmediatamente, me puse a escribir esa novela, llevaba hechas 200 ó 250 páginas pero me resultaba bastante retórica, me disgustaba, llegó un momento en que me encallejé. Estaba escribiendo una cosa antigua, ya envejecida y decidí no continuar el trabajo.

—¿Qué era lo que no marchaba?

—Los personajes. Eran demasiado acartonados, les faltaba vida. Fue una época que me dio mucho por leer a los cronistas del siglo XVI y XVII y al mis-

mo tiempo tenía también ciertos conocimientos geográficos de la región.

— Pero usted me decía que lo documental le sirve de poco.

— Precisamente. Quizás lo que sucedió fue que utilicé, en algunos aspectos, personajes reales. Eso pasó.

— ¿Cuál era el tema de la novela?

— El tema era la cuerda en una cordillera de montaña.

— ¿Qué es "la cuerda"?

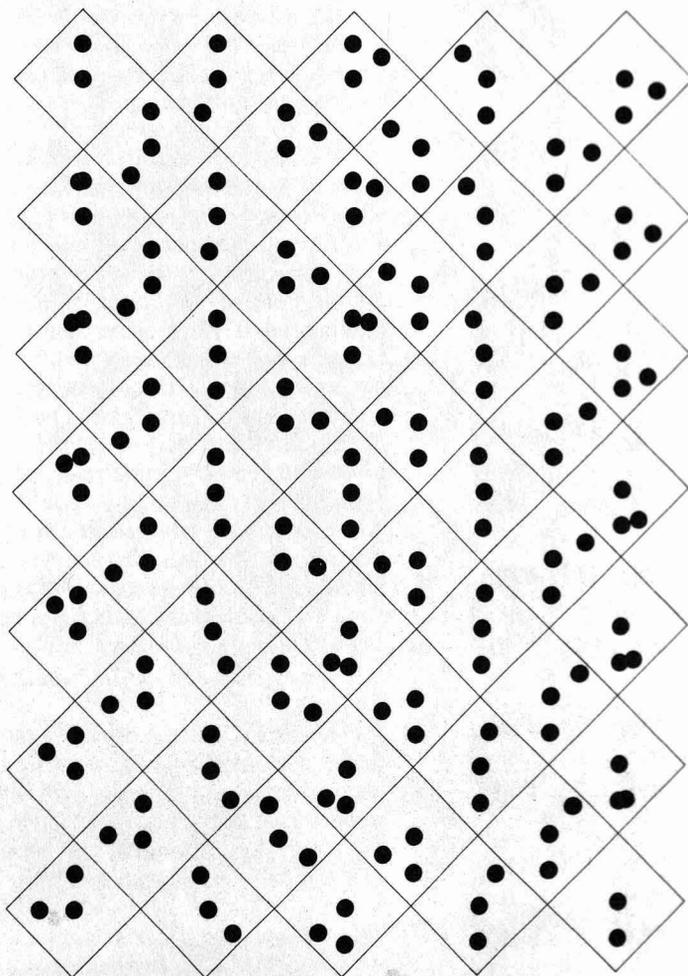
— Aquella costumbre que existía antes que hubiera carreteras, trenes y comunicación rápida: era lo que se lleva de un pueblo a otro y allí se remuda.

— Las postas, para los españoles; los chasquis, en rioplatense.

— Exacto. Entonces teníamos una cuerda que traía los productos desde la costa hasta esa cabecera de cordillera; allí los tomaba otra remuda y los llevaba hasta otra cabecera de cordillera. Unos treinta kilómetros en total.

— ¿Y usted contaba?

— La historia de varias familias cuyos jefes tenían a su cargo la cuerda. Pero, le repito, los personajes no vivían, por conocidos.



— A diferencia de Pedro Páramo, una creación imaginaria y, por lo tanto, muy real.

— Pedro Páramo fue un personaje que adquirió vida propia y lo que yo hice fue seguirlo. Se separó del autor y tomó sus caminos. Nunca lo forcé, nunca intervine.

— Ninguna racionalización.

— Ninguna. La irracionalidad total.

— De ahí la magia, probablemente.

— Sí.

— Hay algo que me campea en Pedro Páramo y es la presencia omnimoda de la muerte. Onetti me comentaba que la relación con la muerte es algo muy mexicano, que tiene un peso enorme en su país. Y estoy de acuerdo.

— El mexicano es una mezcla de español y el indígena. Un español quizás de Extremadura, por ahí de Castilla que al alearse tomó costumbres españolas pero bajo un sincretismo que incluía el paganismo, su superstición, su forma de pensar e imaginar las cosas. El mexicano propiamente de clase baja y hasta cierta clase media baja es, por regla general, fanático religioso y entonces el culto a los muertos es algo común en él. Tenemos un cuarenta por ciento de población con esas características.

— Hablando con Juan Rulfo una pregunta se vuelve casi inevitable; el silencio, ¿cómo se explica su silencio literario después de 1955, fecha de publicación de Pedro Páramo?

— No es silencio, es, simplemente, que no he tenido tiempo de dedicarme a escribir, a lo mío, a lo propio. He tenido que ganarme la vida.

— ¿Cómo?

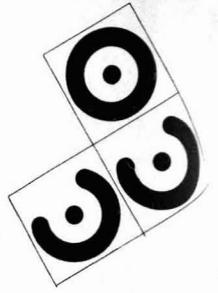
— Trabajo en el Instituto Nacional Indigenista. Me dedico a editar libros de antropología social, en eso se me va el tiempo. Nosotros tenemos cincuenta y dos comunidades indígenas en México. Se están haciendo estudios de cada una: no ya tesis sino verdaderos estudios antropológicos de egresados de las universidades de Chicago y Stanford y hemos publicado unas 65 obras pero de algunas comunidades hay tres o cuatro y de otras no hay ninguna. Nuestra preocupación es poder lograr que todas las comunidades indígenas, las cincuenta y dos, tengan su estudio y su libro.

— ¿Cuántas tienen, cuántas les faltan?

— Nos faltan unas cuarenta. Los antropólogos se interesan mucho en Chiapas y Oaxaca pero mucho menos en otros estados del país.

— ¿Por qué?

— Porque muchos buscan la mitología, las creencias sobre lo sobrenatural y esos hombres han conservado su cultura casi intacta. En cambio en otras comunidades hay un poco de *ladinización*. No es que sean bilingües pero están bastante en contacto ya sea comercial o de otra índole con otros habitantes del país. Otros lo que ocurre es que viven aislados y a los antropólogos les cuesta trabajo o les da flojera ir hasta allá y los han olvidado totalmente. Y esa es mi principal preocupación. Nos falta tiempo para edi-



tar lo que hay: necesitamos buscar el traductor: hay que poner en español lo que esos hombres escribieron.

—¿Cuáles son las comunidades que se han estudiado hasta ahora?

—Se han hecho estudios grandes sobre los indios zapotecos, mixtecos, huaves, zoques, triques, cuicatecos, mazatecos, chinantecos, choles, popolocas, que son los que viven en el estado de Oaxaca.

—¿Cuál es la situación del indígena hoy en México?

—El indígena lleva una vida comunal, organizada en distritos, un tipo de comunismo primitivo que no ha cambiado en miles de años. Un tipo de ayuda constante de unos a otros, trabajan para la comunidad. Cualquiera que se desintegra de la comunidad, que deja de pertenecer al distrito, pierde sus derechos.

—¿De qué manera puede mantenerse la cohesión de la comunidad; qué es lo que conspira contra ella?

—Enseñándoles a leer y a escribir en su propia lengua se fortalece la cohesión. Se desintegran los niños indígenas que, por el bajo nivel de maestros rurales que dicen "el que no habla español es un bruto", lle-

gan después a sus casas y se encuentran con que sus padres no hablan español. Ahora se ha llevado una campaña de castellanización general para niños y adultos para integrar a todos a la Nación por el idioma. Ellos tienen sentido de nacionalidad.

—¿Y eso no constituye una forma de violencia cultural?

—No, porque no se tocan sus costumbres ni sus creencias que es lo fundamental para ellos.

—¿Qué interés real tiene para usted este trabajo en el campo antropológico?

—Mi interés es naturalmente económico porque de eso vivo. Es muy difícil, como se sabe, vivir de la literatura en nuestros países. Este trabajo lo tengo hace 18 años y aparte de que me da de vivir me gusta aunque no me interesa llegar a ser antropólogo y tenga que dejar a un lado la cuestión literaria que no tiene absolutamente nada que ver con este trabajo.

—¿Le toma muchas horas ese empleo?

—Bastantes: trabajo de las 9 de la mañana a las 3 de la tarde y de las 5 a las 8 de la noche y eso, naturalmente, me impide ocuparme de lo mío. Leo mucho, eso sí, estoy al tanto de lo que se hace en literatura y tengo algunos esquemas completos de cosas mías algunas ya terminadas, otras que falta trabajarlas. No he descuidado la literatura que para mí es fundamental, mi afición o mi vicio principal.

—¿Le angustia o le da placer escribir?

—Me produce una angustia enorme; el papel en blanco es algo tremendo.

—¿Cuál es su método?

—Me pongo a escribir. Puedo escribir cinco o seis páginas donde no estoy diciendo nada y de pronto me aparece el personaje y esas páginas iniciales van al cesto y sigo al personaje que nació.

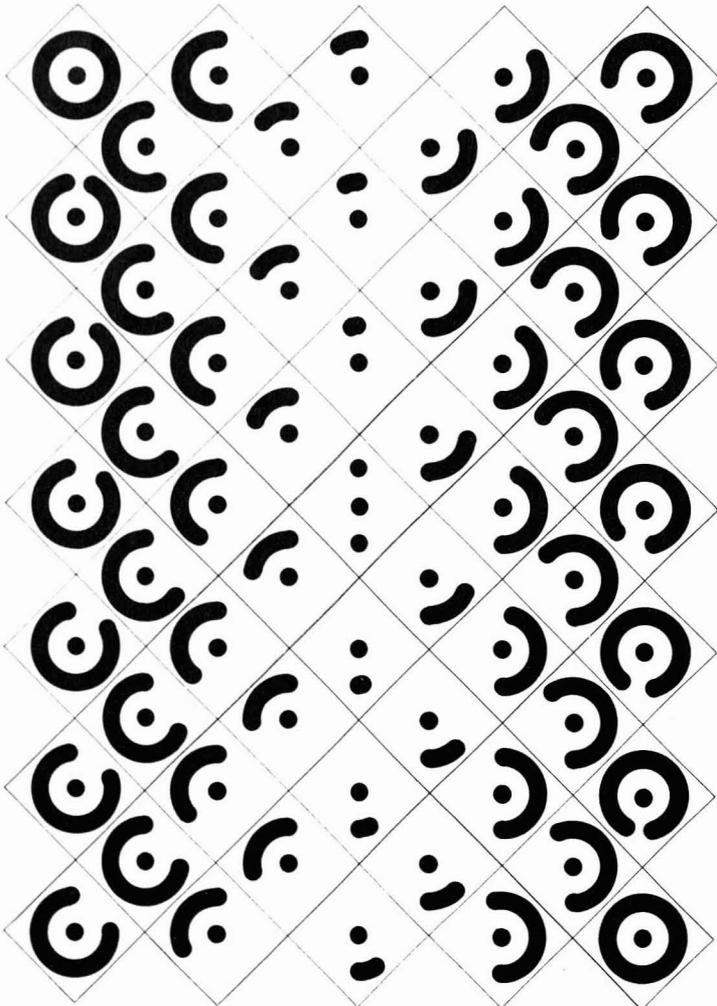
—¿Qué es para usted la literatura?

—Una mentira. La literatura es una mentira que dice la verdad. Hay que ser mentiroso para hacer literatura, esa ha sido siempre mi teoría. Ahora que hay una diferencia importante entre mentira y falsedad. Cuando se falsean los hechos se nota inmediatamente lo artificioso de la situación. Pero cuando se está recreando una realidad en base a mentiras, cuando se reinventa un pueblo es muy distinto. Aquellos que no saben de literatura creen que un libro refleja una historia real, que tiene que narrar hechos que ocurrieron con personajes que existieron. Y se equivocan: un libro es una realidad en sí, aunque mienta respecto a la otra realidad.

—Me dicen que hay profesores que andan buscando Comala.

—Y no encuentran nada. Y buscan los pueblos que menciono en mis cuentos y no existen. Van a ver a mis hermanos que viven por allá y les preguntan ¿dónde queda este pueblo?, ¿quién era este personaje?, y ellos les responden: "mi hermano es un mentiroso, no hay nada de eso".

—Onetti me decía algo parecido, que desde niño era un mentiroso nato, que se pasaba contándoles historias inauditas a sus amigos.



— En Caracas estuve en la Universidad Central de Venezuela ante mil quinientos estudiantes con la condición de que hicieran preguntas previas. Y lo que respondí fue una serie de mentiras. Inventé que había un personaje que me contaba a mí los cuentos y que yo los escribía y que cuando ese personaje se murió yo dejé de escribir cuentos porque ya no tenía quién me los contara.

— *O sea que se puso a hacer literatura.*

— Seguramente estaba yo en vena porque ahí mismo aparecían personajes, se armaban los cuentos. Apareció un cierto tío mío al que le decían "el Bananas" que se dedicaba al contrabando de marihuana y cosas por el estilo.

— *¿Cómo se llevan sus dos vidas, la cotidiana y la de la creación?*

— No sé hacer dos cosas al mismo tiempo y ya le decía que el trabajo en el Instituto Indigenista me absorbe mucho tiempo. Hay que cambiar de mentalidad y no es fácil.

— *No sé cómo plantearlo pero me parece casi imperdonable, aunque no sé quién tiene la culpa, que un escritor como usted no tenga de una u otra manera re-*

sueltos mínimamente sus problemas económicos y se pueda dedicar enteramente a la literatura.

— La culpa no la tiene nadie, es simplemente la necesidad económica de mantener a una familia.

— *Me parece muy respetable, tanto como me parece lamentable que no haya aparecido una solución de otro tipo.*

— Yo no lo considero tan grave ni tan importante.

— *Tengo que ponerme incómodo e insistir: para mí —no sólo para mí— usted con los dos libros que escribió cumplió holgadamente con el siglo y aunque me gustaría seguirlo leyendo me pregunto y le pregunto: más que las imposibilidades del trabajo ¿no ocurrirá que usted ya dijo —y muy bien— lo que tenía que decir?*

— Ni yo mismo lo sé. Creo que tengo todavía para contar algunas cosas, lo que me falta es tiempo. Pero a partir de Noviembre me van a dar unos meses en el trabajo y podré acomodar los papeles que tengo revueltos. Necesito tranquilidad, calma. Tengo varias cosas escritas. Algunas se parecen bastante a *Ellano en llamas* —quizás quedaron unos cuantos cuentos pendientes— otras resultan diferentes. No sé. No opero bajo planes. Simplemente me pongo a escribir.

— *¿Qué es para usted la palabra?*

— Un instrumento para construir un lenguaje y contar una historia. Yo no creo en la literatura sin historia. La novela, su nombre lo dice: "señores, yo les traigo a contar esto". Ahora muchos escriben la palabra por la palabra misma; la moda es escribir por escribir, importa poco la historia, sólo la forma.

— *La novela objetivista francesa.*

— La moda vino de ahí. Y ahora hay muchos estudios sobre semántica, estructuralismo, lacanismo, que nos han hundido al querer ver la palabra como símbolo absoluto. Los antinovelistas anulan lo humano y tienen miles de imitadores en todo el mundo. Se extendieron como pólvora. Hay un librito pequeño y existen veintel libros sobre ese libro, ya estudiándolo desde el punto de vista de la semántica, de las conjunciones, de la puntuación.

— *¿Usted cree que la influencia del "nouveau roman" ha sido tan seria?*

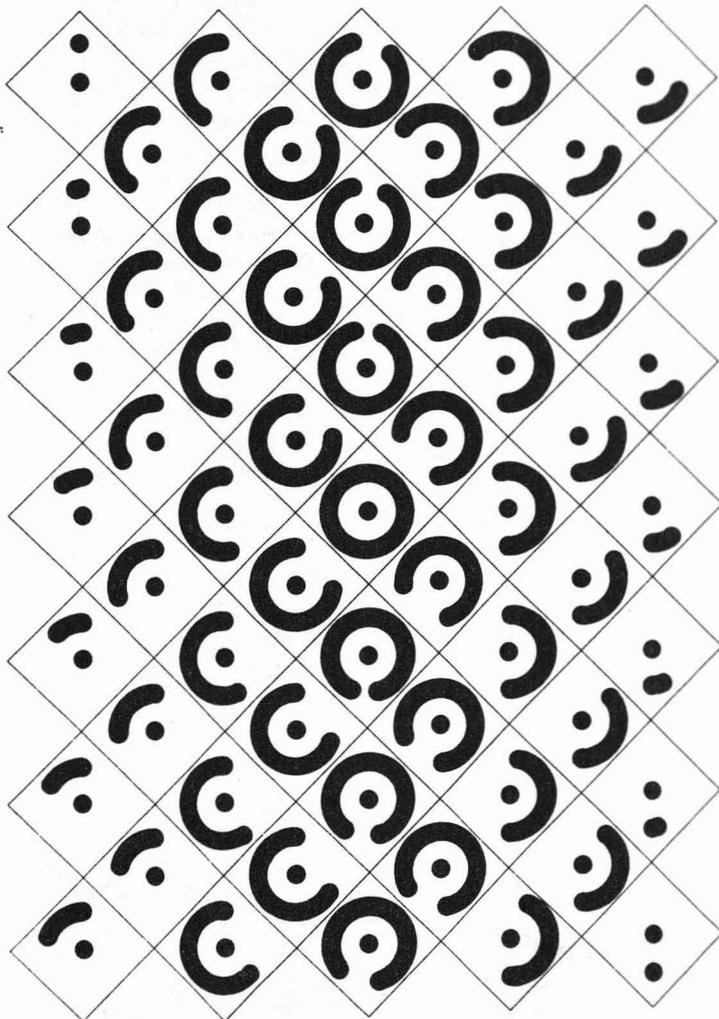
— Como moda sí, pero la moda pasa. En Argentina hay actualmente una cantidad fabulosa de estructuralistas; hasta hay un instituto estructuralista. En Brasil prendió mucho porque ahí estuvo Lévy-Strauss muchos años y creó escuela y en un momento fueron los brasileños los más estructuralistas pero después dieron un giro completo y hoy tienen una literatura de primerísima calidad.

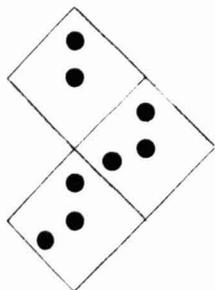
— *¿A qué autores mencionaría?*

— A Clarise Lispector, a Nelida Piñon, a Guinho do Rego para no hablarle de Guimarães Rosa, cuya importancia la conocemos todos.

— *Una especie de Rulfo brasileño.*

— Guimarães inventó un lenguaje. Lo curioso es que casi todos eran de Minas Geraes. Ultimamente, por contraposición, se produce una corriente de escritores que realmente forman un caudal de hom-





bres y mujeres que cuentan cosas maravillosas como la literatura de Dalton Trevisans, Adonais Filho, Ruben Fonseca, y Raquel Dequeiros que ha vuelto a escribir ahora después de muchos años de silencio novelas de ciencia ficción formidables, tan buenas como las de Clarck (tiene un cuento sobre robots fabuloso), es una gran escritora, de las más grandes, quizás.

—¿Y Jorge Amado?

—Lo considero un escritor populista con tendencia al testimonio.

—*Es obvio que ya hay una literatura latinoamericana bastante notable que se viene gestando desde el Martín Fierro si usted quiere —y de antes— pasa por Güiraldes, Rivera, Gallegos ¿qué hito señalaría usted como punto de ruptura entre el "criollismo" y la nueva literatura latinoamericana?*

—Marechal y Cortázar.

—Onetti es un caso aparte.

—Sí porque ya vino haciendo literatura fuera de serie. Por fortuna contra la invasión de la antinovela siempre hemos tenido un ancla como Onetti.

—Usted no hizo escuela, como escritor.

—No. Bueno, con Fernando del Paso, quizás.

—¿Por qué será que no hizo escuela?

—Quizás porque vino la moda, el cambio a la literatura urbana. Si el escritor vive en la ciudad tiene que plantear los problemas de la ciudad. Yo he vivido 40 años en ciudad de México y a mí no me dice nada. Y además ¿qué ciudad?, ¿qué clase de ciudad?, ¿cuál de todas las ciudades de la ciudad de México de todos los Méxicos que hay?

—*Para usted la literatura ¿es una forma de conflicto con la realidad real? ¿piensa — como alguna vez me dijo Vargas Llosa — que cuanto peor está un país mejores escritores tiene?*

—Claro, creo que la insatisfacción es la que lanza al escritor hacia algo. Hay fenómenos inusitados: Haití estuvo produciendo una obra literaria muy buena en la época de *Gobernadores del Roció*, de Jacques Roumain, fabulosa novela, época de Stephan Alexis; los dos estuvieron presos y murieron en la cárcel. Un país necesita estar en crisis, en conflicto, conmovido para producir algo. Tenemos el caso de Uruguay que tiene tan buenos novelistas, un país tan pequeño y, sin embargo, con escritores de primerísima calidad.

—*Curiosamente Onetti surge como un aguafiestas con El Pozo allá en el 39 cuando Uruguay vivía en plena calma chicha bajo su apariencia bucólica la mentira aquella de la "Suiza de América". Lo que pasó fue que Onetti fue premonitorio: la Historia resultó todavía más pesimista que él.*

—La realidad aún más tremenda; como la vio también otro gran escritor uruguayo: Felisberto Hernández. En México la mejor literatura se dio cuando el país no sabía para dónde iba; una crisis social, económica terrible. Por los años de Cárdenas y posteriores a Cárdenas. Los años 30-40 se dio la mejor literatura. Muchos escritores y de muy buena calidad. Y dejaron de ser escritores cuando el país llegó

a la estabilidad política. Teníamos a Martín Luis Guzmán, a Rafael F. Muñoz, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, excelente novela, a Jorge Ferretis. Fue la novela de la Revolución.

—*Un coletazo que llegó a abarcar al primer Carlos Fuentes.*

—Sí, que con *La Muerte de Artemio Cruz* cierra la novela de la Revolución. Pero después de esto surgió una generación —ahí tiene lo curioso— la del 68, de Tlatelolco, muy dolidas y que, sin embargo, no produjo la novela necesaria. Vino una especie de estancamiento, de crisis, de derrota; ya no de fatalidad sino de apatía, nadie quería hacer nada.

—*Están Fernando del Paso, José Emilio Pacheco.*

—Bueno, sí, pero tenían una obra ya iniciada y efectivamente la terminaron poco después. Los jóvenes fueron los que fallaron. Proclamaron la necesidad de la novela urbana pero resulta que no hablaban de la ciudad, ni del edificio en que vivían, sino del cuarto; una novela tan personalista que llegó casi al intimismo. Y ahí se ve la influencia de Robbe-Grillet. Si siquiera tuvieran calidad formal, pero tampoco. Sus obras no nos dicen nada; sus propias preocupaciones, sus conflictos, sus líos, todo eso no es terreno suficiente para crear una literatura.

—*Proust no nace todos los días.*

—Lo curioso es que reconocen a Proust como padre de la literatura; a Proust y a Kafka. Nosotros tenemos ciudades grandes como Guadalajara, con dos millones de habitantes, donde no se produce literatura, ¿dónde está pues la literatura urbana? Ellos necesitan venir a la ciudad de México para recobrar lo que vivieron en la infancia, me imagino yo. En cambio los que han nacido y vivido allí, todavía necesitan salir al extranjero, como Carlos Fuentes para tener una perspectiva más lejana de los hechos.

—*Y Cortázar escribe Rayuela en París.*

—No se desligan de su país pero parece que necesitan esa perspectiva, alejarse.

—*Cortázar me decía que le parece formidable que usted hubiera hecho su obra sin salir de México pero que para él la experiencia europea fue fundamental.*

—Pero si para mí la ciudad de México es completamente extraña.

—*¿Usted vivió una especie de exilio allí?*

—En la soledad más absoluta; entonces yo tendía a renovar hechos del pasado, no lo que estaba sucediendo.

—*También tenía una distancia.*

—Claro, como si hubiera estado en Europa. Yo como le decía, andaba con *Pedro Páramo* en mi cabeza buscando darle una forma, ajeno por completo a ese contexto urbano. Escribiendo mis cuentos. Hasta que aquel profesor se va a un pueblo desértico, abandonado y le cuenta a otro profesor que va a sustituirlo lo que es aquello y toma cerveza —el otro no toma nada— hasta caerse borracho. Aquella era la atmósfera. "Luvina" me dio la clave para *Pedro Páramo*. □

SITUACIÓN ACTUAL DE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

El tema que hoy voy a exponer no es sino una parte muy breve de la actual situación de la novela contemporánea. Tal vez ustedes extrañarán que no hable de la novela en México, pero deben comprender, en primer lugar que no soy un crítico literario y, en segundo, que si un escritor, quienquiera que sea, hace crítica literaria acaba por ser destruido por esa misma crítica. Ahora bien, no es cuestión de temor puesto que reconozco cuáles son los valores auténticos de la novelística mexicana: Rosario Castellanos, Agustín Yáñez, José Revueltas, Eraclio Zepeda y muchos otros que están dando ahora la batalla por América en Europa.

Hace algunos días estuve en Génova; digo algunos días porque, para mí, es como si así fuese. Podría decir algunos meses, como en realidad ha sido. Allí se creó la Comunidad Latinoamericana de escritores mediante la cual Latinoamérica se afianzó a la Comunidad Europea, a la Africana y a la Asiática en un movimiento que se llama del Tercer Mundo. Esto no ha trascendido porque no se ha tratado de darle publicidad precisamente porque es un movimiento "submarino" puede decirse, o "subterrestre". Es un movimiento en el que se transmiten las opiniones e ideas de Latinoamérica en forma directa, de tal manera que no puedan ser interceptadas por algún "radar", que no topen con un obstáculo que las detenga, que las contenga. La transmisión de este pensa-

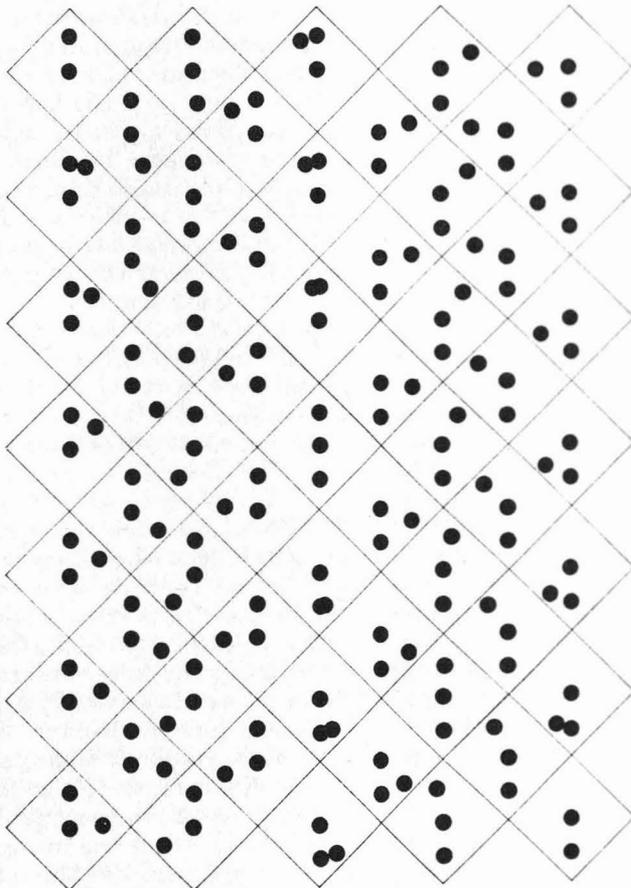
miento latinoamericano se está proyectando en Europa, y en Génova están representados casi todos los países latinoamericanos a través de delegados como Miguel Angel Asturias, de Guatemala, Romero, del Paraguay, Emir Rodríguez Monegal, del Uruguay; y Europa ha buscado en ese Tercer Mundo un apoyo para conseguir una estabilidad que todavía no ha podido lograr debido a la actual situación de controversia imperialista de uno y otro lado.

El Tercer Mundo no es una tercera fuerza militar, simplemente es un tercer mundo de ideas, de ideas que no pueden ser contenidas. En ese tercer mundo Latinoamérica está representada, además de los escritores ya mencionados, por Uslar Pietri, de Venezuela, Julio Cortázar, de la Argentina, Vargas Llosa, José M. Arguedas y el que, desgraciadamente, ha fallecido recientemente Sebastián Salazar Bondy, del Perú. Chile tiene muy buenos representantes; en cuanto a Ecuador tenemos aquí, en México, a uno de sus desterrados porque, infortunadamente, muchos de los escritores de Latinoamérica, a excepción de los de México y Cuba, viven en el destierro: me refiero a Benjamín Carrión, que representa a la Gran Colombia, aquella Gran Colombia que intentó crear Bolívar; y están representados también muchos otros países que antes no tenían voz ni voto en ningún comité ni en ningún congreso internacional. La mayor parte de la obra de estos escritores está traducida a varios de los idiomas europeos y Europa espera todavía más. Rosario Castellanos, por ejemplo, con *Balún-Canán* se abrió paso en Inglaterra, Italia y Alemania, y actualmente muchos otros escritores que ni siquiera sabemos aún quiénes son, están siendo protegidos por ese cable "submarino" del espíritu que los está proyectando en Europa.

De la novela europea y la norteamericana, que son las que más han sido o son conocidas en nuestros tiempos, es de lo que me propongo hablar.

Como creo que todos ustedes han de saber — y no voy a decir nada nuevo —, después de la Segunda Guerra Mundial desaparecieron muchas corrientes que antes eran la base de la novela. En un congreso que hubo en Madrid, un escritor francés afirmó que nadie debería escribir novelas, pues no se puede escribir novela en un tiempo en que no existe la libertad, y menos en países que no tienen esperanzas de conocer la libertad. Esto que dijo respecto a los novelistas contemporáneos, se puede aplicar, en realidad, a casi todas las corrientes de ideas, cualquiera que sea su medio expresivo. En muchas partes del mundo se carece de libertad; sabemos, por ejemplo, que México fue escogido como sede de la Comunidad Latinoamericana porque solamente a México puede venir cualquier latinoamericano: puede venir un cubano, pero un cubano no puede ir a Venezuela o a Chile, ni un norteamericano puede ir a Cuba.

Se planteó en el citado Congreso Latinoamericano la cuestión de por qué no era Interamericano; por qué se excluía a los Estados Unidos de Norteamérica. Esta fue la pregunta formulada por Roger Cai-



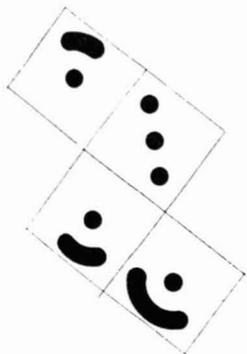
llois, de la Comunidad Europea, pregunta contestada por Miguel Angel Asturias: "es que en Latinoamérica queremos libertad; mientras los escritores norteamericanos no luchan por esa libertad no podemos aceptar que formen parte de la Comunidad Latinoamericana y desde este momento, proclamamos que Latinoamérica comienza al sur del río Bravo; que el continente latinoamericano es nuestro".

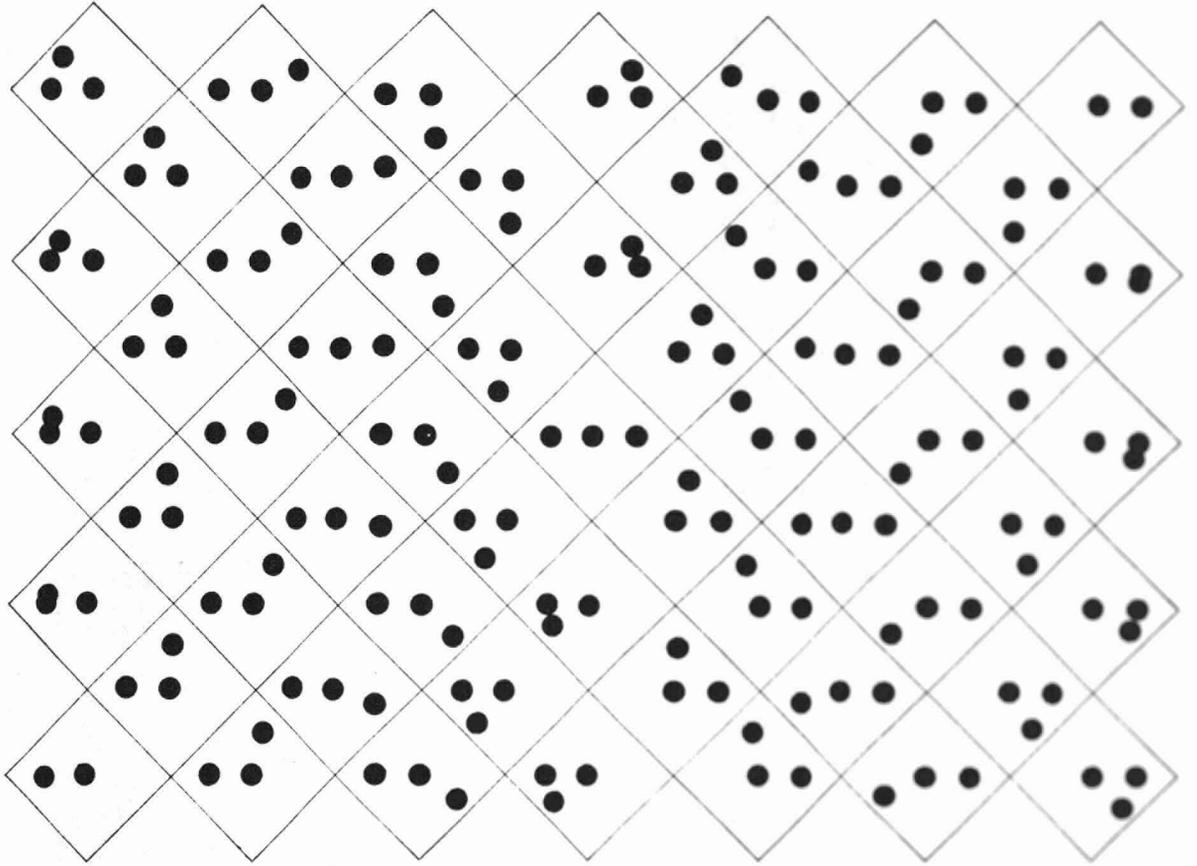
Otra moción fue por qué no era Iberoamericano y, también, por qué no era Hispanoamericano. A esto último respondió João Guimaraes Rosa, del Brasil, quien dijo: "nosotros, los brasileños, no somos hispanoamericanos; pertenecemos al continente latinoamericano, pero no procedemos de España". Entonces se acordó que ya no volviera a emplearse el término Hispanoamérica, sino Latinoamérica para que incluyera al Brasil y a otros países cuya población no procede de España.

Diré ahora algunas palabras sobre qué corrientes son las que mueven a la literatura actual. Antes de la guerra, es decir, en la época de los veinte fue Norteamérica la que influyó más que cualquier otro país en toda la literatura mundial. William Faulkner, John Steinbeck y muchos otros norteamericanos influyeron en la literatura europea, y algún tiempo después, los europeos les devolvieron esa influencia con obras creativas que pesaron sobre la literatura norteamericana hasta tal grado que casi desapareció dicha literatura, imponiéndose nuevamente la latineuropea.

Fue Italia la nación que más aceptó la influencia tipo Faulkner, tipo Thomas Wolfe y otros, e Italia formó un interesante núcleo de escritores que muchos de ustedes conocen. El más antiguo de ellos es Alberto Moravia. Originalmente era un escritor común y corriente, autor de novelas tipo "rosa", pero la influencia norteamericana provocó un cambio en su obra. Se abrió a la nueva corriente literaria con *La romana* y, después, con sus cuentos, pero acabó aburrido. Precisamente, su última novela se llama *La Noia*, es decir, el aburrimiento. Nadie se explica por qué los escritores italianos, y más los romanos, viven aburridos; escriben demasiado, publican constantemente y acaban por aburrirse y aburrir a sus lectores. *La Noia* es, justamente, el aburrimiento, la definición característica de esa literatura tipo Moravia. Otro escritor, anterior también a la guerra y que siguió publicando después de ella es Dino Buzzati Traverso quien ahora escribe como Dino Buzzati solamente. Es milanés y ha escrito unos cuentos, *Cuentos de La Scala* y *El bosque viejo*, de fábula clásica en los que los animales y las plantas hablan y se comunican con el hombre. Después entró a la novelística con *El desierto de los tártaros*. Una escritora de la misma época fue Nathalie Winesburg que se dio a conocer con *Todos nuestros ayer*, una novela también de tipo romano, rosa un poco viejo, amarillento. Después de ella aparece la generación de los que realmente han impulsado a la literatura italiana: Vasco Pratolini, Elio Vittorino, Italo Calvino, Césare Pa-

vese, Carlo Cassola, Raffaello Laccatria, Pier Paolo Pasolini quienes formaron, con otros más, un grupo realmente valioso, no sólo en la literatura italiana, sino universal. Ellos influyeron en los actuales escritores norteamericanos y, en ciertos aspectos, sobre algunos alemanes como Uwe Johnson y Günther Grass, pero sobre todo eliminaron algo que era un lastre, es decir, que ellos consideraban un lastre: la diversidad de dialectos. Cada escritor escribía en su dialecto propio; los napolitanos eran los menos inteligibles. Desde entonces todos los programas de radio y televisión, todas las películas pasan en toscano, la lengua italiana clásica. De los autores mencionados, Vasco Pratolini con su *Crónica de los pobres amantes* da un paso enorme dentro del terreno literario europeo: refleja una vasta imagen de lo que es Italia, no la Italia de la posguerra, sino de lo que siempre ha sido, un poco al estilo neorrealista como efectivamente es en ciertos aspectos, pero que, en otros, es un refinamiento presente en todo lo que este pueblo hace. Italo Calvino, quizás el mejor del grupo, se ha dedicado a escribir sobre la frustración. Todos sus cuentos, *Amor y tiempos difíciles* o *Vida y trabajos difíciles* revelan que todo es difícil para él, hasta vivir. Es un hombre muy joven, de unos treinta años, pero con aspecto de centenario. Raffaello Laccatria es el director de la radio y televisión italiana; hombre extraño que demuestra qué mundos tan oscuros, misteriosos puede describir el pensamiento humano. En el *Libro de la muerte* presenta a un hombre que está monologando, que el lector cree que está monologando, pero no se sabe si está hablando con su gato "Mississippi", o si está hablando con su madre, o con las sombras, o con las luces del Mediterráneo, o con su novia, pero llega un momento en que se descubre que está hablando con sus recuerdos, con toda la tristeza de su vida tediosa. Pier Paolo Pasolini es otro caso especial; escribe libros de tipo neorrealista, con muchachos en la calle, una vida violenta y, de pronto, se dedica a escribir y dirigir argumentos cinematográficos y construye una de las mejores películas italianas: *El Evangelio según San Mateo*. Pier Paolo Pasolini es uno de los dirigentes del Partido Comunista Italiano y el Cristo que presenta es un Cristo marxista; la película está dedicada al Papa Juan XXIII y obtuvo el Primer Premio de la Oficina Católica Internacional del Cine; es una de las mejores de la cinematografía mundial. Césare Pavese, suicidado, que fue precisamente uno de los más influidos por la literatura norteamericana, junto con Carlo Cassola, representa a otro tipo, otra característica. Tanto Pavese como Cassola describen cosas y parece que no están escribiendo nada; nada les sucede nunca a sus personajes. El lector se pregunta: "Bueno, ¿qué ha pasado?" Sin embargo, aquí es donde se ve el punto último y sin final a que ha llegado la literatura, no sólo en Italia, sino en muchos otros países. En la narración de Cassola *El soldado*, soldado que tiene una novia, el lector piensa que algo tiene que suceder. Sin embargo, uno está leyen-

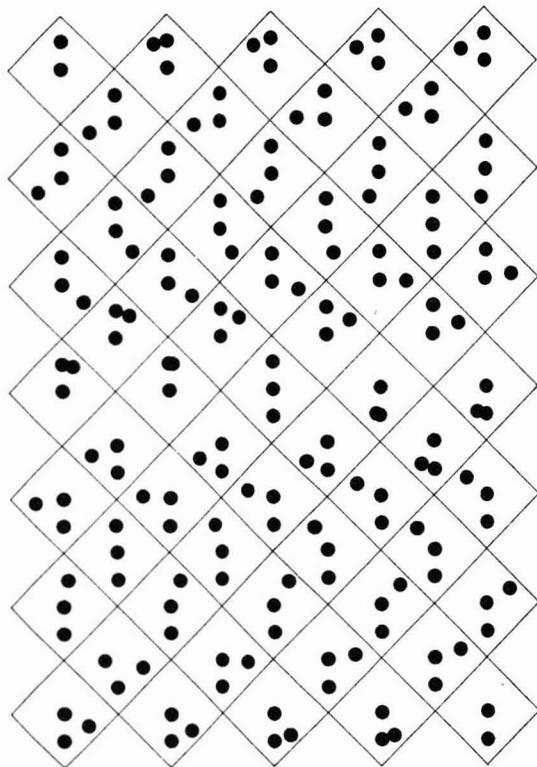




do *I Soldati* y resulta que nada pasa: ni el soldado le hace nada a la novia, ni la novia le hace nada a él, como sería muy posible. Termina uno de leer y se dice: "¿Qué sucedió aquí? ¿Cómo es posible que en una narración tan extensa no suceda nada?" Es digno de observar cómo sostiene la tensión del lector algo que no conduce a ninguna parte. Sin embargo, éste parece ser el destino actual de las letras. ¿En dónde está el hombre? ¿Qué es el hombre en sí? *La ragazza*, por ejemplo, es la historia de una muchacha de la calle; no obstante, esta muchacha nunca tiene conflicto ni con la calle ni con nadie. Es una muchacha de la calle, pero ni la calle es su enemiga, ni ella tiene dificultad para vivir; simplemente se desarrolla en un fluir más bien poético y humano que violento. Con Carlo Cassola la literatura italiana entra a otra fase, a otro camino que, sin proponérselo, coincide con el de otros escritores europeos.

En Francia fue muy pesada la influencia de los escritores pertenecientes al academismo: Proust, Balzac, Stendhal. El francés es enemigo de rehuir los formulismos, es decir, es un gran conservador de sus formas y sistemas académicos. Cualquier autor que se rebele contra la Academia es desconocido y se le hace una política de silencio. Así le sucedió, por ejemplo, a Jean Giono, un escritor que sigue siendo válido, pero que durante muchos años estuvo pros-

crito. También le sucedió a Ramuz, oriundo de la Suiza de habla francesa. Jean Giono escribió *Las batallas en la montaña*, *Ese bello seno redondo es la colina* y otras obras. Era un escritor antibélico, pero nunca expresaba su antibelicismo en forma violenta; simplemente negaba que existiera Francia. Decía: "Yo sé que existe una mujer, que existe el aire, que existen los árboles, las nubes, los arroyos, los animales; que existen mis hijos y esto sí soy capaz de defenderlo, pero no estoy dispuesto a defender a lo que no existe como eso que se llama Francia". Este fue su pecado y su obra fue silenciada durante mucho tiempo, pero más que nada porque su estilo no se conformaba al reglamento por la Academia Francesa. El caso de Ramuz tuvo un aspecto semejante; escribió, hace muchos años, una novela llamada *Cumbres de espanto* en la cual se trata del problema de la aftosa en los Alpes suizos, y otras obras, unas treinta, de las cuales *Jean-Lucas* es, quizá, una de las mejores. Son escritores que rompen todos los moldes, pero por si esto fuera poco surgen, como una reacción general, los antinovelistas. En lo particular, es decir, en lo personal, la antinovela me desagrada. Escribir antinovela es, precisamente, evitar toda acción del pensamiento, ver, simplemente, y explicar lo que se está viendo. El principal antinovela es Robbe-Grillet quien estuvo en México hace pocos



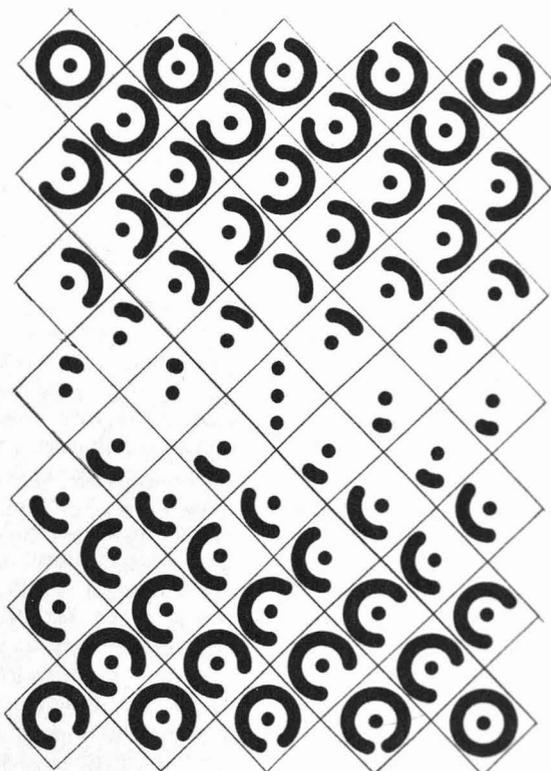
meses; ha escrito *El mirón* que es un señor que mira, que se dedica a ver y simplemente describe lo que ve, pero esto, naturalmente, a nadie interesa. Es una actividad puramente cerebral quizás, en fin, nadie se explica su significado. Los antinovelistas creen que su movimiento destruirá los viejos moldes de la literatura francesa. Michel Butor es el más inteligente de ellos. Nathalie Sarraute ha escrito *El laberinto* y el argumento de *Hiroshima, mi amor*. Este último es, como argumento, muy hermoso, pero *El laberinto* es verdaderamente un laberinto en el que se pierde el más fajado y, así, la antinovelita que creyó en un principio ser un movimiento aceptado y fuerte, capaz de crear un nuevo estilo, una nueva forma de desarrollar la conciencia humana, acabó siendo simplemente esto: una antinovelita, es decir, una antiexpresión y un antitodo para caer en la nada.

En Alemania Günther Grass es, posiblemente, el mejor escritor actual. Escribió, después de la guerra, *El tambor de hojalata*, *El gato y el ratón* y otra novela más. Es uno de los autores más influidos por la novela norteamericana, pero *El tambor de hojalata* abre a la novela unas posibilidades inmensas. Es todo lo contrario de la antinovelita; demuestra que sí se puede hacer novela y que no es necesario llegar hasta la antinovelita, pues las posibilidades de *El tambor de hojalata* son realmente vastas al informarnos sobre muchos mundos que nos interesa conocer. Uwe Johnson, el más joven de los actuales escritores alemanes es del mismo tipo que Grass, pero un poco cargado hacia la antinovelita. Su obra se desarrolla en un velódromo: es la historia de unos corredores ciclistas y en toda la novela se está viendo cómo corren en el veló-

dromo y el lector se pregunta: "¿a qué horas terminarán de correr?" Y termina el libro y creo que todavía siguen corriendo. Uwe Johnson no se arriesga a escribir otra obra; sin embargo, no obstante su pesadez, la poesía de Johnson al describir el mundo de las personas que están en el velódromo es muy interesante. Max Frisch, suizo alemán, es un autor más conocido, más importante; ha estado en México y nos ha descrito en una forma bastante vulnerable, tal como nos describió, por ejemplo, ese señor de *El poder y la gloria* que odiaba a los mexicanos, no sólo por ser mexicanos, sino porque hasta el paisaje de México le era odioso. Frederic Dürrenmatt es otro escritor suizo, novelista pero fundamentalmente autor de teatro. Entre sus mejores obras está *Rómulo Magno* que es una de las más extrañas que un autor pueda concebir, pues en los alemanes es casi inconcebible el humorismo, pero existe de una manera tan formal que se puede decir: "Estos hombres parece que no sufrieron; se están burlando de ellos mismos". Tiene un drama, *Los físicos* — con casi las condiciones de una novela —, en el cual los personajes centrales son Einstein, Freud, etc., que están encerrados todos ellos en un manicomio junto con los inventores de la bomba atómica, con todos los físicos nucleares, dedicándose a asesinarse unos a otros. El autor parte de este concepto: la única forma de que el mundo logre sobrevivir es encerrando a todos los físicos nucleares en un gran manicomio, porque además ellos creen que es el lugar en donde pueden encontrar la soledad y no ser víctimas de los políticos. Es decir, por los dos lados hay razón.

La novela norteamericana actual, reciente, sabemos que dio un bajón tremendo después de la guerra. William Faulkner que les demostró ser un gran escritor, que lo sigue demostrando puesto que no ha podido ser superado, les demostró también una característica muy especial de los norteamericanos: que el Sur es mejor que el Norte, que entre los sureños hay más inteligencia que entre los del Norte. Promovió, sin quererlo, una corriente de escritores sureños que fueron superándose y superando a los norteamericanos. Nueva York y Chicago que habían sido las capitales intelectuales de los Estados Unidos dejaron de producir escritores. Chicago, ciudad grandísima que durante algún tiempo fue el albergue de Sherwood Anderson, de Theodore Dreiser y otros de categoría similar tiene actualmente un solo escritor, Nelson Alvin, quien ha escrito *El hombre del brazo de oro* cuyo protagonista se inyecta morfina en el brazo, es decir, miles de dólares, pero en la película interpretada por Frank Sinatra parece que es "brazo de oro" porque toca muy bien la batería en una orquesta. Nueva York tiene dos escritores: J.D. Salinger y William Styron. El primero es hermético, no habla a nadie ni nadie habla con él. Se creyó que era sobrino del Secretario de Prensa de Kennedy y que por esta razón se le publicaban sus obras; es un hombre que vive una vida monacal, encerrado, encastillado. Ha escrito un tipo de antinovelita, por ejemplo,





Cazador oculto, que para poder apreciarlo es necesario saber el "argot", el lenguaje que hablan los neoyorkinos. No describe, no relata, no narra ningún acontecimiento sino simplemente el lenguaje: cómo hablamos y cómo darle significación al lenguaje. William Styron, quien estuvo en México hace algunos meses es más joven; tiene un libro, *Envuelta en la obscuridad*. Norman Mailer, autor de *Los desnudos y los muertos* cayó, como casi todos los escritores de la generación de la posguerra, en caos y tremendismo de un Truman Capote, de toda esa gente que está desquiciada como consecuencia de la guerra de Corea. Todos ellos han sido dañados por dicha guerra, todos están lesionados, son hombres deshumanizados y como que intentan autocastigarse. Desaparecidos Faulkner, Farrell, etc., y al aplicarse la Ley MacCarthy, se produjo un gran número de claudicantes entre ellos John Steinbeck quien escribió una gran obra, *Las viñas de la ira* y, posteriormente, después de la Ley MacCarthy renegó de ella y aceptó las instrucciones del senador MacCarthy. Últimamente obtuvo el Premio Nobel, pero lo que ha escrito carece de valor, como *El Golfo de California* y la *Historia de Puck*. Puck era su perro, y un gran Steinbeck como el de *Las viñas de la ira* se convierte en un señor que nos describe cómo sacaba a pasear a su perro. Después vienen los "beatniks": representante de ellos es Jack Kerouac que escribe, entre otras, las obras *En el subsuelo* y *La carretera*. En ésta última describe, simplemente, a una pandilla que recorre en automóvil la carretera 66 de los Estados Unidos, internándose en México, y todas las diabluras que hace esa pandilla. Los "beatniks" son tipos irres-

ponsables y lo que pretenden es escandalizar. De ellos se separa John Updike, muy buen cuentista. Joseph Heller, muy joven, es quizás uno de los mejores escritores norteamericanos. Ha escrito una novela bastante voluminosa, *Trampa 22*, en la cual narra no las glorias del 7º Escuadrón aéreo en la campaña de Italia, sino precisamente sus fracasos. Describe la desesperación de unos hombres que no saben por qué pelean, situación que actualmente se repite. La novela transcurre en el Comando del escuadrón acampado en un lugar de Italia; se obliga a cada uno de los aviadores a hacer 22 vuelos de bombardeo sobre ciudades. Pero al terminar esos 22 vuelos se les piden 23, después 25, 30 y así sucesivamente hasta que se llega a un ambiente kafkiano. Lo que aquellos hombres querían era regresar a sus hogares y no seguir volando, bombardeando y exponiendo sus vidas. La obra, aparte de ser satírica, está impregnada de un contenido humano muy interesante. Sin embargo, la novela norteamericana actual no ha creado, por ahora, un escritor particularmente valioso digamos a la altura de un Sherwood Anderson, de un James T. Farrell o de un Faulkner.

En cambio, la nórdica ha permanecido estable. Es una literatura que siempre me ha interesado mucho porque creo —es mi opinión— que toda la literatura europea nace en el Norte, en esos países brumosos como Islandia, Noruega, Suecia y luego desciende y se extiende por Europa. Laxness, islandés a quien se le dio el Premio Nobel, autor de *Estación atómica*, mezcla la cuestión humana con la técnica y científica haciendo ficción humana. En esta literatura es grande la influencia de Hamsun, el de *Un vagabundo con sordina*, pero desgraciadamente sus seguidores no tienen la alegría que tuvo Hamsun, esa gran alegría que le daba al hombre un carácter verdaderamente humano.

Así como en los Estados Unidos surgieron los "beatniks", en Inglaterra aparecen los "jóvenes iracundos" parecidos a los anteriores, pero más numerosos. Hay como unos veinte buenos escritores entre ellos, comenzando por Edmund Wilson, Angus Wilson y John Braide, todos ellos dedicados a destruir la huella de la Inglaterra victoriana. Sin embargo, nunca le han gustado a Inglaterra las grandes transformaciones. Es un país que siempre ha seguido una línea horizontal: buenos escritores, sin ser extraordinarios, de un mismo nivel. Las novelas de los "jóvenes iracundos" son siempre de pequeña extensión, nunca son esos "monstruos" de 700, 800 y 1000 páginas que escriben los norteamericanos y que nadie lee. Los ingleses siempre han seguido la línea del humor fino y, al mismo tiempo, de fácil lectura sin perder, claro está, calidad literaria.

La literatura húngara, desgraciadamente, todavía no se ha repuesto de la pérdida que le produjo la Segunda Guerra y, después, la revolución del 56. El estilo irónico, casi humorístico que era su fuerte y común a las literaturas centroeuropeas, por ejem-





plo en los *Cuentos de la Malá Strana* del checoslovaco Jan Neruda, desapareció para dejar abierto el camino a temas más dogmáticos. Este es un pecado de casi toda la Europa Central.

Un país con muy buenos escritores es Yugoslavia. Ivo Andric recibió el Premio Nobel por una novela llamada *El puente sobre el río Drina*. Después se convirtió en cronista, más bien en autor de crónicas como *Sucedió en Bosnia* y *La señorita*, en donde simplemente relata las costumbres en las ciudades yugoslavas hace muchos años, aproximadamente un siglo, evitando así tratar temas actuales, es decir, evitando pisar el terreno político o social de su tiempo. En cambio, Bulatovich que no recibió el Premio Nobel, es autor de una obra que se llama *Un pájaro rojo vuela hacia el cielo* que demuestra que sí se pueden tocar los terrenos políticos y sociales en Yugoslavia y, además, que existe una forma de expresión que logra alcanzar, dentro del realismo mágico, una gran importancia. Quizá sea Bulatovich el máximo representante del realismo mágico en la literatura europea contemporánea. Hasta pasado un tiempo no se verá la importancia que tiene el realismo mágico porque, actualmente, la mayor parte de los escritores está buscando precisamente la fórmula para hacer esta literatura. El estilo de Bulatovich es accesible a cualquier ser humano y, al mismo tiempo, dignifica a la imaginación y libera de cualquier sometimiento, ya sea político o social, al desbordarse por terrenos hasta ahora concebidos como imprecisos.

Hemos dado un ligerísimo repaso a la literatura de los últimos años. Naturalmente, no hemos podido citar a muchos autores ni resumir argumentos, pues hubiera sido tarea muy dilatada. Solamente hemos mencionado algunas corrientes literarias actualmente vigentes. Estas corrientes tienen su respuesta en América Latina. También en los Estados Unidos; por ejemplo, hasta el propio Henry Miller, del cual no quiero ocuparme, que está influido por otro tipo de literatura de características sexuales tiene, sin embargo, también muy profundo arraigo en el realismo mágico.

En cuanto sabemos, la novela de nuestros días debe abarcar el campo de la realidad inventada, o sea la ficción sin entronque aparente con la vida que conocemos. Ya no se le exige al novelista "vivir" la vida, sino mirar lo que hay donde no se puede ver con los ojos, intuir más que sentir, conocer más que saber. Esto que parece una paradoja es el cogollo de la novelística actual y, de ese modo, la ciencia-ficción deja de ser ciencia para convertirse en presencia desconocida de la realidad. Por ejemplo, los temas de Ray Bradbury, escritor norteamericano de cuentos y novelas de ciencia-ficción; estos temas giran alrededor de planos ya no terrestres, sino subhumanos o espaciales. Uno de los más típicos ejemplos de este tipo de narrativa es *Y la piedra gritó*. El estilo de Bradbury desconecta el realismo fijo, sólido en el cual podemos ubicarnos

para, de pronto, dejarnos caer en el abismo insondable de lo inexistente. En *Y la piedra gritó* es donde se halla la clave más certera de las referencias que se buscan en el realismo mágico. La historia es aparentemente realista; cuenta el caso de un matrimonio norteamericano que intenta evadirse de un país latinoamericano, no especificado, porque en él puede estallar una revolución en cualquier momento. Esa revolución no se produce, pero el matrimonio inventa un estado de violencia y también que no se le permite, que nadie les permite salir del país porque éste tiene muchas más fronteras que las que antes tenía, y nadie les vende gasolina para su automóvil porque su dinero, los dólares, han dejado de valer y hasta son desconocidos en el país. Sólo hay una cosa palpable: una piedra se ha movido y grita rencorosa contra ellos en un país poblado de seres inhumanos, y sin tocarlos, sin amenazarlos siquiera, los destruye. El hecho no tendría importancia dentro de la literatura contemporánea, si no fuera esencial para comprenderla. Estamos transitando por terrenos demasiado móviles y, en muchos casos, inexistentes, es decir, que antes creíamos inexistentes. El difícil problema que se les plantea a los lectores de muchos escritores de nuestra época, ya correspondan a la novela o a la antinovela, a la ciencia-ficción o a la simple creación de ficciones tenemos que cargarlo, en gran parte, al adeudo que la técnica tiene con la humanidad. Hasta ahora no sabemos quién es el culpable: si Freud o Einstein que es casi como decir el Diablo o Satanás. Con todo, hay una fisura por la cual introducimos y observar de cerca lo que está ocurriendo en la mente del hombre: tomar el mismo jet, viajar en la misma cápsula espacial o, también, vivir en un manicomio en el cual Joyce, Truman Capote o Dürrenmatt sean tratados con electrochoques. Ante el triste panorama que nos ofrece el mundo, el antídoto no consiste en huir de él como de un condenado, sino en volvernos miméticos. Esta puede ser, aparentemente, la solución y, en realidad, es la clave para conocer por qué se escribe ese tipo de novela, por qué está abierta la puerta y no nos dejan entrar. Pues la novela actual, en cualquier parte del mundo, camina con la bandera del realismo mágico; es una puerta difícil, más bien una entrada que a ninguna parte conduce. No sabemos hasta qué punto llegue la literatura contemporánea a ser válida, pero sí sabemos que el escritor no confía ya en la palabra porque no sabe hacia dónde lo llevará, hacia qué obscuridades de la mente va a conducirlo el seguir la corriente del pensamiento porque, desgraciadamente, el ambiente, la técnica, la ciencia, el mundo actual influyen para que el hombre actúe adaptándose a esa situación. Quizás dentro de poco, en la literatura contemporánea, en el cuento, en la novela y hasta en la poesía veamos la faz oscura de la luna y quizás nos hundamos en su oscuridad. El realismo podemos asirlo; la magia, no: está en cada uno de nosotros. □

TANTAS VECES PEDRO

Quien lo hubiese visto desembarcar esa mañana, en el aeropuerto Charles de Gaulle, jamás habría dicho que estaba más solo que los muertos del poema de Bécquer, en sus peores momentos. Ni él mismo lo sabía aún, y eso que el tipo del control se estaba demorando un poquito con su pasaporte y él ya estaba pensando nuevamente que de qué le servía andar tan elegante si por el mundo entero los tipos de control seguían demorándose un poquito con su pasaporte. Detestaba el maldito documento. Le parecía, cada vez más, que todo lo escrito en esas páginas verdes de nacionalidad peruana había dejado por completo de corresponder a la realidad. La palabra soltero, por ejemplo, no era más que la dolorosa comprobación de que Sophie se había casado con otro. La cifra de su edad, cuarenta años sin dar golpe, era aquel instante en que él le dijo, Sophie, el día que nos casemos me afeito barba y bigote y te quedo hecho un adolescente. Lo de profesión escritor era ya casi una vergüenza pública. Mil años hacía que le habían expedido ese pasaporte, mil años desde aquella oficina donde él declaraba sí, señor, profesión escritor, y ahí en el aeropuerto esa mañana continuaba tan inédito, y tan sin algo inédito siquiera, como la tarde en que decidió escribir una novela en la cual, entre otras cosas, por ejemplo, Sophie lograba ganar unas elecciones de bondad a la Virgen María en el cielo. Detes-

taba el documento de mierda, y ya le estaban temblando demasiado las manos, ya estaba a punto de gritarle al tipo del control que se metiera su pasaporte al culo, si tanto le gustaba. Pero lo interrumpieron una voz y un blue jean. Le interrumpieron todo menos la pena.

— Pedro...

— ¿Yes?

— En este instante siento que estoy perdidamente enamorada de ti.

— No te arrepentirás.

— Pedro...

— ¿Yes?

— En este instante siento que fue una gran idea venirme contigo a París.

— Lógico, fue idea mía.

En este instante el tipo del control le devolvió su pasaporte, evitando de esa manera que ella le dijera con los ojos que ya no se sentía perdidamente enamorada de él, y que él pensara, una vez más, lo único que me jode de esta gringa es que no tiene el más mínimo sentido del humor. Probablemente acabo de hacerle mierda su ego, y de incurrir en delito de machismo además, pero la verdad es que la idea de venirnos juntos a París fue mía, y sigo pensando que fue una excelente idea.

— Virginia, tú compartiste la idea de venir. Estoy muy feliz de que hayas compartido la idea de venirte conmigo.

— Necesito un café.

— Te quiero, Virginia.

— Necesito cantidades de café.

— Virginia, te quiero.

— Pedro, por favor sé honesto y no digas cosas que no sientes. Con el tiempo tal vez llegues a quererme, pero primero tendrás que aprender a respetarme.

— Pero te quiero. Siento que te quiero. ¿Qué quieres que haga?

— Mira, Pedro en este momento necesito café. Café muy caliente. Me están temblando las manos de frío.

— Te quiero, y a mí también me están temblando las manos.

— En los Estados Unidos me dijiste que naciste con las manos temblándote. Que era un privilegio otorgado a tu familia por la antigüedad que es clase.

— Lo sé; estaba borracho.

— Te tengo miedo y quiero café.

— ¿Por qué?... Dime por qué tú puedes haberme querido desde el primer instante en que me viste, y yo ni siquiera puedo haberte empezado a querer dos o tres días después.

— Pedro, yo nunca he dicho que te quiero. Tenemos que ser muy honestos el uno con el otro. Hace un momento dije que en ese instante me estaba sintiendo perdidamente enamorada de ti. Eso es muy distinto.

— Me cago.



—¿Qué?
 —Mira, ahí vienen las maletas.
 —Ya podemos ir a tomar un café.
 —Virginia, los dos nos estamos muriendo de miedo de ir a casa. Los dos quisiéramos quedarnos a vivir en este aeropuerto, porque por ahí cerca debe andar todavía el avión que nos sigue acercando a los días que acabamos de pasar juntos en Berkeley.
 —Pero necesito café. Necesito varias tazas de café. Tengo frío.
 —Con un taxi llegaremos pronto al departamento. A esta hora casi no hay tráfico, y te prometo que te tendré abrazada durante todo el trayecto. Así, bien fuerte. Y cuando menos lo pienses estarás navegando en café. Un café hecho a base de una mezcla de cafés superiores. Mira, ahí tenemos nuestro taxi.

Pedro comentó el tiempo frío y lluvioso para enterarse de la antipatía mayor o menor del taxista, que resultó tan simpático que no tuvo más remedio que usar toda la descortesía de que era capaz para consagrarse por entero al largo y estrecho abrazo que le había prometido a Virginia. Había más tráfico del que había calculado, y poco a poco iba sintiendo que el temblor de las manos se le subía a los brazos, produciéndole una irremediable pérdida de fuerzas a su demostración de ternura y optimismo.



Necesitaba un trago. En vez del desayuno con juguito de naranja del avión debí haberme soplado una media botella, pensó. Por lo menos temblaría sin darme cuenta y Virginia no se estaría muriendo tanto de miedo. La besó, pero ese beso sólo produjo mayor incertidumbre. Y cuando la volvió a besar, imitando besos que le había dado allá en California, sintió que aquellos días no se repetirían jamás en la vida. Se le nublaron los ojos. Virginia lo estaba observando.

—Dime dónde vivías con ella.
 —No era por este barrio.
 —¿Estás llorando por ella?
 —No me gusta la gente que trata de suicidarse. Me parece que...

—¿Te gusto en este instante?
 —Mucho. Tienes una piel muy suave. Pero tus manos son demasiado perfectas. Deberías hacer algo para que parecieran más reales. Son demasiado intelectuales. No sé... Deberías trabajar con las manos.

—Inmediatamente. Por lo pronto voy a pagar el taxi, porque ya llegamos, te voy a subir tu maleta, porque son como ciento cincuenta pisos sin ascensor, y te voy a preparar un río de Nescafé. Todo con estas manos.

—Pero en el aeropuerto hablaste de un café hecho a base de cafés superiores.

—Mejor todavía; a base de una mezcla de cafés superiores. Eso es exactamente lo que dice en el etiqueta del frasco Nescafé. ¿Te gusto en este instante?

—Sí, pero no puedo dejar de tenerte miedo.
 —Tienes que desarrollar tu sentido del humor, Virginia. Y creo que la mejor manera de empezar es ayudándome a cargar las maletas porque son como ciento cincuenta pisos sin ascensor, y estás perdidamente enamorada de mis manos. No se me vayan a maltratar.

No me gusta París, fue lo primero que dijo Virginia al entrar al modestísimo dos piezas, que había sido una pieza a la que le metieron su tabique, dejando para siempre en la penumbra el lado cocina-baño-armarios. Tras rápida mentada de madre en jerga bien peruana, para que no le entendiera aún en el caso de escucharla, Pedro le dijo que el agua para el café ya no tardaba en hervir, y se atrevió a agregar que tuviera en cuenta que todavía no había visto nada de París. De nada le sirvió. Desde la otra pieza, la que sí tenía ventana, Virginia, como quien habla sola, afirmó que todas sus amigas norteamericanas que habían visitado París, habían terminado por detestarla.

—El cambio de Tampax a la Ciudad Luz debe ser duro.

—¡Lompoc! Mil veces te he dicho que mi pueblo se llama Lompoc. Por qué insistes en ser tan malo conmigo y llamarle Tampax.

—Te juro que me olvido. Debe ser porque me encanta eso de Tampax.

—En este instante me encantaría estar en Lompoc.

—Lo cual no te impidió largarte de tu casa para ir a Berkeley.

El café estaba listo, y Pedro pasó a la otra habitación pensando que con menos frío y con menos temblores mutuos, la cosa iba a comenzar a funcionar tal como él lo había deseado desde la mañana en que despertó sintiéndose pésimo por la borrachera de anoche, y descubrió que a su lado se estaba muriendo de miedo una muchacha a la que definitivamente no recordaba haberse traído a su cuarto. Pero no era la misma, porque ahora Virginia le tenía también miedo a París, y porque algo que él aún no lograba comprender empezaba a darle a su sólida belleza un defecto la mar de provinciano. Era como si de golpe se hubiese ensuciado el blue jean que tantas veces le quitó tierno y ansioso de hacerle sentir que había encontrado en la robusta acogida de sus muslos una paz que les permitiría amarse y entenderse a pesar de todo, porque se parecía mucho al olvido.

Pero Virginia también tenía su a-pesar-de-todo, y aunque allá, en Berkeley, había hablado de tantas cosas y ella había aceptado partir, convencida por su ternura sin límites, algo ahora empezaba a hacerle sentir que hay decisiones que se toman únicamente para exaltar la duda. Pedro, en cambio, se

había dedicado por entero a adorarla, para lo cual no le quedó más remedio que atrincherarse entre un rincón y una silla, de tal manera que ya podían comenzar a herirse sin verse, porque desde que comprendieron que lo único en común que tenían era que les iba bastante mal en la vida y que eran capaces de pasarse tres días en la cama y sin comer, decidieron herirse lo menos posible, y no mirarse a los ojos ayuda bastante en estos casos.

Más silencio y más frío, sin embargo, y también ya debía haberse enfriado el agua para más café. Pedro extrajo su pañuelo blanco del bolsillo, lo alzó en señal de paz o por lo menos de tregua, y propuso hervir un poco más de agua para un poco más de café, todo sin resultado alguno. Virginia llevaba tomadas tres decisiones desde que se instaló en su nueva vida: odiar París, sentarse en el borde de la cama como si fuera suyo y de nadie más en este mundo, y beber café en cantidades industriales. Un nuevo impulso la hizo romper a llorar, un poco como lloran esos niños que nadie les hace caso. Pedro le entregó el pañuelo y empezó a rogarle que lo mirara, que lo escuchara, que le contara qué le pasaba. Nada. Lo único que logró fue que Virginia agachara aún más la cabeza y le devolviera su pañuelo listo para la lavandería, a la vez que de su bolso extraía un importante fajo de kleenex, casi como prueba de que ese llanto venía de muy lejos y de que tenía aún para mucho rato.

—Salgamos a pasear.

—Está lloviendo.

—No puedo verte llorar, Virginia. Salgamos a pasear.

—Está lloviendo.

—Salgamos a pasear con impermeable.

—Pedro, quiero volver a casa.

—Esta es tu casa por ahora, y te va a gustar, Virginia.

—Odio esta ciudad.

—No la conoces. Ni siquiera conoces la calle en que vivimos. Fíjate, al frente está la imprenta que fue de Balzac. Y aquí, en esta casa, murió Racine, Virginia.

—Racine me importa un pepino. A quién le puede importar Racine en estos tiempos. Hay que estar bastante podrido para que a uno le importe Racine.

—Bob Dylan vivió en esta casa. No murió aquí, pero en un viaje incógnito que hizo a París vivió en esta casa.

Virginia alzó la cara y cesó de llorar. Por un instante, sus ojos parecieron haber vislumbrado la iglesia de su pueblo, pero luego todo interés desapareció de su mirada y lo odió. Pedro comprendió que no había nada que hacer por el momento. Pero, a diferencia de lo que pensara antes en el aeropuerto, no era la falta de sentido del humor de Virginia lo que lo molestaba ahora. Pensaba más bien en la forma como las tiernas filigranas del humor segregan a menudo el desencantado color de la





tristeza. Y no recordaba un solo humorista con cara de humorista.

—Virginia, no llores. Por favor, ya no llores más. Mira, te voy a decir una cosa. Las mujeres bonitas nunca lloran por un hombre. Las mujeres bonitas como tú hacen llorar a los hombres.

—¡Te detesto cuando sueltas esas cosas elegantes! Siento como si toda esa elegancia tuya fuese una absoluta falta de respeto por mi persona. En Berkeley me juraste que habías roto con tu pasado.

—En este instante quisiera jurar que he roto también con mi futuro...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Entre muchísimas cosas más, que en este instante, usted y yo, señorita, vamos a ponernos nuestros impermeables (desde ya, lamento muchísimo que mi impermeable sea más elegante y esté entero, que el suyo sea horroroso y le quede enorme porque fue de un hombre, que esté más lleno de huecos que un gruyere); en fin, que usted y yo vamos a salir cantando bajo la lluvia hasta llegar a la agencia de viajes más cercana, de tal manera que señorita parta rumbo a su casita en el primer avión que despegue de esta detestable ciudad.

Virginia aterrizó a sus pies, llorando a gritos, pidiendo perdón a gritos, y rogando que le dieran una nueva oportunidad, ya no a gritos, sino con esa desesperación suave y contenida del que no quiere perderlo todo una vez más en la vida. Razonaba y amaba al mismo tiempo, y al mismo tiempo prometía cumplidamente y acariciaba como Dios manda. Pedro aprovechó para posesionarse del borde de la cama, pero de ninguna manera deseaba que a Virginia le tocara ahora el suelo. Por un instante detestó la idea de que sus lágrimas le estuvieran jodiendo el buen planchado del pantalón, a la altura de las rodillas, pero cuando apartó de ellas, con ambas manos, la carota sucia y bellísima de una muchacha con la que deseaba mucha suerte en el futuro, sintió que todo borde de una cama es compartible, y que esta era la misma cama en la que semanas atrás había descubierto a Virginia a su lado, infinitamente superior a lo que Dios la trajo al mundo.

Se quedaron tres días en cama y sin comer, y amanecieron una noche con ganas de desayunar. Pero ella mal del estómago y él también medio fregado con una sinusítica gripe moderna. Naturaleza hostil, afuera. Continuaba lloviendo y haciendo frío en plena primavera, y para colmo de males la ciudad seguía siendo París. Pedro sabía perfectamente bien en qué andaba pensando Virginia. Con sus respectivos malestares, no era difícil que la cosa se deteriorara nuevamente, y decidió anticiparse afirmando que un clima así, tan de mierda, era simplemente inconcebible en California. No saben hasta qué punto dio en el clavo. Vio a Virginia sonreír y casi se le escapa un no sabes cuánto te quiero, Virginia, pero se contuvo y decidió que mucho mejor era proponerle un buen ta-

zón de té y salir resfriado en busca de una farmacia donde vendieran algo para la diarrea.

—Pedro, estoy feliz de haber venido. Estoy segura de que toda va a salir muy bien. Vamos a poder vivir siempre juntos, vas a ver. No tengo ganas de salir ahora. Además, todas las farmacias deben estar cerradas. Mira la hora que es.

—Tiene que haber una farmacia de turno, aquí en el barrio.

—No necesito nada. Este asunto se me pasa si estoy tranquila y contenta. Ha sido muy duro para mí en el primer momento, pero te juro que ahora me siento realmente tranquila y muy contenta. Lo que me gustaría es quedarme aquí encerrada contigo. Quiero enseñarte a comer cosas sencillas. En los Estados Unidos me dijiste que mis recetas de cocina te tentaban y que las ostras con vino blanco no eran tan importantes, después de todo. No vayas a la farmacia...

—Pero mi maldita sinusitis... Cada vez estoy peor. Mañana voy a estar pésimo.

—Yo te cuidaré. Y me temo que seré una madre muy posesiva.

—Necesito un vino caliente con toneladas de vitamina C.

—Por qué no comemos algo y volvemos a la cama. O si no, tú puedes descansar después de comer algo, mientras yo voy abriendo la maleta y colgando mi ropa. Soy muy desordenada, ¿cuál es tu actitud frente al desorden?

—Poner un aviso en el periódico: SE NECESITA COCINERA, MAYORDOMO Y AMA DE LLAVES. Y al que llegue primero pedirle que me traiga un médico.

—No necesitas herirme. Sabes muy bien que me he pasado años de camarera en un restaurant mugriento.

—Purita demagogía. Para mí no eres más que una brillante discípula de Angela Davis, quien a su vez fue la brillante discípula de Herbert Marcuse. A pesar de las apariencias, te admiro, Virginia. Eres, como se dice, una mujer de nuestro tiempo.

—¿Y tú, Pedro?

—Durante los últimos años, he sido un personaje. El personaje de una historia maravillosa que nunca recuperaré y que tal vez nunca lograré escribir porque de pronto fui expulsado de ella, de mi propia historia, y me quedé sin todo lo que faltaba... Que era mucho... Tanto que ya nadie podrá escribirla tampoco sin mí. Durante las últimas semanas, he sido un hombre que ha asumido que ya nunca inventará ni creará nada que no sea vida misma. Y sin embargo quiero escribir, Virginia. Y eso es lo que te dije en Berkeley cuando me pediste permiso para tomarme la mano y me confesaste que te encantaba acariciarle el culo a hombres... Nunca olvidaré esa caminata al atardecer por Telegraph Avenue... Tú pidiéndome permiso para ponerme la mano en el culo y yo decidiendo que iba a redactar mi vida a altura de aquel personaje que fui

y que quise ser, al mismo tiempo. Pero en adelante contigo, Virginia. El mismo viejo talento para una vida nueva y buena... Me gusta... dura... tiene fuerza... a ratos mucha fuerza... me encanta la imagen esa de los dos caminando por Telegraph Avenue como en un mundo moderno o joven o mejor o no sé qué mierda. Y en él, yo, yo con mi terno negro pasado de moda ahí, pero impecable y triunfal porque al lado del tipo con el terno negro y el reloj de oro en el bolsillo del chaleco camina entregada una muchacha, lo más Berkeley que darse pueda, y bella y robusta y de acuerdo a mis cánones pésimamente mal vestida, que mete la mano entre las aberturas posteriores del saco very british, para acariciarle el culo al tipo bastante mayor que los que frecuentan el campus, pero más charlatán y más joven y quemando más vida que todos a partir del séptimo trago. El tipo simplemente cuenta las mejores historias, y Virginia siente celos al ver que mil jóvenes lo rodean, pero Virginia no debería sentir celos porque es la única persona que sabe quién es y que lo ha visto rabiarse de pena por el pasado y por impaciencia por el futuro...

—Pedro no sabes cuánto me gusta cuando hablamos en serio, cuando eres razonable, cuando no has bebido y no me estás adorando a gritos en un bar...

—Aún no he terminado, Virginia. Te he hablado



sólo de los últimos años y de las últimas semanas. Pero un poquito de toda esa fuerza como que empieza a escapárseme ahora, Virginia. De tal manera que desde hace un rato soy un hombre que descubrió su verdadero amor demasiado tarde, peor que demasiado tarde. Algo así como un conquistador español entregando el alma por la boca con el Dorado en las narices.

—¿Lo dices pensando en ella?

—Lo digo pensando en todo; en tí, en ella, en mi sinusitis, en la lluvia... Acércate. ¿Ves? Estoy temblando y ya casi no me quedan fuerzas para abrazarte. No sabes cuánto me hubiera gustado tenerte abrazada durante las cinco semanas que íbamos a pasar en París. Pero ya es demasiado tarde. Me estoy muriendo de pulmonía. Nunca llegaremos a México. Era allá, bajo el sol y contigo, donde iba a comenzar a escribir de una vez por todas y algo completamente nuevo. Necesito un trago. Mil tragos.

—No me gusta cuando actúas como un hombre débil.

—Pero es que estoy débil. Tengo fiebre.

—No tienes ni una línea de fiebre.

—Peor todavía entonces. Me lo ha explicado el médico. Cuando ya no queda ni fiebre es porque el cuerpo ha dejado de luchar contra la infección. La fiebre es lucha. A mí me está devorando una pulmonía y yo aquí, sin poder ni siquiera luchar.

—No es verdad. Tienes un resfriado común y corriente.

—Morirse es también común y corriente.

—Confiesa que te encantará morirte en la misma casa en que murió Racine. Un toque de elegancia hasta en la muerte. Me gustas tanto, Pedro. Déjame besarte.

—Lindo toque de humor. ¡Bravo!, Virginia. Bésame mucho si quieres pero que conste que estás besando a un farsante. A un tipo que vive haciéndole creer a todo el mundo que es escritor. Sácame de aquí, Virginia. Por favor. No quiero morir en casa de Racine y sin haber escrito una línea.

—No eres un farsante, Pedro. Yo me volví loca, no bien te vi en Berkeley. Estaba fuera de mí. Hasta mis mejores amigos se sentían ofendidos al ver cómo un desconocido que hablaba y bebía más de la cuenta había logrado ponerme un este estado. Yo, la inconquistable Virginia, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por irme contigo esa noche. Bien que lo sabías. Pero ni quisiste ni supiste aprovecharte de ello. Continuaste contando historias y cantando hasta que te caíste al suelo de pena, y yo tuve que arrastrarte hasta el hotel y acostarte.

—Ojalá me hubiese muerto esa noche. Hubiese sido un verdadero conquistador con el Dorado en las narices.

—Nunca he visto a nadie más escritor que tú. Te pasas la vida escribiendo.

—Tu fe moverá montañas, Virginia.

—Echate un rato mientras abro mi maleta y vuel-

go mis cosas. Después te prepararé un arroz.

—Yo te dictaré un arroz a la peruana desde la cama. Con el perdón de tu gobierno, sólo los chinos y los vietnamitas han logrado un arroz a la altura del peruano.

—A la mierda con mi gobierno. ¿Qué más desea el señor? Su último deseo antes de morir...

—Un sacerdote.

—Me dijiste que eras ateo.

—Sí, pero mi madre es católica y creo que la haría muy feliz saber que la oveja negra murió con el hijo pródigo. Anda arregla tus cosas.

Observando a Virginia buscar la llave de su maleta. Madre mía que estás en Lima y en mi corazón compartiéndolo con esa gringa ahora. Pero no es una gringa, mamá. Madre, te presento a Virginia y su ropa con huecos. La quiero, mamá y estoy impaciente por sus orígenes familiares. Inmigrantes irlandeses, mamá. Nacida en Tampax. Vamos, mamá una gotita de humor y todo se arregla. Madre, Virginia y yo vamos a establecernos en México, Ella estará cerca a California y yo más cerca a ti que en París. Una gotita más de fe, mamá. Todavía soy joven y puedo empezar a escribir. Dinero, mamá. Quedan algunos viajes por hacer, pero después nos instalaremos con comida casera por toda hacienda y, conociendo a Virginia, me imagino que también sin sirvientes. Una vida muy sencilla, ma-



má, pero Virginia aún tiene que estudiar un poco más. Para decirte la verdad, madre, es bastante izquierdista y no cree mayormente en la universidad pero necesita conocer algunos hechos para lanzárselos en la cara al enemigo principal. Y también, estoy siendo muy honesto, mamá, hay bastante de Movimiento de Liberación de la Mujer en todo esto. Intelectualmente estoy totalmente de acuerdo con Virginia, madre. Pueden fallarme las vísceras, pero cómo no estar de acuerdo. En una competencia de planeadores la eligieron reina sin que ella quisiera y luego la obligaron a besar al ganador contra su voluntad. Se quedó encerrada un mes, muerta de asco y con diarrea. El segundo hombre fue un francés de mierda que le dijo bueno, Virginia, puesto que insistes en ser la mujer peor vestida del mundo... Madre, yo pienso que Virginia tiene todo el derecho de andar vestida como le da la gana. Tengo un enorme respeto por su blue jean viejo y de tres tallas superiores y por sus sacones que siempre fueron de un hombrón. Madre, no usa sosten y ni qué decirte de los calzoncitos que usa. Puede usted empezar a irse a la mierda, madre. Pero no, mamá, no peleemos. Cuando te dije que aún quedaban algunos viajes por hacer era también con la esperanza de cambiarle de calzoncitos a Virginia. El tiempo y el dinero lo arreglarán todo, madre. Aunque sabes, mamá, soy yo quien quisiera que Virginia me cambiara por completo con el tiempo. Te prometo no olvidarte, mamá. Y te juro que, aunque necesito tu dinero, no es por tu madito dinero que no te olvidaré nunca, mamá. Mi proyecto necesita dinero. Buena inversión, madre. No se preocupe. Tendrá usted un hijo feliz y a lo mejor hasta un Stendhal en la familia... El tercer hombre, porque yo a usted no le oculto nada, tenía el carro más caro del mundo y Virginia el culo más bello del pueblo. Como en Lima, madre, para qué entrar en detalles. El cuarto hombre fue el hombre que Virginia amó con todo su corazón, y que no pudo ser. Por culpa de aquella ruptura llevaba más de un año sin acostarse con nadie, algo que según ella sólo le sucede cuando está superdeprimida. No hay quinto malo, mamá. Ese soy yo. Aunque a veces me pregunto si al pueblo no se le olvidó el superlativo pésimo, al crear ese refrán. Necesito dinero, madre, dinero ya para lo que sea, para no despertarme sintiéndome a la muerte y tan bien vestido en hoteles cada vez más baratos mientras usted se da la gran dilapidación. No protestes, mamá. Lo reconozco. Reconozco que en dilapidar sí que te he ayudado bastante. Necesito dinero, madre. Virginia quiere que trabaje, que use mis manos, y voy a usarlas. Voy a usarlas aunque no sea más que para matarla de cariño. Curioso, mamá; cuando recién llegué a París me faltó dinero para ese famoso amor que tú me conoces, y ahora, mirando la maleta de Virginia, siento que soy demasiado rico para el amor. Madre, definitivamente no hay peor destino que el que no se cumple. □

JAVIER SOLOGUREN:

MARTÍN ADÁN: UN OLVIDADO EN EL PARAÍSO DE LA VANGUARDIA



Martín Adán es el seudónimo de Rafael de la Fuente Benavides, escritor limeño nacido en 1908 en el seno de una familia perteneciente a la gran burguesía de la época. Formado en las disciplinadas aulas del Colegio Alemán de Lima, en los años terminales de su adolescencia escribió *La casa de cartón* obra que, junto a sus primeros poemas (aparecidos en *Amauta*, la renovadora revista de José Carlos Mariátegui), lo distinguieron de inmediato como un bienvenido *enfant terrible* de las letras peruanas. De esos años a nuestros días, Martín Adán ha ido creando una obra vasta y original en la que alterna el verso con la prosa poética y expositiva. Su poesía está aún, como acontece con la de otros grandes poetas coevos, en espera de una mayor y más justa difusión en el ámbito literario hispanoamericano.

La entusiasta acogida que suscitó *La casa de cartón*, al publicarse por primera vez en 1928, no ha cesado de manifestarse a lo largo de cinco décadas. Las aproximaciones críticas, las reiteradas citas y referencias, las cuatro sucesivas reediciones (escasas, en verdad, pero nada extraño si se piensa que en nuestro medio existen otras obras señeras que todavía no han alcanzado una segunda publicación) atestiguan del bien fundado acierto de dicha recepción. A esta distancia, sería muy deseable emprender la atractiva y necesaria tarea de evaluar la totalidad de las opiniones y exégesis que *La casa de cartón* ha promovido, a la vez que intentar su exacta ubicación en el amplio contexto que ha ido conformando medio siglo de creación literaria. Tarea, por cierto, para asumir con criterios bien definidos y sistemático tratamiento. A modo de introducción, estas líneas sólo aspiran a dar cuenta de

Tu corazón es una bocina prohibida por las ordenanzas de tráfico.

algunas observaciones y reflexiones que la lectura de este singular libro nos ha producido.

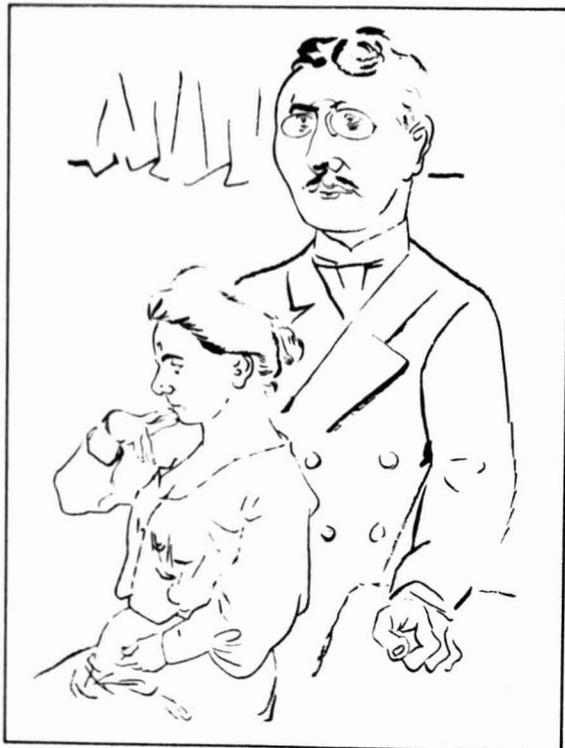
Quizá convenga, ante todo, deslindar su condición genérica. *La casa de cartón*, ¿es novela? Hay críticos que así la consideran; para otros es poema, novela-poema, poema narrativo, novela poética, narración poemática. De su temple y tono líricos, no cabe la menor duda; ya es muy distinto en lo concerniente a la estructura narrativa. Pese a la contaminación promiscua de los géneros y a la ávida receptividad de la novela contemporánea, esta mantiene siempre un hilo argumental del que carece *La casa de cartón*. El acontecer más notable en ella es el determinado por el salto continuo del punto de visión del poeta cuyo lenguaje no se sujeta a hechos sino que estos brotan de la inmediatez de la inspiración y del arbitrio libre de la palabra. Su estructura está dada por una serie de retratos-relatos, por citar uno, el de "aquel hombre", ese desconocido: "En un rostro de cera, los ojos de perro, llenos de una dulzura que toda era indiferencia. Y uno de los índices —el de la mano derecha, el dedo de los ociosos, el de los canónigos, el de los muchachos— rígido, amarillo de tabaco. Y el bigote, ceniciento, de guías doradas, que parecían brotar de las fosas nasales como una dura humareda de alquitrán... Y los pantalones, huecos, vacíos, curvados por rodilleras tremendas..." Las articulaciones, los nexos lógicos del relato, se debilitan y quiebran. Ya no es posible hallar una secuencia argumental, una concatenación de sucesos al hilo mismo de la lectura. Sólo por una posterior reducción abstractiva es que se puede enhebrar un esquema somero de la supuesta acción. Tal estructura es, por su parte, consecuencia obligada del copioso surgimiento de metáforas e imágenes, cada una de las cuales funda un mínimo y apartado mundo. Ya no fluye linealmente el sentido; surge, se desprende en cambio un espacio de resplandor sugestivo: la inexhausta nebulosa de la significación poética. *La casa de cartón* incorporó, así, por primera vez, (de ahí su irrupción revolucionaria) los modos y técnicas de la nueva sensibilidad —que ya comenzaban a contar con su propia tradición— en nuestro espacio literario que sólo conocía la narración con contenidos históricos, regionalistas o indigenistas, y procedimientos por lo demás bastante acostumbrados. De modo que este libro (que no es, por sí mismo y unitariamente, novela ni poema) es fruto de la toma de contacto e intimación

Me gusta andar por las calles algo perro, algo máquina, casi nada hombre.

Si dejaras de saber que eres poeta, irías a la comisaría.

con la expresión literaria prevaleciente en la etapa de la primera posguerra. Una expresión fresca y fascinante afincada en un lenguaje al que contribuyeron —en diversas medidas, claro está— los numerosos y combatientes “ismos” vanguardistas. Es grato recordar, por la estrecha contigüidad epocal, esos *Cinco metros de poemas* que, en 1927 (la víspera de *La casa de cartón*), dio a la estampa Carlos Oquendo de Amat. Ambos poetas descubrieron que el lenguaje puede ser el mundo de las opciones, de las metamorfosis, de la invención y de la libertad irrestrictas.

Al problema, o seudoproblema, genérico se suma el de su filiación escolar. A menudo ocurren las palabras ultraísmo, creacionismo, surrealismo (y barroquismo, en el sentido lato y extratemporal que denota igualmente clasicismo, otro de sus encasillamientos clasificatorios) al querer ubicar *La casa de cartón*. Si de algo valen las etiquetas de escuela, al menos será para destacar ciertos rasgos formales relevantes y compartidos. Por lo tanto, es cuestionable toda atribución surrealista, aunque sus modos y modales (insertos en el vasto repertorio del lenguaje vanguardista) pudieran sugerir una que otra tangencia. Los automatismos radicales y las oníricas nieblas se hallan ausentes de sus páginas en las que hay, sí, singular presteza expresiva y sueños del deseo en plena vigilia.



Examinemos más bien algunos rasgos de su estilo. Uno de los más notorios en su epítesis, el manejo del adjetivo. Martín Adán da el paso propio que lo iba a llevar más allá de la prosa, de tan notables valores estilísticos, de Abraham Valdelomar (1888-1919). En este, la adjetivación es cerrada, rotunda (véase en *El Caballero Carmelo*, 1918 por ejemplo); empata con la firmeza de la vieja pintura al óleo. En Martín Adán brotan rápidos, abiertos, libres (pero no incongruentes). Cogen también las puntas triviales del objeto, pero sobre todo las insólitas. Su adjetivación es esencialmente descubridora. Una aguda sensibilidad para la realidad calidoscópica de hombre, cosas y circunstancias, lo lleva a pegarles a menudo su larga cauda de adjetivos, que oscilan frecuentemente entre tres y siete: “hora insular, celeste, ventosa, abierta, desolada”; “esta América, luminosa, caliginosa, bruta, dura, mineral, miocénica, marítima...”; “Parecen zambitas viejas; refraneras, rezadoras, irascibles, murmuronas.” Y una serie adjetiva puede así mismo derramarse en otra: “Estos perros famélicos, roedores, afónicos de espinazos, dérmicos, parecen gatos, gatos callejeros, con ojos realistas, sociales, iluminados, herbívoros.” Por lo demás, este procedimiento es asumido con despierta y lúcida conciencia: “Una chicle andrajosa ensarta en una piola carretes desnudos de hilo. Yo ensarto adjetivos de palo en la áspera y gruesa cuerda de una idea.” De manera que entre esta rica epítesis y la deflagración de las imágenes se va produciendo el texto sorprendentemente proteico de *La casa de cartón*.

El revoloteo de un léxico barajado y rico, en el que se turnan neologismos de personal acuñación (poporía, icticlogitado, tendonema, seminar, posvida) con peruanismos (chancaca, calato, traboyo) y voces peninsulares (hortara, novillo), amén de extranjerismos (match, charleston, cocota), son otros, entre tantos otros, indicios de que en *La casa de cartón* se concretaba una nueva orientación estética. Pero obviamente este aspecto no debe considerarse aislado de la estructuración de su frase, pues es en esta donde las palabras muestran su necesidad y su acierto expresivo. Las ocasionales, aunque evidentes, ocurrencias de la frase de corte ramoniano (recuérdese que para Ramón Gómez de la Serna, su inventor, “humorismo mas metáfora, igual a greguería”) se entretajan en el animado contexto de esta prosa. De ahí que los “Poemas Underwood” (intercalados hacia la mitad del libro) constituyen un paréntesis poblado con las instantáneas que se engarzaron en la prosa contigua. Si una de estas greguerías nos dice “La ciudad lame la noche como una gata famélica”, en el texto que abraza los mencionados poemas se lee también “El si-

El amor está en cualquier parte, pero en ninguna está de otro modo.

La polis griega fue un lupanar al que había que ir con revólver.

lencio cierra sus paréntesis en cada ventana". Los ejemplos pueden multiplicarse fácilmente.

El mismo nervio poético de esta prosa se halla vivo en ciertos procedimientos y en el impulso generativo del lenguaje con que Martín Adán acomete al esclarecimiento de las obras estudiadas en su *De lo barroco en el Perú*.

La mayor cuantía del uso epítático, tanto en número como en originalidad, es una clara muestra, asimismo, de la primordial intención descriptiva de Martín Adán. Propósito de sobra justificado, pues es a través de la descripción que va a expresar no sólo la singularidad de sus observaciones sino, además, su rica visión imaginativa y su personal respuesta emocional a los objetos que lo cercan. Por otra parte, esa voluntad de aprehender los entes animados e inertes de preferencia en cuanto estos se manifiestan (sus perfiles súbitos) que en aquello que esencialmente podrían ser, es algo muy definitorio de la descripción martinadánica. Pero como esta no se reduce sólo a las personas o cosas como entidades estáticas o a su apariencia física o a situaciones estancas —pues, por lo contrario, los dota de vida, los anima y personaliza— tal género de descripción deviene, entonces y necesariamente, retrato. Y tan sólo bosquejado en unos cuantos rasgos relampagueantes, ya mayormente explícito y demorado, apunte o cuadro entero, es siempre retra-



to. Así, de Ramón (alter ego o proyección del autor) nos dice: "Yo sueño con una iconografía de Ramón, que me permitiera recordarlo a él, tan plástico, tan espacial, plástica, espacialmente." Un sueño y una práctica pertinaz: "Yo imagino a aquel hombre como una vaga estatua de la que pendía un saco mal cortado. Algunas palabras en el diario de Ramón intentan —en vano— rehacer íntegra en mi cerebro la imagen de aquel hombre, destrozada, dispersa." Son representaciones no sólo de seres humanos, también de animales y plantas y cosas sin más. A los parecidos que unos y otros le sugieren lo llevan al plano de las asociaciones insólitas y las metamorfosis. Recuérdese el jacarandá de la calle Mott que es Miss Annie Doll o los postespeatones.

Al cobrar vida, vida con identidad y persona, todo objeto sobre el que Martín Adán se ejerce descriptivamente se convierte en objeto retratado y a menudo caricaturizado. Algo o alguien queda constituido por lo que se halla como rasgos propios en él mismo ("Este era un inglés que pescaba con caña. En una cara larga de terracota, la nariz gruesa y alta; abajo, una boca de fraile, inmóvil y sumida, con los labios dentro; y un Catacaos purísimo; y una mano afeitada; y una caña larga, larga, larga...") o por lo que siendo su entorno próximo toma de él y, por consiguiente, viene a ser también él ("Ramón, jabón de afeitar, frazada verde, palma bendita a la cabecera del lecho"...).

Al apretar el botón de su cámara verbal, en la secuencia de sus tomas se despliegan los actos y relaciones de esos objetos. Aquellas no quedan relegadas a un aislamiento más o menos distante, frío o mayestático, sino, en sentido enteramente opuesto, adquieren un dinamismo, una multiplicidad de expansiones que, a través de sus reiterados esguinces humorísticos, trazan las líneas propias de su conducta. Quedan así establecidos los relatos. Martín Adán se da maña para oscilar entre el diseño lógico, que sería la distribución externa y ordenada de las partes de un todo ("Todo el pueblo se arrastra —postes, árboles, gentes, calles— a las orillas de este arroyo de frescura y brisas del mar") y el diseño poético, o sea la "violenta apariencia" que dice a propósito de la semejanza que percibe entre postes y peatones. He aquí un ejemplo:

"El chaleco está abotonado menos en el último botón, cuyo ojal correspondiente tiene la redonda y vacía malicia de un ojo de viejo; ojo veraz, sexual, al aire como los calzones de la señora en la azotea... El chaleco sería un borracho sesentón, cínico, mujeriego, torpe —si tuviera nariz, la tendría roja, grasienta, velluda, sarpullida de barro—."

Pasa un perrito cojo —he aquí la única compasión, la única caridad, el único amor de que soy capaz.

Señalemos de paso una muestra más de este peculiar diseño adánico: "Un gallo vuelve a mí en una flexión cruel, mecánica, su rapada cabeza, el agudo y ebúrneo perfil, las orejas carmines, británicas." Fragmento que trae dócilmente el contrastado recuerdo del famoso Carmelo de Valdelomar.

Estas permanentes y omnímodas caracterizaciones avanzan y cubren, en cierto sentido, las acciones mismas de los personajes los que, como ya se ha visto, abarcan la entera realidad. Situándonos a un nivel de mayor abstracción, diríamos que en *La casa de cartón* se produce un segmentarse del flujo temporal (del continuo inherente a la duración) en momentos dotados de una identidad y fondo propios. Resolución, pues, en instantáneas descubridoras, en su aislamiento, de los vórtices del pensamiento intuitivo y de las luces profundas de la inspiración.

El título mismo es anuncio de una de las características más definidas del libro: su humor lúdico. Casa de juguete; casa de cartón como las tapas de un libro. Humor ágil y retozón a veces, otras ácido y cortante: "Largas filas de viejas friolentas (chales negros en los pescuezos amarillos de tendones rojos); viejos panzudos con el amigo que nada es, al lado (cotizaciones del algodón, manos peludas con el anillo matrimonial, y lentes, y anteojos, y gafas, y párpados esféricos, y arrugas que parecían de maquillaje)." Un equivalente verbal de las despiadadas imágenes de George Grosz. Fuerza caricaturesca y satírica, y travieso ingenio de palomilla que se divierte en traer nada menos que al Sol, al Astro Rey, al doméstico círculo de una sartén y en calidad de reluciente huevo frito: "un sol de oro brillante y en relieve, casi en la periferia de un cielo de porcelana acuoso y accidentado."

Hemos insistido en que la estructura de *La casa de cartón* está conformada por una serie de retratos-relatos. Es preciso recordar que, en su Colofón a este libro, José Carlos Mariátegui se refirió a "sus cuadros, sus estampas". Creemos, por lo expuesto, que dio en el clavo. No de otro modo se presentan Ramón, Catita, Sergio, Lulú, Lalá y el jacarandá, los zapatos, los postes. En todos ellos prende la digresión fantaseadora y se convierten, en razón de una especie de genial ejercicio de estilo, en castillos de artificio a los que hace arder y chisporrotear hasta dejarlos definitivamente exhaustos y en cenizas.

Libro proteico *La casa de cartón*, por otro lado, encierra todo un haz de perfiles: fábula, crónica de tipos y costumbres, crítica literaria, reflexión moral, confesión, metafísica, lirismo provocado por el sexo. Todo ello incorporado con felicidad dentro de los retratos narrativos que, como hemos dicho, lo caracterizan. Esto es índice también de su origi-

Diógenes es un mito: la humanización del perro.

nalidad, de su ímpetu creador personal. Dice Martín Adán: "En el agua, dentro del agua, las líneas se quiebran, y la superficie tiene a su merced las imágenes. No, a merced de la fuerza que la mueve." A medio siglo de escrito, conserva la frescura de la verdad.

Nunca se abundará bastante acerca de la naturaleza proteiforme de este libro. En sus páginas se conjugan los datos captados por una limpia sensibilidad, tanto como por una alerta observación de lo real y concreto, con los aportados por el mundo cultural, en especial el artístico. En *La Casa de Cartón* hay anaqueles que representan un horizonte libre. Son tantos los autores mencionados (aparte de algunos personajes históricos) que bien podría hacerse un interesante índice onomástico. En todo caso, ellos están ahí como signos de lecturas, valoraciones, predilecciones y rechazos. Siendo Martín Adán tan reveladoramente visual (sirvan de ejemplo, entre tantas otras, sus trasposiciones plásticas del cielo), es de notarse que sólo menciona a Norah Borges entre los pintores, en abierto contraste con la abundancia de escritores y músicos nombrados.

Como se sabe, *La casa de cartón* se ha levantado en Barranco, el Barranco de sabor natural y balneario, unido ya a Lima, de amplios malecones y casas encimadas precisamente en los acantilados; de un manso tedio acentuado por el monótono canto del cuculí; de frondosos ficus bordeando sus calles desiertas, y de un mar lechoso, mercurial, todo quietud. Es en este escenario —sosegado, demasiado sosegado— donde se desliza la inquieta mirada física y mental del autor cuya adolescencia se ha ido, a su vez, impregnando del cosmopolitismo, la propensión festiva y la nerviosa aceleración de la vida característica de los años veinte. No por nada el Baedeker (la famosa guía turística internacional), la cámara Kodak y el Hudson (la extinguida marca de carros) ocurren en este libro, pues son emblemas de la época.

Martín Adán, el constructor y habitante de esta singularísima casa, ha sido tal vez visto algo más que la obra de su escritura. Esta atracción se manifiesta bastante definida ya desde sus comienzos. *La Casa de Cartón* apareció flanqueada por un prólogo y un colofón pertenecientes, respectivamente, a Luis Alberto Sánchez y a José Carlos Mariátegui, doble espaldarazo que se centró con mayor énfasis en la persona del autor. Como en todas las obras genuinas, ciertamente *La casa de cartón* es Martín Adán y éste es aquella (aunque sólo en parte, pues queda toda su poesía en verso); obra que al conjuro de un arte sabio e inspirado, una pequeña ciudad, casi aldea en su tiempo, se torna inagotable caja de sorpresas. □

Los yanquis tienen la carne demasiado fresca, casi fría, casi muerta.

FELIPE GONZÁLEZ DOS DISCURSOS

I. EL PACTO DE LA DEMOCRACIA

Es mi obligación en este acto presentar la gestión de la Comisión Ejecutiva Federal ya aprobada y asumida por el Comité Federal, y defenderla ante los delegados al Congreso. Una buena parte del trabajo ya se ha realizado y discutido en asambleas de agrupaciones locales. Sólo resta, pues, complementar el análisis y proceder al debate.

La tradición ha hecho que este discurso tenga el doble carácter de presentación de la gestión y de apertura de las sesiones del Congreso. Voy a ser lo más breve posible en el análisis complementario de la gestión. En la medida que mis conocimientos de otras organizaciones lo permiten creo que somos los únicos que realizamos un debate de esta naturaleza. Personalmente pienso que esta práctica es positiva y democráticamente intachable. Incluso el rigor que se emplea no permitiendo subir a esta tribuna más que a los delegados que estén en contra de la gestión realizada.

No obstante el debate se hace innecesario y pierde sentido si las posiciones de los delegados vienen predeterminadas rígidamente por el mandato de las Agrupaciones. Si esto se extiende a un número considerable de Agrupaciones lo más lógico sería proceder directamente a la votación para pasar rápidamente al trabajo de las ponencias.

Por ello me parece necesario que se reflexione para el futuro sobre la verdadera dimensión de esta práctica de crítica de la gestión que se realiza en nuestro partido. Sería lógico que los delegados al Congreso tuvieran un margen de confianza sufi-

ciente de las Agrupaciones que representan como para que este debate pudiera servirles para tomar libre y responsablemente una decisión. Si lo que determina el voto es exclusivamente la discusión en la asamblea de la agrupación local, el debate aquí sobra. El delegado no es tal, sino un mandatario de la Agrupación que representa. Si por el contrario, este debate tiene sentido para clarificar posiciones y profundizar en el conocimiento de la gestión, la predeterminación del voto es incorrecta democráticamente.

Por si ello fuera poco se producen a veces fenómenos de verdadera contradicción política, pues se da la paradoja de que algunos delegados que personalmente están en contra de la gestión de la Comisión Ejecutiva, se verán obligados a callar sus posiciones, porque traen un mandato imperativo de su Agrupación Local en favor de la gestión. Por el contrario otros que en conciencia están a favor de la gestión de la Comisión Ejecutiva vienen con el mandato cerrado de su Agrupación para votar en contra de dicha gestión.

El problema es mucho más profundo de lo que pueda parecer en una primera aproximación al mismo, puesto que si este proceso se continúa y se extiende a otra serie de campos en la actuación congresual del delegado, éste terminará siendo un simple recadero de la organización de base. En la tradición de nuestro Partido el orgullo del delegado socialista consistía en sentirse depositario de la confianza de la agrupación que representaba. No admitía imposiciones en contra de su conciencia personal y por tanto rechazaba la delegación cuando estaba mandado para hacer algo contradictorio con su



* Felipe González, ex-secretario general del Partido Socialista Obrero Español, ha entregado, en exclusiva para la *Revista de la Universidad*, los discursos de inauguración y clausura del XXVIII Congreso Socialista llevado a cabo en España en mayo del presente año. Los títulos de ambos discursos son responsabilidad de la redacción.

conciencia personal y asumía la seria responsabilidad de tomar decisiones en el curso de los debates que después tenía que explicar cumplidamente a los compañeros que lo habían elegido.

El verdadero sentido de la democracia nos obliga a reencontrar en toda su dimensión esa figura del delegado como depositario de la confianza política de su Agrupación Local, como persona que conoce la actitud de sus representados y que contrasta libre y críticamente sus propias posiciones con la de todos los delegados al Congreso para llegar a una posición final plenamente responsable.

Consideraciones previas

Antes de introducirme en los temas de gestión, me van a permitir algunas consideraciones obligadas en la ocasión que estamos viviendo.

En torno a la celebración del XXVIII Congreso ordinario del Partido Socialista se ha creado una expectación que sobrepasa con mucho los límites de nuestra organización. Las coordenadas históricas que marcan la realidad de nuestro país y nuestras propias circunstancias como Partido, justifican el interés que se proyecta sobre esta sala.

— Somos un Partido viejo y joven al mismo tiempo. Tenemos la enorme carga histórica de un siglo de existencia mezclada con una fuerte renovación que produce un porcentaje de delegados ampliamente mayoritario, asistiendo por primera vez a un Congreso del partido.

— Tras muchos años de dictadura y, por tanto, de clandestinidad, hemos irrumpido con una fuerza inesperada en la escena política española y una parte considerable de nuestro pueblo nos ha confiado importantes responsabilidades.

— Hemos hecho una política internacional claramente solidaria con organizaciones y movimientos en lucha contra regímenes opresores o dominaciones extranjeras y, tanto nuestros planteamientos internos, cuanto nuestras posiciones internacionales, han contribuido a sacudir la conciencia de muchas organizaciones fraternales.

— Hemos pasado de la clandestinidad a la legalidad, de la oscuridad a cinco millones y medio de votos de pocos cuadros de militantes a casi doscientos parlamentarios y más de quince mil representantes locales.

— Hemos, en fin, despertado grandes ilusiones y también fuertes desconfianzas, que se reparten entre esos millones de ciudadanos que esperan de nosotros la respuesta a sus afanes de libertad, de igualdad y de justicia y aquellos que temen que nuestros proyectos políticos liquiden en todo o en parte sus privilegios de clase o casta.

Todo ello en el plazo de dos años y medio

Contemplando con objetividad este panorama, apenas esbozado por las consideraciones que acabo de hacer, no puede extrañarnos que en torno a la celebración del Congreso se produzcan especulaciones, críticas, valoraciones y disputas apasionadas que, a veces de buena fe, otras con mala intención calculada, tratan de incidir en nuestros trabajos, en la vida de nuestro partido y en sus efectos sobre la sociedad en que se proyecta.



Esta situación, la ocasión que nos reúne y las circunstancias todas que rodean la celebración del Congreso, cien años más tarde de la fundación del Partido, nos obligan a reiterar ante todos nuestras señas de identidad. Espero que ello contribuirá decisivamente a eliminar especulaciones gratuitas o superfluas, aunque no pueda esperarse que disminuyan los ataques que siempre habremos de soportar.

Un siglo de historia

Hace ahora exactamente un siglo, en mayo de 1876 se reunían en esta misma ciudad, un grupo reducido de hombres, a cuya cabeza figuraba un joven tipógrafo de veintinueve años: Pablo Iglesias. Este grupo puso en marcha una organización política de clase que, en función de la sociedad de su tiempo, pretendía representar los intereses de la mayoría en torno a un proyecto político, económico y social de cambio, que definieron en una declaración de principios o programa máximo de todos conocido.

Esa declaración de principios constituyó a partir de aquel momento el nexo permanente de unión entre las mujeres y los hombres que se incorporaban al Partido Socialista. Era el contrato social que los mantenía ligados entre sí y comprometidos con el proyecto de cambio profundo de la sociedad que en él se contenía. El grupo de fundadores había logrado plasmar en un documento sencillo y claro, las señas de identidad del socialismo español. Un socialismo de idénticas raíces al del resto de Europa y al mismo tiempo específicamente nuestro. Un socialismo que como los demás tiene su apoyatura fundamental en las teorías de Carlos Marx y que por ser nuestro tiene las características diferenciales de las aportaciones de nuestros mejores compañeros.

Precisamente la sencillez y la claridad del mensaje ha permitido que la declaración de principios supere multitud de abatares históricos, múltiples cambios en la sociedad y en el pensamiento, para seguir constituyendo hoy el ideal que sirve de lugar de encuentro a todos los socialistas y de motor a la lucha.

Empezaban nuestros compañeros considerando que la sociedad en la que vivían era injusta, porque dividía a sus miembros en clases sociales desiguales y antagónicas y terminaban declarando que su meta, el ideal socialista, era acabar con esa situación de injusticia, aboliendo las clases sociales, hasta llegar a una sola de trabajadores "dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes".

A partir de entonces, los socialistas se han reunido veintiocho veces en congresos ordinarios y varias veces más en congresos extraordinarios. Nuestro Partido, como nuestro pueblo, ha pasado por situaciones muy diversas y por mutaciones importantes. Ha conocido amplias épocas de dictadura y de represión y algunos momentos de libertad y entusiasmo. La regla ha sido durante noventa y tres años la falta de libertades plenas, la excepción un escaso periodo de siete años en un siglo.

La sociedad ha pasado de una situación precapitalista a otra de capitalismo semidesarrollado y considerablemente dependiente. Pese a la irregularidad del curso de nuestra historia, la división inicial en dos clases sociales antagónicas, se ha

convertido con el proceso de industrialización y la emergencia de distintos sectores de clases intermedias en una confrontación de múltiples clases sociales con intereses diferenciados, convergentes en algunos aspectos y contradictorios en otros. Una sociedad mucho más compleja en la que la búsqueda de la mayoría deseada por los fundadores se hace más difícil.

En todos los congresos celebrados por nuestros compañeros, se ha discutido libre y democráticamente la estrategia a seguir para el periodo correspondiente, el camino a recorrer para ir aproximando la lucha socialista al ideal propuesto. Las posiciones, como corresponde a una organización democrática, han sido siempre y son hoy, diferentes en el enfoque, variadas en el ritmo de cambio, con mayor o menor radicalidad según los protagonistas que obtenían la mayoría del congreso. Las aportaciones de todos, fueran cuales fueran sus orígenes o sus posiciones han sido siempre y lo siguen siendo valiosas y estimables. En cada momento histórico el debate entre los Prieto, Besteiro, Caballero, de los Ríos, por citar sólo algunas figuras emergentes que podrían representar amplias corrientes de opinión han producido un fruto concreto que con mayor grado de acierto o de error se ha situado en los límites de la fidelidad a la declaración de principios o programa máximo. Este se seguía considerando el contrato social que nos unía a todos y el objetivo por el que todos querían luchar por uno u otro camino.

Ello explica que los socialistas hayan mantenido a lo largo de un siglo de existencia una identidad propia y diferenciadora, al mismo tiempo que una pluralidad democrática en su seno, a la que repugnaba cualquier tipo de dogmatismo o doctrinismo, cualquier sometimiento al consignismo o a la dependencia de focos de poder extranjero.

Hoy tenemos que rendir un serio homenaje de reconocimiento y de gratitud a todos los hombres y mujeres que desde Pablo Iglesias hasta nosotros nos legaron un estilo propio, una identidad concreta labrada en base al sacrificio permanente, al trabajo tenaz y a la voluntad de construir libre y democráticamente la sociedad socialista. Esto no significa que nosotros asumamos nuestra propia historia sin el espíritu crítico que hace que esa asunción sea socialista. Tenemos que aprender de los aciertos y de los errores de nuestros compañeros en el pasado, de la misma forma que somos autocríticos con el proceso histórico que estamos protagonizando hoy, debemos serlo con el proceso secular de nuestra historia.

También en esta hora es necesario el homenaje que merece, de admiración y de respeto, al hombre que a nivel internacional contribuyó de manera fundamental, con sus ideas y su propia lucha personal, a lo que se ha venido llamando el socialismo científico. Homenaje a Carlos Marx para desagraviarlo de tanto ataque despiadado e ignorante como ha recibido y recibe de todos los reaccionarios de la tierra y también para rescatarlo de la ignorancia y de la manipulación de aquéllos que diciendo seguirlo o servir a sus ideas no han hecho más que elevar el marxismo a los altares del doctrinalismo dogmático. Marx nos legó un método de análisis de la realidad social que permitía revolucionar esa misma realidad injusta.

Lamentablemente contra Marx y sus teorías no sólo se han

realizado brutales represiones desde los sectores más reaccionarios de la sociedad universal (desde los clásicos Hitler, Mussolini y Franco, hasta los modernos Pinochet, Somoza o Videla), sino que apoyándose de forma manipulada y tergiversada en sus ideas se han ahogado libertades y eliminado críticas. Siempre invocando su nombre como un demonio legitimador.

Contra Marx como un todo absoluto y con Marx también como un todo absoluto, se han practicado el despotismo y la tiranía, el fascismo y el totalitarismo.

Por eso Carlos Marx merece ser estudiado y asumido críticamente para que su figura y su obra cobren entre nosotros la dimensión precisa para que seamos capaces de rendirle sin sacralización un homenaje de reconocimiento.

Jamás podría el Partido Socialista renunciar a las ideas de Marx o abandonar sus valiosas aportaciones metodológicas y teóricas. Tampoco puede el socialismo asumir a Marx como un valor absoluto que marca la línea divisoria entre lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto. Asumir a Marx, como asumir a nuestros propios compañeros del pasado, significa recoger con sentido crítico su aportación a la lucha por la construcción de una sociedad nueva, tal como la que se define en la declaración de principios de nuestro Partido.

El XVIII Congreso del Partido se sitúa en el seno de una sociedad mucho más compleja que la que conocieron nuestros fundadores. Han cambiado las estructuras socio-económicas y han evolucionado las ideas en todos los terrenos. Las clases sociales son múltiples y los antagonismos de signo distinto a los de hace un siglo. Sobre esta sociedad, más compleja, más difícil, más desarrollada, estamos obligados a proyectar nuestro mensaje de cambio.

Podemos seguir diciendo que esta sociedad es injusta porque divide a sus miembros en clases desiguales y antagónicas. Podemos seguir aspirando a conquistar un ideal que convierta a los hombres en iguales, libres, dueños del fruto de su trabajo, honrados e inteligentes.

Sin riesgo de error podemos afirmar hoy, que algunas clases sociales siguen siendo como algunas naciones del mundo, dominantes. Que su dominación se basa en el control de la riqueza, de los bienes más importantes de la sociedad, de una buena parte de los bienes de la cultura y de la mayor parte o la totalidad del poder político. También podemos afirmar que este control se realiza en detrimento de otras clases sociales y de otras naciones de la tierra. Esas últimas y estos últimos constituyen clases y pueblos dominados y oprimidos económica, social, política o culturalmente. Son la mayoría los desposeídos en nuestro país y fuera de él y la minoría los que dominan.

Por consiguiente, teniendo en cuenta toda la complejidad de la sociedad actual que nos obliga a buscar cuáles son los factores de dominación y en qué se fundamenta la opresión y la marginación de los sectores mayoritarios de la sociedad, podemos y debemos seguir diciendo que el ideal socialista, de lucha por una libertad y por una igualdad reales entre los hombres y entre los pueblos, sigue teniendo, como hace un siglo, plena vigencia.

Nuestra tarea, pues, consiste en encontrar el proyecto con-

creto, desde el punto de vista económico, político, social y cultural que nos permita recorrer un trozo de camino hacia la meta propuesta. Ese proyecto será socialista si es capaz de incorporar en su propio seno a los sectores mayoritarios de la sociedad que en uno o en otro terreno siguen soportando la explotación, la marginación, o la dominación. Pero además de incorporar a estos sectores el proyecto debe comprometerlos con el cambio.

En definitiva, hoy como siempre, la tarea de los socialistas es encontrar una vía específica, sin dogmatismos y sin clichés preconcebidos, capaz de integrar a mujeres y a hombres, a jóvenes y a mayores, a trabajadores manuales o no, a profesionales y pequeños propietarios agrícolas o industriales, a sectores mayoritarios de los pueblos de España o de los pueblos del mundo en una lucha de liberación contra los factores de dominación económica, política o cultural que, dentro y fuera de nuestras fronteras impiden la plena realización de las libertades y obstaculizan el camino de la justicia y de la igualdad entre todos. Esto y nada más que esto es lo que define un proyecto socialista para la sociedad de nuestro tiempo.

Por ello asumimos críticamente nuestra propia historia, recogiendo todas las aportaciones que enriquecen nuestro pensamiento y nuestra acción, tenemos que ser capaces de actualizar en cada etapa histórica el mensaje socialista, manteniendo la identidad específica de nuestro socialismo y por tanto la vocación de llegar a la meta propuesta.

Ello obliga al XVIII Congreso a tener en cuenta y conocer la evolución de nuestro Partido y de nuestra sociedad, a estudiar con realismo la situación presente en toda su complejidad y a preparar y ofrecer ese proyecto capaz de movilizar a los distintos sectores de la sociedad, que componiendo una mayoría lo más amplia posible, se comprometan con la realización del cambio que deseamos. Esta tarea debe hacerse con rigor y frescura intelectual, sin dogmatismo ni posiciones que se anclen en el pasado. Sin renunciamentos ni abandonismos que falsifiquen nuestra identidad. Con capacidad, en fin, para dar respuesta a todos aquellos que pueden identificarse con un proyecto socialista.

La gestión

1. 1977-1978. Los años de la provisionalidad

Compañeras y compañeros delegados. Compañero Presidente. Voy a intentar brevemente completar el análisis de una gestión cuyo 90% conocéis desde hace semanas. Debo empezar por deciros que no tengo la intención de mostrarme autocomplacido por los resultados de esta gestión, porque mis deseos trascienden con mucho estos resultados, pero tampoco estoy dispuesto a hacer del análisis que acabamos de vivir un ejercicio de autoflagelación.

Creo que, como en toda tarea humana, ha habido aciertos y errores. Puestos en la balanza el resultado final me parece altamente positivo para nuestro partido y para nuestro pueblo. Esto es lo que define la evaluación de una gestión.

Si hubiera que destacar en una sola frase el acierto de la gestión basta comparar las metas inmediatas que nos propu-

simos en 1976 y el resultado obtenido en 1979. Si por el contrario, quisiéramos destacar el principal error, visto con la misma perspectiva histórica, bastaría con comprender que este resultado podría haber sido mejor y mayor que lo que es hoy.

Una muestra de lo negativo puede ofrecerse mediante la simple comparación de los resultados de las dos confrontaciones electorales habidas. En junio del 77 conseguimos incorporar en nuestro proyecto la confianza de un porcentaje de ciudadanos que se situaba en torno al 30%. Se trataba de una minoría muy importante, incluso espectacular dadas las condiciones de nuestra lucha. En marzo de 1979 no hemos logrado remontar ese porcentaje o lo hemos hecho de forma poco apreciable, con algunos descensos parciales peligrosos, pese a que el partido, como organización había pasado de tener 14 o 15 000 militantes en activo (teóricamente, claro), a disponer de casi 200 000. No hemos logrado, pues, en año y medio de lucha política, integrar a otros sectores de la sociedad en nuestro proyecto político.

Para mí sería cómodo ir señalando sólo los aspectos positivos de la gestión, tratando de darle un tono de cierta espectacularidad. Al fin y al cabo la tarea de los delegados que ocupen esa tribuna ha de ser necesariamente crítica, y podría cederos íntegramente este papel. Sin embargo, creo que honestamente, los dirigentes del partido estamos obligados a hacer un análisis autocrítico del camino recorrido.

Si alguien pudiera pensar que me induce a este planteamiento una posición puramente preventiva frente a las críticas, se equivoca radicalmente. He contemplado a muchos responsables políticos en las buenas y en las malas épocas, en el socialismo y fuera del socialismo, hacer análisis que tienden a ocultar los fallos y a magnificar los aciertos, que pretenden atribuirse todo lo que de positivo pueda ofrecerse y achacar a otros todo lo que de negativo pueda encontrar. Siempre me repugnó esa actitud cuyo objetivo es defender posiciones de poder o ambiciones personales.

Naturalmente puede decir legítimamente en esta tribuna, que hace cuatro años y medio asumí, por exclusión, porque no había otro que lo hiciera, la Primera Secretaría de este viejo partido. Podía incluso remontarme a los 10 años de responsabilidad ejecutiva que he mantenido en el partido, pero no voy a hacerlo.

Hace sólo cuatro años y medio nos reunimos en una pequeña localidad de los alrededores de París, en un local cedido por un Alcalde socialista invitado a este Congreso, unos centenares de delegados que representábamos a menos de 4 000 militantes situados mitad por mitad en el exilio y en la clandestinidad del interior de España. Esos eran nuestros efectivos. Sin que ello quiera decir que miles de socialistas en todos los pueblos de España no mantuvieran sus ideas y las defendieran en los círculos a los que podían llegar. Y sin que ello quiera decir tampoco que nosotros representáramos la totalidad de la lucha socialista que se libraba contra la dictadura. Valiosos compañeros que hoy se reúnen con nosotros en este Congreso, y tal vez algunos que no hemos conseguido que estén, luchaban en el entonces Partido Socialista Popular, en el Partido Socialista de Catalunya o en lo que después sería Fe-

deración de Partidos Socialistas. Ellos enriquecían la lucha socialista y han significado en el proceso de unidad una aportación clave para la recuperación del socialismo histórico.

Dos años más tarde, en diciembre de 1976, lográbamos reunirnos por primera vez en varios decenios en el interior de nuestro país. Aunque nuestros efectivos habían aumentado de forma considerable, si se tiene en cuenta la difícil situación que aún estábamos viviendo, lo cierto es que los reunidos en el XVII Congreso eran menos que los concejales que hoy representan al Partido en miles de municipios. El Partido había salido materialmente de la clandestinidad, pero seguía siendo considerado una organización ilegal. Por tanto miles de ciudadanos seguían temiendo la incorporación a una organización que producía riesgos personales y creaba inquietudes. La situación era, pues, la de varios miles de socialistas con las siglas y la tradición de un partido, que constituían la décima parte de los compañeros hoy representados en el XVIII Congreso, que celebraban un Congreso de una organización todavía ilegal y pertenecían a un partido que aún no había podido demostrar ni su capacidad de penetración en el pueblo ni su potencialidad electoral, ni por tanto, su representatividad real. En cierta forma éramos una sigla más en aquel bosque que poblaba nuestra geografía política, que se establecía como una voz más entre las que componían los famosos organismos de coordinación de las distintas fuerzas democráticas.

Eso era lo que teníamos en las manos. Con ello teníamos que afrontar una difícil y compleja tarea consistente, sobre todo, en la liquidación de la institucionalidad de la dictadura y en la transformación de una realidad autoritaria en una realidad democrática.

Hoy entregamos al XVIII Congreso un Partido con doscientos mil militantes, aunque no todos tengan derecho a estar representados en este acto por razones estatutarias, que no por nuestra voluntad como algunos ignorantes o mal intencionados han pretendido hacer ver.

Entregamos un Partido respaldado por cinco millones y medio de votos, que representan la confianza frente a multitud de manipulaciones y votos de miedo, que un sector importante de la población española ha depositado en él, designando a ciento veintinueve Diputados y setenta Senadores y convirtiéndonos durante el periodo constituyente y en el actual periodo en la fuerza principal de la izquierda y en la más sólida expectativa de cambio progresista para esta sociedad.

Entregamos una organización en la que se incardinan miles de concejales y alcaldes socialistas, que enfrentan la gran responsabilidad de dirigir la vida de los municipios más importantes de España.

Así podría enumerar los factores que hacen realidad la afirmación de que, viéndolo con perspectiva histórica no sólo desde la óptica de una gestión de dos años y medio, el Partido Socialista ha dado el salto cuantitativo y cualitativo más importante de su vida.

Pero esos son los datos internos de nuestra organización como tal y de su inserción en el entorno social. La tarea también puede y debe ser analizada desde el punto de vista del conjunto de la sociedad que nos encontramos en diciembre

de 1976 y la que ahora tenemos, y desde nuestra incidencia en la política internacional.

La España de 1976 era todavía institucionalmente autocrática. Pese a la muerte del dictador un año antes, la estructura dictatorial se mantenía prácticamente sin tocar y las libertades más elementales no estaban garantizadas desde el punto de vista legal. Desde entonces hasta hoy se han producido dos elecciones generales y unas locales. Se ha elaborado y aprobado una Constitución Democrática en la que se recogen los derechos y libertades fundamentales de las personas y de las colectividades; en la que se reconoce la realidad plurinacional y plurirregional de España y se crean los cauces para dar al Estado una nueva estructura. En este texto constitucional se posibilita la alternancia en el Gobierno de las distintas opciones políticas y su articulado permite que desde el poder político se realice un programa socialista de Gobierno.

Esta Constitución aceptada como texto básico que regula la convivencia en libertad de todos los ciudadanos y pueblos de España, constituye para el Partido Socialista, fuerza progresista en la iniciativa constituyente y en su contenido definitivo, el cauce a través del cual se canalizarán nuestras acciones transformadoras.

Debemos decir públicamente que para nosotros será una cuestión de principios la defensa de esta Constitución desde el principio al fin de su articulado como garantía de convivencia en paz de los ciudadanos y de los pueblos que integran España.

Manteniendo nuestra identidad como partido y los elementos básicos que definen nuestra acción histórica y presente, los socialistas se comprometen a respetar y defender la Constitución.

En todo proceso de liquidación de la dictadura y de conquista de las libertades, el Partido Socialista ha tenido desde el comienzo al fin un papel de indudable trascendencia que reconocen propios y extraños, que merece la atención y el respeto de muchas personas y organizaciones dentro y fuera de nuestras propias fronteras.

Esta transformación democrática que ha soportado las cortapisas de una Ley para la Reforma Política que no nos gustaba y hemos debido superar y de una relación de fuerzas que, por las circunstancias históricas que no nos resultaba favorable, forma parte del haber político de un esfuerzo de gestión importante.

En el mundo internacional nuestra presencia ha pasado de ser la propia de un partido clandestino, cuya representatividad era siempre y lógicamente puesta en cuestión, a la de una organización política con fuerte capacidad de implantación en el pueblo que ha iniciado con absoluta nitidez en todas las posiciones internacionales del Estado.

La política sobre el Mogreb y particularmente sobre la cuestión Saharaui se acerca cada vez más a la posición que hemos defendido vigorosamente durante estos dos años.

La política de integración europea, de la que el partido ha sido pionero en épocas anteriores y en el presente está asumiendo por todas las fuerzas políticas.

Nuestra vocación de neutralidad en el juego militar de blo-

ques, ha mantenido el statu quo impidiendo una vinculación peligrosa de nuestro país al Pacto Atlántico.

Nuestro acercamiento a América Latina ha servido de espoleta para una aproximación más rigurosa de nuestro país al continente Iberoamericano y ha creado lazos de solidaridad y apoyo mutuo con todos los partidos y movimientos progresistas de esa importante parte del mundo.

Hemos desbloqueado las relaciones con países y partidos a los que durante años no había llegado la acción diplomática de España.

Hemos, en fin, definido un proyecto político internacional, coherente con nuestras posiciones internas, que ha sido asumido en su gran parte por todos los demás, o ha matizado de manera importante las posiciones que se contraponían a las nuestras.

Debemos en el futuro mantener firmemente nuestras posiciones porque son muchos los que más allá de nuestras fronteras creen que nuestra labor puede ser importante para ellos y su futuro, y porque estamos convencidos de que la dimensión de un proyecto socialista o es internacional o significa muy poco.

Pero todos estos datos que podrían componer, junto a otros muchos ya citados en la memoria de gestión, el saldo positivo de la tarea realizada, deben ser contrapuestos con otros que reflejan los errores cometidos y los condicionamientos que la realidad ha impuesto a nuestro propio proyecto político.

A partir de las elecciones del 15 de junio el Partido definió una estrategia lógica de alternativa de poder. El lugar que ocupábamos en el espectro político y el resultado de las elecciones así lo aconsejaban.

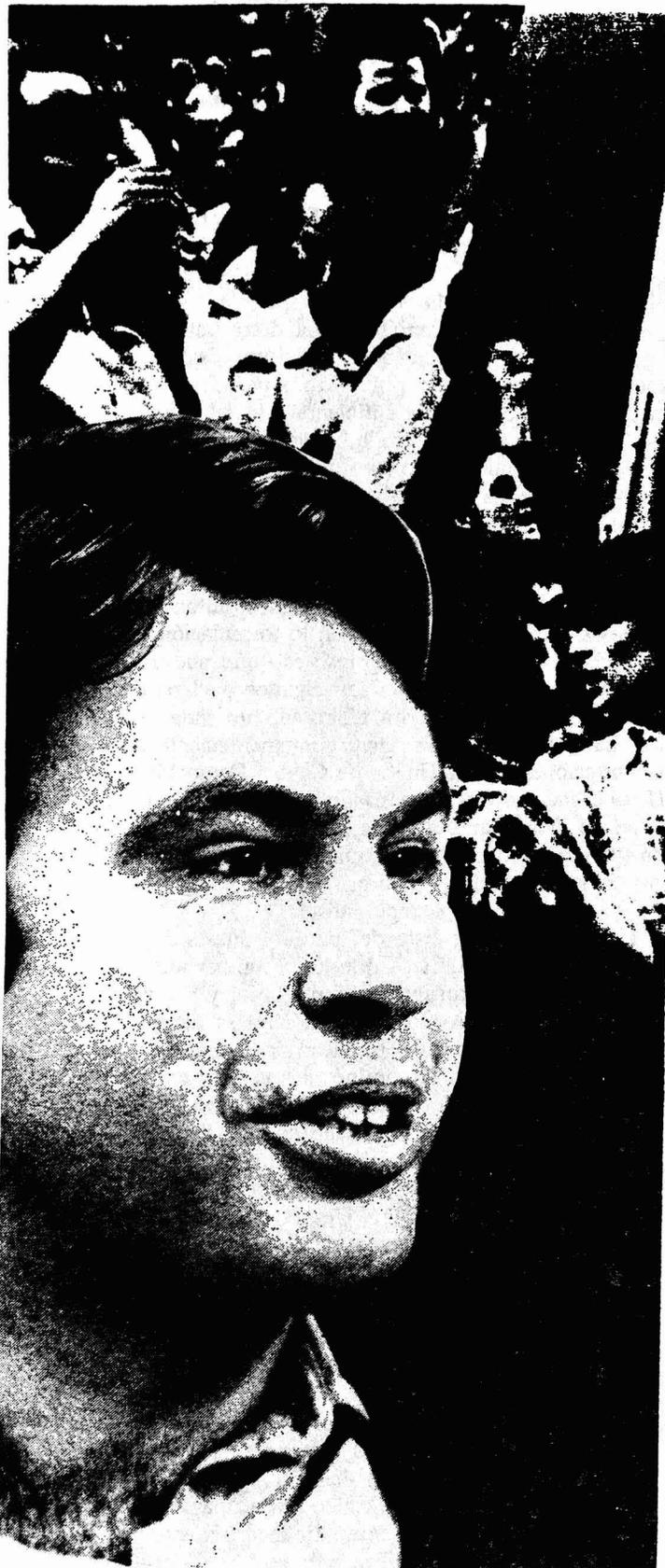
A los pocos meses, como un corrector importante de esa estrategia política de alternativa, se producen los Acuerdos de la Moncloa, que constituyen la expresión en materia socio-económica de la política de acuerdos que había empezado a llevarse en materia constitucional.

La llamada política de consenso ha marcado toda la etapa de provisionalidad democrática. No era exactamente la política que los socialistas habíamos deseado, pero todavía hoy pienso que era la actuación que las circunstancias históricas imponían al Partido Socialista, en beneficio de toda la sociedad española. El consenso, pues, no es un error histórico sino más bien un acierto.

No obstante esta política de consenso ha tenido más costes que los que necesariamente debiera haber tenido para el Partido Socialista.

Estos costes son los propios de la realización de una política de austeridad en un momento de crisis, sin los beneficios que genera el haber controlado el poder político en todo o en parte.

Pero habida cuenta la dificultad de una hipotética participación en el poder ejecutivo —no deseada por el partido— y la conciencia del coste que ello iba a significar para nosotros, el error fundamental consistió, a mi juicio, en no haber sido más exigentes en las contrapartidas y en su cumplimiento. Dicho en otros términos, la firma de acuerdos políticos y económicos con el Gobierno, vista con una cierta perspectiva histórica, nos habría permitido acelerar el proceso de cambio político y socio-económico. Por ejemplo, las elecciones muni-



cipales deberían haber formado parte del paquete de negociación, evitando así un retraso intencionado por parte de la derecha, que ha perjudicado seriamente al Partido Socialista. Las reformas socio-económicas deberían haberse exigido con mayor presión social.

En líneas generales puede decirse que hemos legitimado la política gubernamental, sin haber exigido las contrapartidas necesarias como para que el avance de la izquierda hubiera sido más eficaz.

Si quieren hemos confiado en un gobierno que no merecía esa confianza, como lo demuestra el hecho de que no cumpliera la mayor parte de las contrapartidas previstas en los Acuerdos de la Moncloa y menos aún los compromisos a que había llegado con el pueblo y con los partidos, sin constancia documental.

Es verdad que paralelamente a este error, y complementariamente, hemos cometido otro de una gran importancia estratégica. Atenazados por la preocupación de un tránsito político extraordinariamente difícil y delicado, cargado de tensiones y de amenazas, no hemos sabido incorporar al pueblo, a través de la movilización, a través de una explicación permanente que produjera entusiasmo y colaboración, a la construcción de la nueva democracia y al cumplimiento de los programas pactados. El precio lo hemos pagado sobre todo en el incremento de la abstención y en el despegue de un considerable sector de la sociedad del proceso de cambio.

Además la derecha económica y financiera, más desguarnecida que nunca a la muerte del dictador, ha recuperado una prepotencia que no está en consonancia con los deseos mayoritarios de la sociedad, al mismo tiempo que algunos residuos de la época anterior han cobrado una importancia en la sociedad que tampoco está en relación con los resultados electorales.

Por supuesto que no somos los únicos responsables. Ni siquiera los principales. Es claro que el Gobierno no quería, como representante de los intereses de la derecha, esa incorporación social al proceso. También lo es que otras formaciones políticas parlamentarias han hecho una política desmovilizadora y han pretendido prolongar esa atonía social, a través de nuevos compromisos para los próximos años.

Pero estamos tratando de analizar nuestro comportamiento y nuestros fallos, no el de los otros.

Mucho podríamos decir del papel negativo para la democracia que han jugado los medios de comunicación en poder del Estado y especialmente la manipulación que el Gobierno ha realizado sobre la TVE. Pero ello no nos exime de no haber realizado suficiente esfuerzo para que los sectores sociales que habían depositado la confianza en nosotros se sintieran más vinculados al cambio político y cooperaran con más entusiasmo.

Además de ello es necesario referirse a las deficiencias de atención de nuestra propia organización que se han producido en los últimos dos años.

El partido estaba pensado en su estructura y en su funcionamiento para una práctica política fundamental distinta de la que ha debido realizar en este periodo. La configuración actual de la dirección contempla mucho más el interés de la

organización, que la proyección de la misma hacia la sociedad en su conjunto. Sin embargo, esa misma dirección, desde la Secretaría de Juventudes, pasando por la de Formación o la de Emigración o la de Organización o la de Propaganda, hasta la Primera Secretaría ha tenido que volcar la mayor parte de su actuación a la atención de actividades externas con intensidad y ritmo agobiante. Esto se ha producido en detrimento de la atención necesaria de una organización en crisis permanente de crecimiento, sin que tampoco haya permitido atender a todos los sectores sociales que un partido como el nuestro debe atender para mantener su vigor y su carácter transformador.

No siendo nosotros de aquellos que se satisfacen con el esfuerzo realizado (y creo que este ha sido inmenso), ni tampoco de los que se complacen en presentar los resultados como los mejores, sean estos cuales sean, tenemos la obligación de indagar dónde están los fallos que no nos han permitido estar a la altura que las circunstancias exigían de nuestro partido, con el afán de corregirlos y de superarlos, con el deseo de cambiar y modificar todo lo que sea necesario, para que el Partido Socialista responda ante el pueblo y ante sí mismo al reto histórico que afronta.

Si se tiene en cuenta de dónde venimos y dónde nos encontramos, tal vez se pueda concluir que ha resultado muy difícil llegar a más. Si se tiene en cuenta qué es lo que la sociedad esperaba y espera de nosotros, como organización política clave para el asentamiento de la democracia y protagonista principal de una esperanza de cambio social, económica, cultural y político, debemos concluir que no hemos cubierto las expectativas creadas.

Algunas palabras más debo decir, intentando no extenderme demasiado, en relación con el mundo del trabajo, de la cultura y con el tema autonómico.

El proceso político español ha tenido entre otras singularidades la de anticipar la recuperación de las libertades políticas a la recuperación de las libertades sindicales. Sin embargo, el protagonismo en la lucha contra el esquema dictatorial anterior, ha correspondido en mucha mayor medida a las fuerzas sindicales que a las propias fuerzas políticas, de tal manera que cuando aún se mantenían intactas las instituciones políticas del franquismo, la presión de las fuerzas sociales había reducido a un esquema vacío de contenido todo el tinglado de los sindicatos verticales.

Esta situación ha producido un doble efecto de carácter positivo y negativo al mismo tiempo para los socialistas. Positivo porque la fuerte implantación socialista que genera el proceso electoral del 15 de junio tuvo un arrastre extraordinariamente beneficioso para el desarrollo de la Unión General de Trabajadores, que previsiblemente no hubiera tenido lugar en el supuesto de que las elecciones sindicales hubieran precedido a las elecciones políticas. Negativo, porque la dinámica política acaparó la atención de la mayor parte de los cuadros y militantes socialistas y relegó a un segundo término la militancia sindical, creando una situación de vacío parcial en el seno de la Unión General de Trabajadores.

Pese a los esfuerzos que hemos ido realizando a lo largo de estos meses debemos concluir que no ha calado suficien-

temente en la conciencia de los militantes del partido la necesidad de prestar mayor atención y dedicación a la lucha sindical. Es más, hasta el pasado otoño la estrategia sindical del Partido Socialista no existía, por cuanto que se limitaba al apoyo sin más de la Unión General de Trabajadores; sin que desde el partido se haya estudiado hasta ese momento o se haya profundizado hasta hoy mismo, una estrategia sindical que abarque nuestra labor en el mundo del trabajo tanto en relación con nuestra actividad en el seno de la Unión General de Trabajadores como nuestra atención a los problemas globales del movimiento sindical y de los trabajadores de los distintos sectores de la sociedad española.

Al hilo de esta reflexión cabría decir también que pese a la simpatía que del mundo de la cultura sienten por las ideas socialistas en general, y por nuestro partido en particular, no hemos dedicado atención suficiente a la relación con este sector importante de la sociedad, que no sólo es un factor de creación de opinión, sino que al mismo tiempo se ha convertido en uno de los principales factores de cambio socio-político.

En el tema autonómico el Partido Socialista ha tenido un protagonismo importante aunque no suficientemente conocido por el conjunto de la sociedad. El fallo, pues, no está en la actitud del partido ante los procesos autonómicos, porque hemos sido elemento decisivo en la formulación constitucional de dicho tema, sino en el escaso eco que nuestra posición ha tenido en algunos lugares o en algunos pueblos de España.

El Partido Socialista ha elaborado un modelo autonómico que ha tenido que enfrentarse permanentemente a los recortes y limitaciones que la Unión de Centro Democrático pretendía. Hemos encarado el proceso autonómico con una responsabilidad de Estado que, a veces, ha producido un fuerte desgaste de nuestro partido ante la opinión pública, frente a las posiciones ambiguas del Gobierno y a las demagogias de algunos grupos nacionalistas o regionalistas.

La vocación federalista del partido, puesta de manifiesto en todos los debates políticos que han acompañado a la fase previa al proceso electoral del 15 de junio, y a toda la elaboración del nuevo texto constitucional no se ha trasladado suficientemente a la opinión pública, sin embargo, será valorado históricamente como el camino más serio y consecuente hacia la nueva estructuración del Estado.

En definitiva, el partido tiene que asumir que el mantenimiento de una estrategia política rigurosa, al margen del grado de acierto que ésta comporte, tiene por sí misma unos costes que es necesario asumir. No es posible variar las posiciones estratégicas según el viento de la coyuntura que sople sin arriesgar la credibilidad en el medio y en el largo plazo de un proyecto político serio.

La situación actual

El breve análisis de errores y aciertos cometidos a lo largo de los años 77 y 78 debe de completarse con el de los acontecimientos ocurridos en los meses transcurridos de 1979.

Desde los últimos meses del año 78 el Gobierno ha aparecido ante la opinión pública como incapaz de llevar adelante iniciativas eficaces para combatir la crisis económica y la degradación del orden público.



A mi juicio la falta de una política gubernamental clara ante los problemas más graves que vienen acuciando a nuestro país, es la consecuencia lógica de la decisión del Partido Socialista de liquidar la política consensual a partir de la aprobación de la Constitución de la finalización del periodo de acuerdos políticos económicos.

Así el año 79 aparece con unas características perfectamente definidas y sentidas en todos los niveles de la opinión pública.

En primer lugar, existe la impresión de una parálisis política general.

En segundo lugar, la situación económica continúa deteriorándose sin que aparezcan ni iniciativas claras ni programas concretos que orienten la lucha por la recuperación.

En tercer lugar, el orden público —terrorismo y delincuencia— continúa degradándose día a día.

La decisión socialista de acabar con la política de consenso obligó al equipo gobernante a realizar la convocatoria de elecciones generales.

Tanto la celeridad de la convocatoria como la anticipación de estas elecciones a las elecciones locales, mostraban el temor del gobierno a una posible derrota al mismo tiempo que su incapacidad para sostener la situación creada tras la aprobación de la Constitución, que lo forzaba a gobernar sin consenso.

Esta decisión abría un cierto compás de espera que permitía dar una explicación a las faltas de iniciativas gubernamentales frente a los principales problemas que agobian a nuestro país.

Las elecciones del 1 de marzo y sus resultados

Ya tuve ocasión de ofrecer una primera impresión de los resultados electorales del 1 de marzo en un documento ampliamente distribuido por las Agrupaciones del partido. Ahora sólo quiero recordar de aquella explicación una evaluación que el tiempo ha empezado a confirmar como cierta. El resultado de las elecciones del 1 de marzo no significaron, para UCD, el triunfo que los medios de comunicación transmitieron a la opinión pública, ni justificaban el triunfalismo de la derecha (recuérdese la espectacular subida de la bolsa), ni tampoco el derrotismo de algunos sectores de nuestro partido.

Es cierto que estas elecciones no confirmaron las expectativas creadas por nuestro partido, pero también es cierto que el gobierno de Suárez apenas conseguía mantener su continuidad como minoría mayoritaria.

Considerándolo con rigor, el proceso electoral del 1 de marzo supuso un ligerísimo avance para los partidos de izquierda, tanto el socialista como el comunista, lo cual suponía estar por debajo de las expectativas.

Al mismo tiempo, algunos grupos nacionalistas y regionalistas dieron un salto cuantitativo y cualitativo considerable, en detrimento fundamentalmente, aunque no exclusivamente, de nuestro partido y con ocupación, en el caso del País Vasco de la calle (a lo que se suma la especial significación de apoyo al terrorismo que supone el triunfo de Herri Batasuna).

La Unión de Centro Democrático ha mantenido sus posiciones mediante una clara traslación de espacio hacia la dere-

cha, que supone la liquidación de la Coalición Democrática. A ello hay que sumar el crecimiento más cualitativo que cuantitativo de la extrema derecha, que está contribuyendo a alterar seriamente el clima del orden público y que, ante la debilidad del Gobierno, gana cada día más posiciones callejeras.

De este cuadro resulta un Gobierno de minoría mayoritaria, que con los beneficios derechistas de la Ley electoral, vive con el débil apoyo de los diputados de la Coalición Democrática y eventualmente de algún grupo regionalista.

Dos meses después del aparente "triunfo espectacular de UCD" las euforias derechistas se han acabado y el Gobierno aparece ante todos, incluidos sus más fieles sostenedores de la oligarquía, como un Gobierno incapaz de resistir un debate parlamentario, de ofrecer un programa coherente de actuación económica, o un cauce que permita la negociación de empresarios y trabajadores incapaz de combatir los excesos callejeros de las bandas fascistas, de frenar con eficacia el incremento de la delincuencia y de liquidar las acciones terroristas.

Los juegos florales del triunfo electoral han desaparecido antes de iniciarse una mínima tarea de Gobierno.

Las elecciones del 3 de abril y sus resultados

Desde el punto de vista socialista podría hacerse una valoración semejante del resultado de las elecciones del 3 de abril, que la que acabamos de hacer para la Unión de Centro Democrático de las elecciones generales. Comprendo que ello pueda resultar duro de oír para los delegados a este Congreso, e incluso escandaloso para algunos medios de comunicación. Pero así como el 2 de marzo tuve ya la impresión, que acabo de transmitir, de que no había habido la derrota que se pretendía hacer ver para los socialistas, el 4 de abril pensé asimismo que el triunfo que se mostraba de nuestro partido y de la izquierda en las elecciones locales no debía sobrestimarse.

Es cierto que la relativa mayoría obtenida a través de la conjunción de esfuerzos entre diversos partidos políticos progresistas, suponía llevar al poder local a miles de concejales y alcaldes socialistas. Suponía la oportunidad de crear un contrapoder municipal frente al dominio del poder ejecutivo por parte de la derecha. Suponía, en fin, la oportunidad de realizar a través de los ayuntamientos, una acción política, económica y social, capaz de integrar a una buena parte de los ciudadanos en la lucha por el cambio. El reto está abierto. Un mes después de la toma de posesión de los nuevos ayuntamientos, tras cuarenta años de estructuras autoritarias de poder local, podemos permitirnos un gran optimismo sobre las posibilidades de la estrategia municipal.

Pero objetivamente es necesario asumir la doble realidad que acabo de describir: que las elecciones generales no fueron un triunfo para UCD aunque les permitiera seguir controlando el poder central, y que las elecciones municipales no son un triunfo socialista aunque nos permita desarrollar una acción de indudable trascendencia para el futuro de nuestro partido y de nuestro pueblo.

Si situamos las cosas en estos parámetros podremos aproximarnos con acierto, a la doble estrategia de oposición y de poder que el partido tiene que encarar para los años próximos.

Esta estrategia debe seguir siendo específicamente socialista, y por consiguiente, autónoma. Debe ser a mi juicio flexible para no crear cortapisas que la realidad nos obligue a derribar contra la voluntad soberana del Congreso.

Nada está seguro ni afirmado definitivamente para este período de consolidación de la democracia. La fragilidad, la ambigüedad y la inoperancia gubernamentales pueden producir efectos imprevistos en un plazo inferior al de la legislatura. La falta de experiencia de la izquierda y la animadversión de la derecha desde el poder central pueden crear dificultades de difícil superación en nuestra lucha municipal.

Los grandes problemas actuales

Con una situación como la que acabamos de describir brevemente y disponiendo de una Constitución democráticamente elaborada y aceptada por todos, debemos estudiar los problemas que enfrenta nuestro país en estos momentos a nivel económico, político y social.

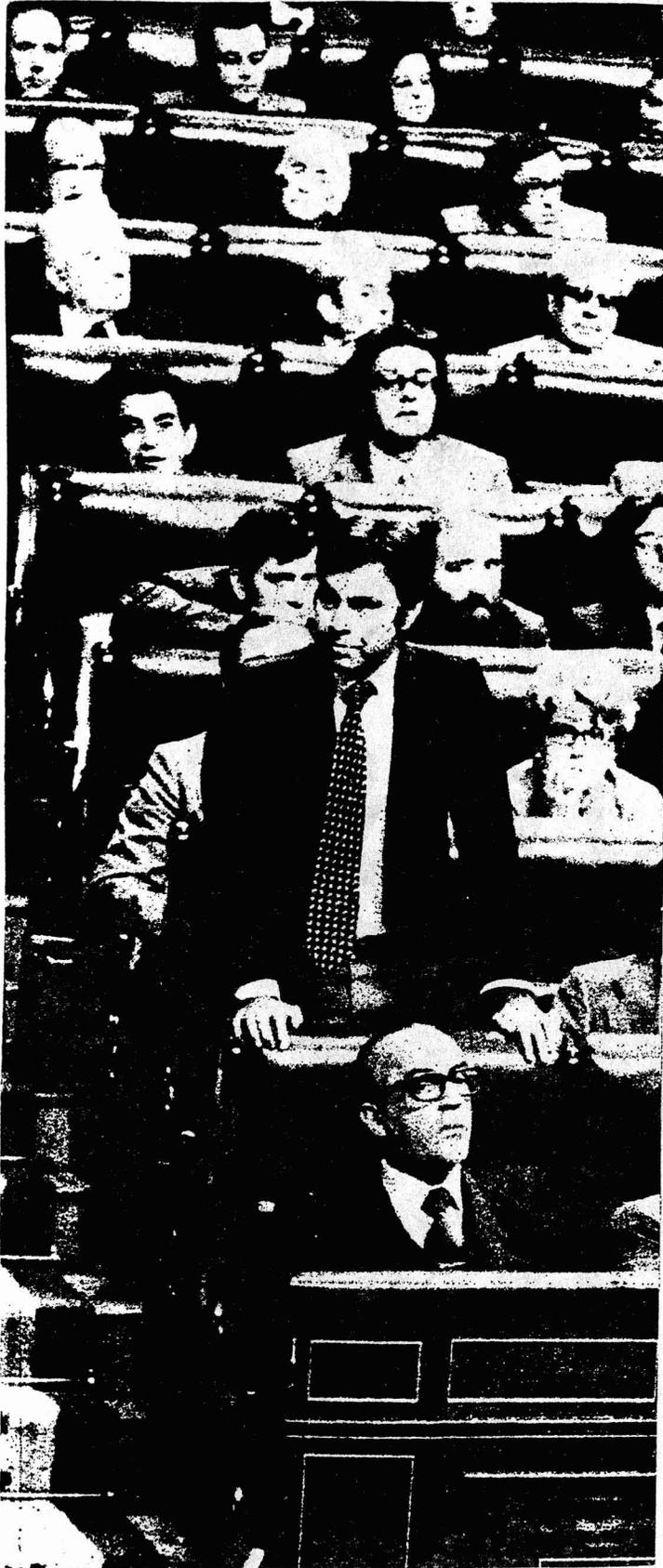
A mi juicio el principal problema que define el panorama actual sigue siendo el de la crisis económica. Salvo en materia fiscal, las contrapartidas contempladas por los Acuerdos de la Moncloa, no han sido en su mayor parte cumplidas y por tanto nuestro sistema económico sigue necesitando no sólo reformas profundas sino una modernización que los saque de las deficiencias estructurales heredadas del pasado.

Frente a la crisis, la idea central de la derecha, aunque no concretada en programa, sigue siendo la lucha prioritaria contra la inflación. Entre tanto el paro, que se incrementó en doscientas cincuenta mil personas el pasado año, amenaza con seguir aumentando en una proporción semejante para el año 1979. Y ello sin la contrapartida de una disminución del proceso inflacionista dentro de los límites previstos por el Gobierno.

Esta situación de incremento del paro, de desapariciones de multitud de empresas en todos los rincones del país, de paralización de grandes sectores públicos o privados necesitados de reestructuración, está contribuyendo poderosamente a crear un clima de desánimo en la inversión y a algo aún más grave: a crear un gran deterioro de la situación social que margina cada día a mayor número de jóvenes incitándolos a la desesperación y a la delincuencia.

El segundo problema que atenaza la conciencia ciudadana, ligado en parte al anterior, es el incremento de la delincuencia y de la violencia callejera. Las calles de las más importantes ciudades españolas se han convertido en peligrosas para el ciudadano medio. Ello genera inseguridad y desconfianza altamente peligrosas para el desarrollo de la nueva democracia. Sin duda el terrorismo es un factor de importancia capital que exaspera la conciencia de algunos sectores de la sociedad y ponen de manifiesto la falta de autoridad en el régimen democrático recién instaurado.

Las relaciones industriales constituyen otro de los grandes problemas que esta sociedad debe afrontar y resolver con urgencia. Dos años después de iniciada la experiencia democrática, los sindicatos siguen siendo frágiles y la patronal no tiene interlocutores válidos y definidos. La ceguera del Gobierno es de tal magnitud que no sólo pone obstáculos a la



potenciación de las estructuras sindicales negándoles el pan y la sal, sino que, ausentes por completo del mundo del trabajo y poco presentes entre los sectores empresariales, llega a proponer un estatuto de los trabajadores sin contar en absoluto con las partes sociales afectadas.

Ni un solo país democrático funciona equilibradamente sin la presencia de fuertes organizaciones sindicales, con sólidas infraestructuras de prestación de servicios y válidos interlocutores patronales. Ninguna democracia se mantiene sin cauces precisos para la negociación y la confrontación de los intereses sociales contrapuestos.

Capítulo aparte merece en esta breve consideración sobre los problemas más acuciantes del momento actual el desarrollo constitucional referido básicamente a los estatutos de autonomía.

Además de establecer las prioridades lógicas que el desarrollo de la Constitución exige, de leyes orgánicas o de otro rango, el Parlamento debe afrontar con el mayor rigor posible el desarrollo de las autonomías.

No vale seguir haciendo una política de parcheo como la iniciada hasta ahora por el Gobierno. Es imprescindible iniciar la construcción de un nuevo Estado con decisión y sin demagogias.

Todo el mundo debe comprender que el proceso autonómico es necesario y beneficioso para la profundización de la democracia y para el respeto de nuestra realidad plurirregional y plurinacional.

Todo el mundo debe comprender asimismo que todas las comunidades autónomas tienen iguales derechos, aunque ello no signifique que deban igualarse realidades diferenciadas. El equilibrio entre el derecho a la igualdad y el derecho a la diferencia, pasa ineludiblemente por la ausencia de privilegios de unas comunidades respecto de otras. La vocación federalista del partido puede y debe ser un estímulo para el desarrollo de las autonomías y un cauce para que, a partir de la Constitución, este desarrollo se realice sin privilegios lacerantes.

Nadie duda que existen prioridades temporales, pero ello no significa que haya preferencias de fondo. Nadie niega que el grado de conciencia de cada comunidad sea diferente y que por consiguiente el ritmo de asunción de competencias debe ser también diverso. Pero el techo debe ser idéntico para todos e irse cubriendo, no por imposiciones centralistas, sino por imperativos regionales o de nacionalidad.

Otros muchos aspectos habrían de contemplarse en un análisis crítico de la sociedad actual: la manipulación de los medios de comunicación estatales, la despreocupación por el mundo de la cultura y su falta de promoción, las graves deficiencias educativas y sanitarias, la falta de más de tres millones de viviendas, etc. etc. deberían ser tenidas en cuenta y estudiadas por el Congreso en sus resoluciones. Pero desde esta tribuna, he querido poner de manifiesto los más graves problemas que atenazan la conciencia ciudadana, creando inquietud, desconfianza en las instituciones, despegue del proceso democrático, y, en definitiva, contribuyendo a crear un caldo de cultivo en el que se fortalezcan las posiciones más reaccionarias de la derecha y las tentaciones autoritarias. Sin caer en el dramatismo, es imprescindible señalar los peligros a tiempo

y poner en marcha el máximo esfuerzo para afrontar con vigor y entusiasmo la solución de estos problemas creando una nueva dinámica de cambio.

El XXVIII Congreso tiene como misión proyectar la estrategia del partido para los próximos dos o tres años. Debe hacerlo estableciendo las prioridades y los campos de acción en función de la gravedad de los problemas y de la complejidad de los sectores sociales, económicos y culturales sobre los que nuestra acción tiene que incidir.

Afrontar la crisis económica desde una óptica socialista significa sobre todo luchar por todos los medios contra el paro que azota a más de un millón de ciudadanos, de los que casi la mitad son jóvenes de ambos sexos y un porcentaje semejante no tienen siquiera la cobertura del desempleo. Ello no contradice una cierta orientación hacia la austeridad que permita controlar el proceso inflacionista, y que defienda la supervivencia de sectores empresariales en crisis, al tiempo que defienda con fuerza los intereses de pequeños y medianos empresarios. Deben estudiarse mecanismos de disminución de jornada, de incremento de la inversión pública, en escuelas, viviendas y centros sanitarios, de créditos razonables a las PYMES y a los nuevos inversores, de desgravaciones fiscales a las contrataciones de jóvenes, y a la creación de puestos de trabajo en general.

Los militantes socialistas tienen que incrementar su acción sindical en el seno de la Unión General de Trabajadores, intentando fortalecer su estructura y ampliar su abanico representativo a sectores de trabajadores que por su cualidad de cuadros medios o por su trabajo en actividades funcionariales o de servicio no se sienten integrados en el movimiento sindical. Asimismo el partido debe desarrollar una estrategia sindical propia, que extienda su campo de atención a toda la clase trabajadora y que permita apoyar las iniciativas coincidentes con esa estrategia, sean cuales sean los colectivos de trabajadores que las promuevan.

Dotar al mundo del trabajo de sólidas estructuras y facilitar cauces de defensa de sus derechos deben ser tareas de especial preocupación para el Partido Socialista.

Debemos concentrar nuestro esfuerzo en la conquista de un clima de paz ciudadana que permita la profundización de la democracia y elimine las tensiones involutivas.

En la próxima etapa se hace necesario sectorializar la actividad del Partido para dedicar equipos de trabajo y desarrollar programas de acción entre los jóvenes, los emigrantes, las mujeres, los ancianos, los agricultores, los pequeños y medianos empresarios, etcétera.

También, como he dicho a lo largo de esta intervención, tenemos que promocionar el desarrollo de la cultura desde nuestras posibilidades como Partido. Hasta ahora no hemos logrado dinamizar toda la afluencia de simpatía que una gran cantidad de intelectuales, investigadores, literatos y artistas nos han dedicado.

Todo ello exige no sólo la conjunción de múltiples estrategias a nivel parlamentario, a nivel municipal, a nivel sindical, o a niveles sectoriales diversos, sino a la puesta a punto de la organización para que ésta sea capaz de movilizar a amplios sectores de la sociedad por la conquista de estos objetivos.



Desde la derecha se tiene siempre una visión alicorta y asustadiza de la lucha democrática. Se emplean resortes de poder más o menos ocultos y se estimula el miedo para aprovecharse de él.

Desde la izquierda tenemos la obligación de utilizar todos los derechos y todos los cauces que la Constitución permite para eliminar el miedo e incorporar dinámicamente a la mayor parte de la sociedad a una lucha sostenida por un cambio profundo de las estructuras de dominación en todos los campos.

Estamos en buenas condiciones para hacerlo puesto que contamos con importantes parcelas de poder parlamentario, municipal y sindical, y con un grado suficiente de credibilidad y de apoyo popular para avanzar con fuerza.

La organización tiene que ponerse a punto. Desde la más pequeña estructura de base hasta el Comité Federal y la Comisión Ejecutiva, toda ella debe adaptarse a un funcionamiento a la vez democrático y eficaz, riguroso y abierto a la sociedad.

Hay trabajo para todos. Como ocurrió siempre a lo largo de un siglo de historia, sea cuales fueren los pasos recorridos, el trabajo se incrementa cada día porque la meta continúa distante.

Este Congreso, ordinario por su carácter y extraordinario por la circunstancia histórica en que se celebra, tiene la obligación de ofrecer a esta sociedad un ejemplo de lucha democrática por la construcción del socialismo.

Si lo conseguimos, habremos sido capaces de rendir el homenaje que merecen los centenares de miles de compañeros que nos precedieron en esta lucha.

Si lo conseguimos, estaremos a la altura de las expectativas que importantes sectores sociales han depositado en nosotros.

Si lo conseguimos, habremos frustrado a la derecha que espera vernos divididos y enfrentados y a aquellos que desde fuera de nuestra casa pretenden moldearnos a su gusto y medida.

Si lo conseguimos, la libertad y la igualdad serán cada día más reales por el camino de la justicia y la solidaridad.

II. LA CRÍTICA Y LA ÉTICA: ARMAS PARA MILITAR

Me van a perdonar que martirice sus estómagos durante un rato, porque ya es demasiado tarde. Quiero empezar por decirlos en qué condición os hablo. En este partido los miembros de la Comisión Ejecutiva tienen unos pocos privilegios cuando dejan de serlo; uno de ellos es hacer uso de la palabra sin que suponga consumir un turno. No tienen limitación de tiempo, sino tienen que consumir turno y por eso voy a tratar de extenderme.

Quisiera que vierais en mí en este momento al militante Felipe González, miembro del Partido Socialista durante unos cuantos años. Pero de ninguna manera al que fue secretario general de este partido; sólo al militante Felipe González.

Ha habido muchos compañeros en esta sala, muchos, que han apoyado mi gestión y la gestión del equipo que conmigo trabajó solidariamente durante esta difícil etapa. A ellos, todo

mi agradecimiento y todo mi reconocimiento a todos los compañeros y compañeras que la rechazaron, que la criticaron y a aquellos que se abstuvieron porque no tenían claro cuál era la decisión que tenían que tomar. Os lo agradezco tan sinceramente como todas las muestras de afecto que he recibido a lo largo de esta mañana y también ayer. Algunas hechas con un profundo sentido del humor, al mismo tiempo que de la responsabilidad y de la seriedad que supone un congreso.

Me vais a permitir que os diga que yo reflexiono muy seriamente las cosas, que nunca he sido un junco que mueve el viento en la dirección que sopla, que siempre he sido militante de este partido, como dije en el curso de la gestión, por razones de moral o de ética socialista y nunca por razones de tipo político que pudiera separarse de esa moral, de esta ética socialista. Por consiguiente, he reflexionado profunda, seriamente, la repercusión que tiene el no aceptar las invitaciones, que también son bastante numerosas, de muchos compañeros para que forme parte de alguna lista de alguna de las candidaturas cuyo periodo se abre en este momento, pero todo el mundo sabe que, aunque se abre en este momento, es preocupación del congreso desde que comienza hasta que termina.

Y les quiero decir que lo he reflexionado en la dimensión que tiene para nuestro partido, para nuestra sociedad y en la dimensión que tiene cara a los problemas del Estado. Por consiguiente, la multiplicidad de razones que a veces a uno lo agobian cuando le hacen ver o le quieren hacer ver las repercusiones políticas de una decisión, han pesado seriamente en mi conciencia de militante socialista. Dije el primer día que este es un gran partido, y repito ahora que este es un gran partido que ha dado un gran ejemplo de democracia a este país una vez más con el desarrollo de este congreso y, en consecuencia, de este gran ejemplo hay que seguir defendiendo la posición ética que a uno le lleva a asumir responsabilidades o a no asumirlas.

Por eso empiezo por decir algo que me parece importante: he visto a compañeras y compañeros caídos por los pasillos —pocos o muchos—. ¡Y no tienen derecho! Tienen que mantenerse aquí, en este partido luchando por sus ideas democráticamente, porque ése es el gran capital que tenemos. Ni una sola retirada. Nadie que se sienta socialista y, por consiguiente nadie que sienta profundamente la democracia tiene derecho ni siquiera a perder fuerza moral en su lucha. Porque este congreso lo que garantiza, precisamente es que no hay ninguna ejecutiva en este partido y espero que siga siendo así en contra de algunos compañeros respetables que defienden tendencias para garantizar derechos democráticos. Este congreso demuestra que una ejecutiva, sea la que sea, o una persona, sea la que sea y ocupe el puesto que ocupe, puede perder una batalla democráticamente en un congreso. Esto demuestra este partido y este congreso; y los que sienten que han perdido alguna enmienda —yo no he presentado ninguna—, los que sienten que han perdido una resolución, también tienen que saber que pueden ganarla y que tienen que seguir luchando por sus ideas en este partido...

El XXVIII Congreso del centenario ha trabajado intensamente. No digo que lo haya hecho con demasiada práctica, porque sería mucho pedir, teniendo en cuenta la composición

de las delegaciones. Muchos compañeros no conocían siquiera la práctica, pero han cuajado con mucha intención. Y se han producido resoluciones muy buenas, resoluciones buenas, resoluciones que a mi juicio son regulares, y otras que, a mi juicio, no son aceptables. Para mí, personalmente, digo hablando como el militante Felipe González, vuelvo a repetir, no como la persona que tiene la responsabilidad del partido. Por tanto, estamos todavía en el congreso, estamos en el período en que podemos decir las cosas como son, exactamente como son, con plena libertad de crítica, y con la absoluta seguridad de que Felipe González seguirá siendo militante al servicio de este partido, en la responsabilidad que tenga que asumir y dentro de las decisiones mayoritarias adoptadas por este congreso. Pero un congreso necesita también una coherencia desde el principio hasta el fin, no sólo necesita esforzarse por establecer una estrategia política, no sólo necesita esforzarse por encontrar las resoluciones que creen en ese momento son importantes para la sociedad o el partido. Necesita pensar en el mismo momento en que se discute eso, en el equipo de compañeras y compañeros que en plena coherencia con el resultado global de los debates van a llevar adelante la política del partido durante el próximo bienio.

Y les voy a decir por qué he empezado por eso, que a mí en este partido me introdujeron razones fundamentalmente éticas. Y, por supuesto, un conocimiento del marxismo que creo, modestamente, es superior a algunas que las exposiciones poco rigurosas y poco marxistas que yo, en silencio, con respeto, y sin querer intervenir, he venido oyendo a lo largo de los debates. Yo le ruego a cada compañero que se acerque al marxismo, que se acerque, de verdad, con un espíritu de libertad. Lo dije el primer día, el primer día, que no tomé a Marx como la línea divisoria entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, porque están volviendo a enterrarlo. Y a enterrarlo mucho más profundamente que lo entierra la clase burguesa o reaccionaria de este país y de todos los países del mundo. No se puede tomar a Marx como un todo absoluto, como compañeros. No se puede. Hay que hacerlo críticamente. Hay que ser socialistas antes que marxistas. Yo asumo la responsabilidad de haber provocado, de mala manera, con pocos cauces, una polémica que la prensa ha malinterpretado y ha utilizado en algunos sectores de forma hábil. Asumo la responsabilidad de haber provocado mal esa polémica. Porque la he sacado de quicio. Pero eso no es lo importante de este congreso, y quiero decíroslo con toda responsabilidad y la fuerza moral que me da el llevar muchos años defendiendo las mismas ideas. Lo importante verdaderamente de este congreso, para que estemos todos en la dirección de lo que pasa, es que cuando se acabó de discutir el problema de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, Marx y no Marx, el 20% de la sala resistió en sus asientos. Y el 80% de la sala se fue de aquí. Y los delegados —perdónenme los compañeros, que ahora hablo como Felipe González— salieron de esta sala porque creían que el resto de los problemas que se iban a discutir, permítame esta pequeña crítica que ya puedo hacer, y la puedo hacer dentro del partido, porque creían que el resto de las ponencias tenían mucho menos importancia. Y lo comprendo, no digo que no lo comprendo, lo comprendo porque

el problema se desorbitó de tal manera que lo accesorio se convirtió en principal. Y lo principal —para un congreso concreto— se convirtió lamentablemente en accesorio. Y eso ha sido realmente la verdadera dimensión de lo que ha producido el otro debate. Por consiguiente, creo que esas son reflexiones que deben pasar sobre la conciencia de este gran partido, que es la esperanza de que esta sociedad pueda caminar hacia el socialismo, hacia la justicia y hacia la libertad. Este gran partido, que tiene que seguir defendiendo su identidad y que tiene que procurar que no se alegren tanto los que dicen alegrarse con nuestras resoluciones y lo declaran públicamente, porque, en el fondo, se están alegrando no de nuestras resoluciones, sino de lo que nuestras resoluciones pueden significar para ellos. Y a mí, hay alegrías que me preocupan. Y probablemente hay en este momento quien dice que no se alegra y se está alegrando. Y haya quien dice, fuera de esta sala, que se alegra y se está alegrando, pero por razones distintas de las que dice que se alegra. Os decía que hay varias vías para llegar a la acción y a la lucha política. Una es esta guía del compromiso moral con la lucha, del compromiso ético con la lucha. Esa es una vía tan buena y tan válida como otra. Hay, por consiguiente, razones morales para estar luchando, razones éticas para estar luchando. Además de las convicciones ideológicas que uno tenga, hay otras razones políticas. Razones políticas de una enorme importancia. Multitud de compañeros han venido a decirme las razones políticas por las cuales yo debía seguir asumiendo la responsabilidad que hasta ahora he asumido si contaba con la aprobación o el apoyo del congreso. Las razones políticas de Estado, de sociedad, las cosas que pueden pasar de desconcierto en el partido. Me han dicho incluso que algunos compañeros pueden abandonar. No tienen derecho. Porque yo no lo voy a hacer y voy a seguir luchando aquí como hasta hoy.

Quiero deciros que con tener muchos éxitos las razones políticas que me podían obligar a seguir ligado al puesto, a lo que muchos compañeros creen es el *leit motiv* de la política: el sillón de secretario general, aunque hay muchas razones políticas que se separan en este momento en mi conciencia de las razones morales, y si hago política perdiendo fuerza moral y razones morales, prefiero apagar, apagar, porque yo no estoy en la política por la política. Estoy porque hay un discurso ético, que no suena demasiado revolucionario, que no suena demasiado demagógico, pero que es el que mueve a Felipe González en la política. Hay un discurso ético que me ha hecho trabajar en este partido y por este partido hasta hoy, y que me sigue obligando a trabajar en este partido y por este partido y para esta sociedad desde hoy hasta mañana y hasta que pueda resistirle.

Por consiguiente, compañeros, yo quiero que comprendáis que para mí es inseparable la posición ética de las razones políticas, y como no las quiero separar y comprendiendo que hay razones políticas poderosas, hay que dar alguna vez en política un ejemplo ético, y el ejemplo ético no es solo, y por supuesto no pretendo darlo, para nosotros, sino para esta sociedad, para que haya alguien que piense que hay políticos en la política porque ocupan cargos, para que no quede ningún compañero militante en el Partido Socialista que piense que

el partido es un círculo de propiedad inscrito a nombre de Felipe González, que se sirve de compañeros que pegan carteles por las calles en su camino hacia el poder. Para que no lo piensen los socialistas, ni los que no lo son. Hay un ambiente muy receptivo en esta sociedad de que todos los partidos y que van a lo mismo; y yo digo que no es verdad, y que la sociedad se debe de enterar de que hay diversas clases de políticos, todos respetables. Yo no quiero ofender a nadie, y esta es la vía divisoria entre unos y otros, como también tiene que establecer lógicamente nuestro partido.

Y os diréis qué tiene que ver esto con que me quede o me vaya: pues tiene algo fundamental que ver. He aceptado y agradezco la votación mayoritaria de la gestión. Creo sinceramente que son muchos los compañeros, no sé si la mitad más uno o la mitad menos uno o el 30% —para mí cualquier cifra es aceptable— que querrían de corazón que siguiera adelante. Pero creen también sinceramente que en este congreso Felipe González ha sufrido una derrota moral porque no ha sido bien entendido tal vez, porque ha planteado mal el problema tal vez; en un congreso ideológico que alguna vez se celebrará en este partido yo seré uno de los militantes que disfrute mucho discutiendo de la ideología, de lo que es el socialismo hoy, de qué tipo de socialismo necesita esta sociedad para que sea auténticamente socialista y, desde luego, no pienso nunca guardar el socialismo en una botella y taponarlo, porque me parece que eso no es posible hacerlo. Con todos los respetos para aquellos que piensen que el socialismo, que el marxismo, se puede guardar en una botella y hay que guardarlo en esa botella para que no se altere. Con todos los respetos, compañeros, yo no voy a estar en esa posición ni hoy ni mañana. Y creo sinceramente que de las resoluciones de este congreso hay algunas que los compañeros que asuman la responsabilidad de este partido ni van a poder cumplir, porque ni siquiera se ha hablado de lo que hay que hacer, punto uno, punto dos, punto tres y punto cuatro, en la estrategia política para los dos próximos años. Se han dicho generalidades que permiten defenderse después de las críticas, pero que también permiten las críticas fáciles y justificables; y se tenía que haber dicho cuáles son las tareas concretas, sin apretar demasiado, que la dirección del partido tiene que asumir para el próximo periodo. Eso se tenía que haber hecho, no había que haber discutido la mayoría del tiempo de la cuestión de principios y la mínima parte del tiempo de los problemas de esta sociedad. No es posible mantener vivo de esta manera al socialismo, compañeros, y no es una crítica neta. Sólo quiero recordaros que esta sociedad es de 36 millones de criaturas, de los que veintiséis millones tienen más de dieciocho años —y perdonadme que sea tan pedestre—, tan poco ideológico en mis ejemplos: veintiséis millones, si no nos engañaba Rodolfo Martín Villa —que seguro que nos engañaba— con las estadísticas, que tienen pleno derecho a participar políticamente en esta sociedad; si de estos veintiséis millones, hay trece millones que tienen derecho a ser considerados como población activa y trece millones que esta dialéctica capitalista, que ese lenguaje y esa visión del mundo capitalista consideran po-



blación no activa, que es casi una consideración despectiva, de los cuales cinco millones son viejos —ahora se llaman de la tercera edad—, que dieron todo su trabajo y que esperan que los socialistas les digan cómo salir de esa marginación, cómo salen de la miseria: hay más. Hay muchas compañeras en esta sala y he dicho muchas veces lo que pienso sobre el feminismo y el machismo en esta sociedad. Hay un montón de mujeres que se llaman también población no activa, población inactiva, porque resulta que trabajan en sus casas, no tienen horario, acaban a la hora que acaban y no son productivas para el sistema capitalista, por eso no son activas, porque no están en eso que se llama el mercado de trabajo. Por ello su trabajo no se estima y su función es fundamentalmente reproductora para este sistema capitalista. Y estas mujeres esperan, en parte, que los socialistas les digan cómo escapan de esta condición tan concreta, además de otros muchos problemas; y así podríamos ir analizando la sociedad para llegar a una conclusión. Hemos dicho que este partido es un partido profundamente democrático y que quiere transformar democráticamente la sociedad y por consiguiente tiene que contar con la mayoría de esta sociedad, tiene que incorporarla a eso que se llama movilización popular, y habría que emplear un lenguaje que no fuera a decir partido de masas, porque las masas siempre se entienden como las que están fuera del que hablan; y hay que decir partido de muchos jóvenes y muchos viejos que sufren, de muchas mujeres y de muchos hombres que sufren. Partido de hombres y mujeres conscientes y responsables que tiene que constituir la mayoría de esta sociedad. Y para que se incorporen a nuestro proyecto político de cambio, a nuestro proyecto socialista de alternativa de democracia y para la democracia en profundidad, tienen que oír de los socialistas una respuesta a su problema que vaya liberándolos de la marginación, de la explotación, de la dependencia cultural . . . , etcétera, tal y como traté de decir al principio en la intervención que inició estos debates. Porque si no, no estaremos haciendo un proyecto mayoritario de transformación de esta sociedad. Aunque reiteremos en cada congreso lo que es el partido ideológicamente, y eso nos dé una gran fuerza moral a nosotros. Los demás esperan alternativas muy concretas y que sepan a dónde va estratégicamente el partido, y cómo incorporar estas aspiraciones de libertad, de igualdad, de justicia y de cultura que ellos están sintiendo porque no las tienen. Cuando hagamos eso esta sociedad dirá al Partido Socialista que mayoritariamente está con ese partido, para ir cambiando, eliminando los obstáculos que se oponen a que se consigan esas metas. Cuando lo hagamos, y tenemos que ponernos a trabajar todos, todos, para hacer de este partido el gran partido que ha demostrado ser democráticamente en este congreso hacia afuera; ese gran partido en el que tanto confían mucha gente de esta sociedad y al que tanto temen alguna gente de este país.

Yo no me quiero extender más, pese a que les amenacé con un largo discurso. Quiero decir que me alegro, sinceramente me alegro, de que hayan habido resoluciones importantes,

como la de estatutos, que recogen el buen funcionamiento del partido; que cada vez se va racionalizando más y que recogen un buen funcionamiento del partido. Y que no es una ponencia no política. Los estatutos tienen tanta carga política como cualquier otra ponencia porque, de verdad, están diciendo qué tipo de organización es la que funciona y no se puede despreciar la ponencia de estatutos. Me alegro de que haya habido resoluciones sectoriales que tienen importancia y que pueden dar buen juego en esta sociedad. Y tengo que decir, desde esta tribuna, sabiendo que no soy el que va a asumir la responsabilidad de dirigir este partido, que hagamos un serio ejercicio de humildad los socialistas españoles, un serio ejercicio de humildad, que pensemos que tenemos muy poco que enseñar a nuestros compañeros del mundo, muy poco que enseñar, sobre todo a los de Europa, que si algo les tenemos que enseñar es una historia centenaria en que la libertad ha sido la excepción y la dictadura la regla, esto les podríamos enseñar. Esto les podríamos enseñar. Que tengamos una cierta humildad cuando abordamos la discusión sobre qué es el socialismo y hacia dónde va y, sobre todo, que tengamos en cuenta que el camino recorrido es el cimiento sobre el cual hay que seguir caminando, y no se puede nunca despreciar lo conseguido, porque con frecuencia del desprecio de lo que se consigue nace la pérdida de lo que se consigue para volver a luchar por eso que se acaba de perder, y algunos compañeros, algunos, han dicho que la Constitución es mala y criticable. La mayoría ha dicho que la Constitución es aceptable por todos y así lo define la estrategia política. Les quiero decir algo muy serio a mi juicio. Esta Constitución es la que nos permite vivir en paz y en libertad. Desarrollémosla progresivamente cada vez más para poder seguir viviendo en paz y en libertad y no tener que pedir dentro de dos años, o de cuatro, o de ocho, un proceso constitucional que nos dé una Constitución para vivir en paz y en libertad, porque ya la tenemos, y los socialistas no la podemos olvidar, buena o mala. Y éste es un problema serio, quizá uno de los más serios. Esta Constitución no satisface plenamente a nadie, ni a la derecha, ni a la izquierda, como debe ser, pero es el marco donde se va a desarrollar la acción del Partido Socialista, y hay que decírselo claramente a la sociedad, y no yo. La dirección de este partido tiene la responsabilidad mañana de decirle a la sociedad que somos demócratas, y como somos demócratas aceptamos este juego constitucional. Y el juego constitucional es también esa movilización popular de la que habláis porque está garantizada por la Constitución, aunque la derecha la interprete reaccionaria, restrictiva y temerosamente. No queremos volver a empezar a hacer otra Constitución. La última conversación que he tenido con Ramón Rubial fue ayer y me decía, sigue, sigue, sigue. Y me decía algo más. En la batalla para construir el socialismo, los socialistas reciben heridas que cuando cicatrizan los hacen más fuertes. Yo he recibido en este congreso una herida profunda que ya ha cicatrizado, y aquí estoy dispuesto a seguir en este partido.

MARTÍN ADÁN

MIS PRIMEROS CINCO AMORES*

Mi primer amor tenía doce años y las uñas negras. Mi alma rusa de entonces, en aquel pueblecito de once mil almas y cura publicista, amparó la soledad de la muchacha más fea con un amor grave, social sombrío, que era como una penumbra de sesión de congreso internacional obrero. Mi amor era vasto, oscuro, lento, con barbas, anteojos y carteras, con incidentes súbitos, con doce idiomas, con acecho de la policía, con problemas de muchos lados. Ella me decía, al ponerse en sexo: eres un socialista. Y su alma de educanda de monjas europeas se abría como un devocionario íntimo por la parte que trata del pecado mortal.

Mi primer amor se iba de mí, espantada de mi socialismo y mi tontería. "No vayan a ser todos socialistas...". Y ella se prometió darse al primer cristiano viejo que pasara, aunque éste no llegara a los doce años. Sólo ya, me aparté de los problemas sumos y me enamoré verdaderamente de mi primer amor. Sentí una necesidad agónica, toxicomaniaca, de inhalar, hasta reventarme los pulmones, el olor de ella; olor de escuelita, de tinta china, de encierro, de sol en el patio, de papel del estado, de anilina, de cuyo vestido a flor de piel —olor de la tinta china, flaco y negro—, casi un tiralíneas de ébano, fantasma de vacaciones... Y esto era mi primer amor.



Mi segundo amor tenía quince años de edad. Una llorona con la dentadura perdida, con trenzas de cáñamo, con pecas en todo el cuerpo, sin familia, sin ideas, demasiado futura, excesivamente femenina... Fui rival de un muñeco de trapo y celuloide que no hacía sino reirse de mí con una bocaza pilluela y estúpida. Tuve que entender un sinfín de cosas perfectamente ininteligibles. Tuve que salir bien en los exámenes, con veinte —nota sospechosa, vergonzosa, ridícula: una gallina delante de un huevo—. Tuve que verla a ella mimar a sus muñecas. Tuve que oír la llorar por mí. Tuve que chupar caramelos de todos los colores y sabores. Mi segundo amor me abandonó como en un tango: Un malevo...

Mi tercer amor tenía los ojos lindos, y las piernas muy coquetas, casi cocotas. Hubo que leer a Fray Luis de León y a Carolina Invernizio. Peregrina muchacha... no sé por qué se enamoró de mí. Me consolé de su decisión irrevocable de ser amiga mía después de haber sido casi mi amante, con las doce faltas de ortografía de su última carta.

Mi cuarto amor fue Catita.

Mi quinto amor fue una muchacha sucia con quien pequé casi en la noche, casi en el mar. El recuerdo de ella huele como ella olía, a sombra de cine, a perro mojado, a ropa interior, a repostería, a pan caliente, olores superpuestos y, en sí mismos, individualmente, casi desagradables, como las capas de las tortas, jenjibre, merengue, etcétera. La suma de olores hacía de ella una verdadera tentación de seminarista. Sucia, sucia, sucia... Mi primer pecado mortal...

El puerto quedaba atrás, con su collar de luces y su gorda silueta de amor para hombre serio y nada gastador. Cincuenta mil almas, y una alegría tan lejos, tan lejos, al otro lado del puerto —curva monstruosa en el mar, el canal de Panamá, el Océano Atlántico, la línea Grace y los etcéteras del destino—. De pronto —él no supo cómo— París. Y sesenta capítulos de una novela que él había estado haciendo abordó: —mil cuartillas negras de letras que le asustaban la cordura a Manuel, cosas de locos, gritos, todo sin motivo. La americana de él se tensó y endureció con ese fajo de histeria y conflicto. Porque la novela era un conflicto de histerias —una mujer se arrojó en los brazos del millonario y éste la mordió en el mentón—. Autobiografía astral, qué se yo... Un bus silencioso de muelles y jebes llevó a Manuel en un ahogo de oscuridad y rapidez al hotel. Una racha de niebla, frío, garúa y gas de bencina infló la cortina y dejó sobre el alféizer de la ventana un vaho de victrola —caucho, adulterio, jarabe de bolsitas...—. Así hubiera abandonado una cigüeña un niño en la cama de una soltera, por equivocación, por cansancio, por broma... Como en Barranco, ni más ni menos. El se desvistió. Ya desnudo, no supo él que hacer; quiso salir a la calle, volver a Lima, no hacer nada. Se metió en la cama —temprano, aburrido y remolón— y se durmió profundamente. En un momento volvió él a Lima, al jirón de la Unión, y eran las doce del día.

Martín Adán, peruano, pertenece, como Felisberto Hernández, a esa extraordinaria estirpe de escritores a los que sólo el paso del tiempo habrá de dar su justo sitio. Para acompañar el ensayo que sobre él y su obra ha escrito Javier Sologuren, publicamos este fragmento de *La casa de cartón*, su primera novela, publicada a los diecinueve años.



Un Hudson sucio de barro se llevó a Ramón por una calle transversal que asustaba con sus ventanas trémulas, medio locas. Un ficus móvil transitó por la calle densa de seminaristas, busconas y profesores de geometría — mil señores vejean, el cuello sucio, la mano larga —. Manuel se despertó, y ahora era París con su olor de asfalto y su rumor de usina y sus placeres públicos. Manuel visitó a los cónsules latinoamericanos; en el Louvre, bajo mamarrachos de colores, una cocota sentimental abandonó una mano suya — áspera y reseca — en las dos de él, cadavéricas; en el Moulin Rouge, él pecó de veras; en el puente de Alejandro III, una estrella limeña le sonreía en el borde del ala de su sombrero. Y un día — él no supo cómo — se despertó en Lima, en su frazada azulcelestes, las alazas bobas bajo su ángel guardián. Ahora en Lima con su olor de sol y guano y sus placeres solitarios. Manuel no supo qué hacer — volver a París, salir a la calle, no hacer nada... Y se quedó profundamente dormido otra vez.

El acantilado hendía su escarpe en ficus, en tierra mojada, en acequias, en musgo, en plantas trepadoras, en quioscos japoneses, de arriba abajo, desde la Parroquia hasta la playa. De pronto se torcía la siniestra, rampante ruta. Y por un tobogán techado — por un lado, luz; por el otro, una gruta de artificio y una madona invisible, y un milagro de velas que alumbraban bajo goteras — se caía en la plataforma. Una vieja ternura tocaba el piano cosas de Duncker Lavalle, y un violín escondía la voz tras una italiana obesa, desconocida y millonaria. Un viejo, abajo, en el mar, asperjaba a los curiosos de su calva con el agua que le fluía, por las manos, de los redondos brazos huecos; y el viejo era una bomba aspiración y dos manos de párroco perdonadoras y joviales. Aquí uno quiere poner letreros suyos sobre las indiferen-

tes puertas apersianadas: “Es prohibido pecar en los pasadizos”, “Se suplica a los bañistas no hablar en inglés”, “No se permite destruir el local completamente”, “Etcétera”. Aquí lo que posee a uno cierta cultura frenética, infantilista, experimentada y aburrida, crítica y diletante. Paul Morand en un yate de vela, con su amante sin raza y sin orejas, camino de Siam, como en las notas sociales. Cendrars, que viene al Perú a predicar entusiasmo de explorador bávaro y espontáneo; (turistas linchados, plantaciones de trigo y el hombre que estrangula a su destino). Radiguet, paseando en puntillas a su querida, súbitamente afeada de un marido heroico. Istrati, en un tufo de queso de Holanda, bodega de buque y miseria eurásica. Todos iguales a los demás, todos indistinguibles, inafiliables — secretarios de legación herederos de fábricas de tejidos, externas de colegios de monjas europeas, universitarios aplazados, beatas que han venido en busca de salud, de santo escándalo, de experimental espiritual... — Baedeker excesivo, guía de no sé cuál Pentápolis vanguardista, nacionalismo inconfesable, tremenda corazonada... Un charlestón borracho sacude a una jamona como un costal lleno de tacos de madera. Un policía se frota las manos ungidas y tunantes. El funicular rubrica modernamente el oficio prerrepúblicano del acantilado. Lima, Lima, al fin... Y todo no es sino tu locura y un establecimiento peruano de baños de mar. Y un criollo y prematuro deseo de que Europa nos haga hombres, hombres de mujeres, hombres terribles y portugueses, hombres Adolphe Menjou, con bigotito postizo y ayuda de cámara, con una sonrisa internacional y una docena de ademanes londinenses, con un peligro determinado y mil vicios inadvertibles, con dos Rolls Royces y una enfermedad alemana del hígado. Nada más. Bad

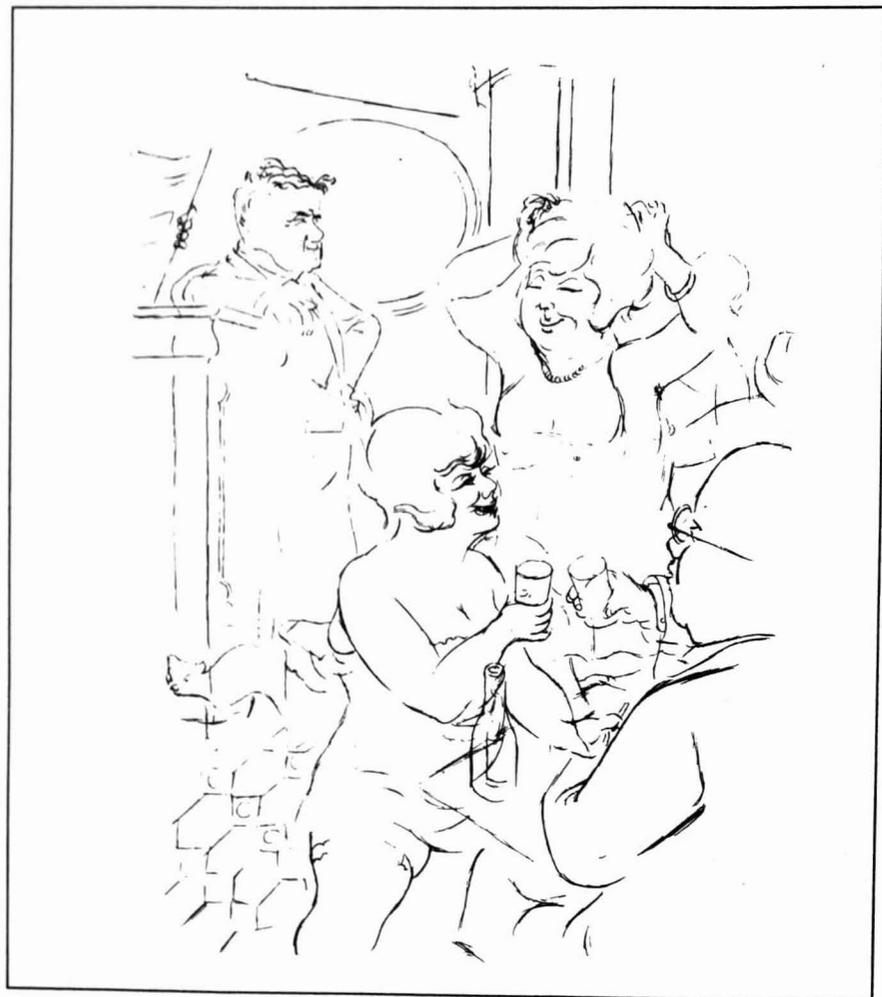
Nauheim, Cauterets, el París estival... Nada de eso. Ella tenía una blusita parroquial y un dedito índice muy cortés. Maestra fiscal. Veintiocho años. Salud cabal. Resignación cristiana a la soltería. La carita, muy blanca. La naricita, muy frágil. Y unos lenticitos que ataba a la oreja derecha una levisima cadenita de oro. Y, sobre todo, jabón de Reuter —olor blanco y pedagógico—. La piel de ella en la nariz era más fina y sensible que en cualquier otra parte de su cuerpo, aunque esto nadie pudo llegar a comprobarlo. Pero, ¡bah!... también todo el mundo sabía que ella no se casaría nunca, y esto nadie podía comprobarlo de antemano, y, sin embargo, ello era verdad. ¡La verdad...! — un entusiasmo de fraile misionero, un tema de cornudo frenético, lo malo de un libro bueno, lo que sea, pero no la piel de una pedagoga de veintiocho años, ¿verdad? La nariz de ella la llenaban los lentes de dificultades: ellos eran un falderillo que labraba reflejos. También las costumbres modernas y las noticias de "La Prensa" fruncían su nariz, pero menos, menos... A las siete de la mañana, florecía la cara de ella —insólita, inesperable flor— una mata de begonias de una maceta verde en su ventana, en el alféizar de su ventana, en su casa, en su ca-



sa, en su casa. Pin, pin, San Agustín... Después la cara de ella acababa por arriba un cuerpo largo, seguro, firme, de ángel guardián, de virgen prudente, de soltera voluntaria. En un torpe revolotear de sábanas en su alcoba —tonto aleteo inútil de ganso en jaula— se iniciaba la cotidiana vida de la señorita Muller, negación del Fisco, mujer de su casa, doméstica, longa, blanda, íntima y fría como una almohada de cama a las seis posmeridiano. La señorita Muller todo lo hacía bien, con silencio, con indiferencia, con desgano. La taza, en el desayuno, la cogía ella con el dedo pulgar y el índice, como en una cita, y toda la mano se la hacía unas tenazas vitales, duras, inteligentes. Y su dedo índice, más curvo que nunca, tenía entonces virtud, exotismo, sonrisa, tristeza de ex duque ruso camarero en Berlín. A las nueve de la mañana, la señorita Muller con las campanadas del reloj se volvía en un instante maestra fiscal, instrucción elemental, sostén del estado; decía que no, y abolaba las manos. En la tarde, se sometía la señorita Muller a los rumores, a los colores y a los olores, y tejía poesía con los álillos de sus piernas y de sus brazos, marfiles siempre nuevos como en las encias de un elefante. Posibles disparates de solteroncita: ubicuidad, corona y cetro, un prado celeste, ser un pájaro con cabeza de clavel, morir como una santa, ir a París... Dormida, soñaba ella con Napoleón jinete en un caballo verde y con Santa Rosa de Lima. Ella solamente lloraba con pañuelo. Decía: "Bon Dieu", y se reía en escala, sin ganas. No comprendía a Eguen, pero le conocía de vista. Murmuraba: "De ninguna manera"... con los ojos alejadísimos. Y: "Con muchos gusto". Y: "Jesús, Jesús...". Ponia un dedo medio y perpendicular sobre la página del libro que leía. Etcétera. La señorita Muller soñó con él una noche, a los tres días de haberle conocido. Antecedía a Ramón en el turno, un coronel que ganaba una Guerra del Pacífico —un sueño patriótico, de texto escolar nacionalista—. Al fin penetró Ramón en la subconciencia de la señorita Muller; y una noche mi amigo predilecto se metió a fraile; él venía de Palestina, a lomos de mister Kakison; Lima se hizo un ovillo de torres; campanadas caían como piedras en un laberinto de terrones; un ángel italiano cantó en latín; una trompeta de "boy-scout" llamó sólo a los hombres de buena voluntad; el Jordán escapaba riendo al cielo por el mediojo del puente bonachón del virrey Superunda; Ramón, en hábito de mercedario y con la luna de Barranco en las manos, apaciguaba los elementos u sosía horriblemente. La señorita Muller se enamoró de Ramón. Ramón no se enamoró de la señorita Muller. La señorita Muller tenía veintiocho años; Ramón, dieciocho, pero a pesar de todo, Ramón no se enamoró de la señorita Muller. Desde un millón de puntos de vista, en un tango largo como un rollo de película, filmaba una vitrola a cámara lenta el balneario —amarillo y desolado como un caserío mejicano en un fotofolletín ganadesco de Tom Mix—. Y, detrás de todo, el mar inútil y absurdo como un quiosco en la mañana que sigue a la tarde de gimkana. Y un triángulo de palomas vul-

gares se llevaba los palotes de la señorita Muller en el pico, románticamente.

Un alemán zapatonudo que olía a cuero y jabón sanitario alquiló un cuarto lleno de telarañas en casa de Ramón. Había otro, recién empapelado y también en alquiler, pero el telarño tenía una gran ventana que daba a un jardín ajeno, lleno de saucos, con un Eros de yeso y una lora terrible sobre la cabeza de éste. Una golondrina que cazaba pulgas en el entarimado cuando Herr Oswald Teller examinaba por primera vez atentísimamente, la habitación con la lupa redonda de su frente, le decidió a alquilarla sin demora, temeroso de que un tal Herr Zemmer o un tal Herr Dabermann llegara a saber que se alquilaba un cuarto con golondrinas y jardín, con Amor de yeso y con aires de mar. A la mañana que siguió a esa tarde, los ojos desengafados y legañosos de Ramón vieron bajar de una carreta el retrato de Bismarck, el violín, las polainas, el Rucksack, los siete idiomas, el microscopio, el crucifijo y el jarro cervecero de Herr Oswald Teller, quien mudaba de residencia "mit Kind un Kegel", con todo lo suyo. Al fin descendió de la carreta Herr Oswald Teller en persona, gordo y mojado como la mañana. Venía él al la-



do, y las piernas diminutas se le enredaban en las cerdas de la cola de la mula que halaba la torpe carreta de plancha. La Martinita, mula inmensa, vieja y mañosa como una tía política... Y Herr Oswald Teller hablaba al carretero de las mañanas de Hannover, de la luna llena, de la industrialización de América, de la batalla del Marne... y las erres le salían del estómago y las miradas le fluían del cerebro, y los recuerdos le patinaban en la nieve azulina. Y Herr Oswald Teller paró en seco su hablar cuando la Martinita paró en seco su halar. El negro Joaquín mascaba su jeta, negra e imaginaba el mar, remoto y perpendicular, en el mar de la niebla, por entre las orejas de su mula, con una hosquedad y un hermetismo de idolo javanés. La niebla del mar olía a mariscos, y el mar estaba suspenso en la niebla. Se desató sobre la vereda una lluvia, oscura, densa, parva, breve, de periódicos ilustrados alemanes, "Fliegen de Bläter", "Garten und Laube" — revistas de carátulas en que había desnudos horribles, cósmicos, bravos júbilos de una pintura arquitectual, wagnerizante... Después, todo estuvo en el cuarto de Herr Oswald Teller. Herr Oswald Teller acomodaba todo. El pregón de una lechera cayó, inesperado, en medio del cuarto y, al cabo de un minuto, las seis campanadas de las seis de la mañana. Las seis campadanas de las seis de la mañana se las metió Herr Oswald Teller en un bolsillo de la cazadora, y el pregón de una lechera lo prendió en el peine con que se peinaba la calva. (—Un día, Herr Oswald Teller dijo a Ramón que, al pinarse, él se sentía feliz, olía establos, se creía en Hannover; y el pregón de la lechera todavía era en el pine un reflejo de luz campesina, celeste y quieta—). En las tardes, en las largas prenoches del invierno de Lima, Herr Oswald Teller, desde su cuarto mohoso, anegaba la casa de música y genialidad. de Mozart, liquidado, descendía las escaleras y se empozaba en las oquedades como una llovizna que hubiera traspado los techos. Ramón rabiaba. Retrata clasica... Brrr... Música vieja, intransigente, que se impone a la admiración de los veinte años, a fuerza de advertencias, de horribles advertencias de abuela llena de sensatez... Y Ramón se alargaba en su butaquita, y se endurecía, y escuchaba acababa mareándose, con una flautamágica en los tímpano.

Lulú vestía batita fresca y dura como una hoja de col. Su rostro, de muñeca de solterona, tenía los colores demasiado vivos. Había sin duda que dejarla envejecer, descolorarse. Daba ganas de colgarla al sol, de la trenza. Lulú era el terror de las beatas parroquiales — regaba tachuelas en las bancas del templo; llovía el agua bendita sobre las fieles; enamoraba al sacristán, desconcertaba el coro; pisaba a todos los callos, apagaba todas las velas... Y era buena: una almita pura que sólo quería alegrar a Dios con sus travesuras. Lulú era una santa a su manera. Y en medio de aquel rebaño apretado y terco de santas a la manera eclesiástica, la santidad salvaje y humana de Lulú descollaba como una zarza sobre un sembrío de coliflores... □

J. E. EIELSON

CUARTETO FINAL

I

no enciendas la televisión
no vayas al cine no cierres
los ojos no circundes la noche
de mil puertas y ventanas de madera
el caño roto es una espada inútil
pero la gota de agua es sagrada
y el desfile de hormigas
la basura
y la leche derramada favorecen
la aparición del amor
en cada esquina

II

entre un zapato y un guante
hay latidos puertas y paredes
de cemento hay un cisne
ensangrentado hay ventanas
que no se abre
que no se abren
hay saludos y botones extraviados
hay sollozos
y deseos incesantes
de cigarrillos y de estrellas
pero sobre todo hay corbatas
hay corbatas
hay corbatas

III

abro la puerta para verte llegar
pero tú eres mi cuerpo
y nadie puede cambiar
mi cuerpo por tu cuerpo
ni cerrar una ventana
ni abrir una puerta
con la mano izquierda
mientras la derecha
permanece en la sombra
agitando un pañuelo
de lino o algodón
cuando todavía no has llegado

IV

la puerta está cerrada
la puerta está abierta
la puerta está cerrada para siempre
la puerta está abierta para siempre

la puerta no está cerrada
la puerta no está abierta
la puerta no está cerrada ni abierta

la puerta nunca está cerrada
la puerta nunca está abierta
la puerta nunca está cerrada ni abierta

JOHN REED:

AÚN NO ESTOY DEL TODO HARTO DE MIRAR

POR GUSTAVO GARCÍA

Con una frecuencia que no deja de llamar la atención, el ensayo norteamericano se ha dedicado a producir, en los últimos años, un conjunto de excelentes biografías de héroes casi míticos para la bohemia (como *Sylvia Plath, method and madness* de Edward Butscher), y *Tina Modotti, una vida frágil* de Mildred Constantine, ídolos enigmáticos de la cultura de masas (*Montgomery Clift* de Patricia Bosworth) y figuras subversivas sepultadas por las instituciones (*Frances Farmer Shadowland* de William Arnold). Curiosamente, John Reed se inscribe en estas tres categorías, establecidas de modo casual. Su minuciosa biografía, escrita por Robert A. Rosenstone, construye, efectivamente, la imagen de uno de los grandes bohemios de la época de mayor brío de Greenwich Village, un líder de opinión que, desde el estrado del conferenciante, el periodismo o la literatura, alentaba las causas más revolucionarias, e hizo del periodismo — y de su propia notoriedad — un vehículo de subversión y solidaridad antiburguesa, lo que le trajo el aprecio al mismo tiempo que la persecución.

La división del libro en capítulos que correspondan a los lugares en donde estuvo Reed, es de una gran eficacia; si una idea es clara a lo largo del texto es la de la vida como un transcurso continuo de experiencias que conducen al conocimiento y la madurez. De una manera general, se podría caracterizar a Reed como miembro de esa generación combativa que sucedió a los naturalistas como Frank Norris y Stephen Crane y precedió a la Generación Perdida; corresponde al extendido grupo de idealistas partícipes del auge del marxismo norteamericano, de las grandes huelgas, la primera guerra mundial, la difusión del amor libre, una revolución nacionalista en México y una socialista en Rusia; serían las primeras víctimas del naciente fascismo. Eran gentes convencidas "de que la visión artística y el intelecto podían, unidos, dar forma a la comunidad, pero su optimismo cayó entre la guerra y la revolución y la embestida de fuerzas irracionales que desde entonces recorren el mundo" (p. 432).

I

John Reed nació en 1887 en Portland, Oregon, en una prestigiada familia de la burguesía local que no tardaría en venir a menos; su padre, Charles Jerome Reed, mantendría siempre el ideal del "sueño americano", que lo llevaría a aceptar puestos gubernamentales para combatir la corrupción de sus propios amigos, los magnates y políticos de Oregon. Su hijo lo recordaría como "...un gran luchador, uno de los primeros de la pequeña partida de insurgentes políticos" (p. 42).

En la vida de John Reed no habría ningún tipo de determinismo, aunque él deseara lo contrario; si bien "...en los primeros días John estuvo bajo el cuidado y la vigilancia de nodrizas que lo mantenían limpio, pulcro y ajeno a toda diablura" (p.

26), con el paso de los años buscaría la soledad, aún en el deporte, el alimento y desahogo de la imaginación, al mismo tiempo que un afán de notoriedad y prestigio social. Todo ello lo alcanzaría tras su ingreso, en 1906, a la Universidad de Harvard. Hacia 1908, ya colaboraba en dos revistas (*Lampoon* y *Monthly*) y en dos escuadrillas atléticas. En esa época se acentúa en la universidad el interés por las nuevas corrientes político-económicas, los alumnos exigen cátedras sobre socialismo y los miembros del Club Cosmos (becarios de distintas partes del país y el mundo) discuten sobre las difíciles condiciones de vida de sus lugares de origen.

Sus años en Harvard serán decisivos en la búsqueda de independencia y su iniciación en el periodismo, publicando poemas, cuentos y ensayos; tenía "...la esperanza de que el periodismo fuera sólo un primer paso en el camino hacia una vida creadora como poeta, dramaturgo y novelista" (p. 66). Después de un viaje a Europa (cruzó el Atlántico en un buque lleno de ganado, donde hizo guardias nocturnas para cuidar a los animales), se estableció, en 1911, en Greenwich Village. Será ahí donde asuma sus primeros compromisos y su sentido de la aventura se oriente a fines estéticos y políticos claros, con la ayuda de intelectuales como Lincoln Steffens y Max Eastman; será el primero quien lo introduzca en varias publicaciones, especialmente *The Masses*, y quien le enseñará "...que el reportaje podía ser un arte, algo que desnudara la verdad con gracia, ingenio y estilo" (p. 109).

Desde entonces, vocación intrépida y movimientos sociales coincidirían para enfrentar a Reed con una realidad política distinta, brutal; al ir a reportear una huelga textil promovida por la aguerrida agrupación de Trabajadores Industriales del Mundo (IWW) en Paterson, es arrestado y encarcelado, conociendo directamente el abuso de autoridad, la represión, la inhumana existencia de la prisión. Indignado, organizaría inmediatamente una versión teatral de la huelga, en el Madison Square Garden, con dos mil obreros en escena representándose a sí mismos.

En 1913 es enviado al norte de México a seguir de cerca la revolución. A partir de ahí empieza a desarrollar un periodismo de nueva especie, personal, entrañable y libre, muy cercano al ideal de Steffens; "Alterados los detalles y el diálogo en beneficio de la estructura dramática, resulta una crónica de acontecimientos que trasciende el mundo del reportaje... Lo personal se fundía con el suceso histórico porque la escritura reflejaba una búsqueda de sentido y autodefinition" (p. 172-173). En tierra extraña, con gente distinta y, a veces, hostil, Reed procura romper su individualidad, incorporarse al ambiente, participar en un lucha con la que simpatizaba y dejar atrás la pasividad del reportero convencional; en sus crónicas contó, entonces, "...no sólo una historia de México en ar-



mas, sino también la de un radical norteamericano que reacciona ante la revolución” (p. 192).

México insurgente fue el primer gran libro sobre la revolución mexicana y el que confirmaría la excelencia y fama de Reed, quien fue enviado inmediatamente al frente oriental de la recién declarada guerra mundial. De la experiencia no surgió ningún texto memorable, pero llevó al corresponsal a una serie de arrestos, equívocos, hambres y el horror de una pelea irracional que producía montes de cadáveres en donde los pies se hundían en carne putrefacta y agusanada. En un intento desesperado por forzar su actuación en esa situación indescifrable, Reed tomó un rifle y disparó dos veces contra las trincheras alemanas.

Al volver a Estados Unidos, encontró un país diferente; orillado a la guerra por los grandes magnates, el Estado había hecho del patriotismo un axioma inviolable, usado para legitimar todos los abusos, todos los llamados a la intolerancia y el chovinismo, toda persecución contra pacifistas o críticos. La propia izquierda estaba dividida entre el rechazo a la guerra o su aceptación, y la bohemia, antes subversiva defensora de los prestigios de Allan Poe y Norris, había degenerado, en Greenwich Village, en un negocio casi surrealista; por veinticinco centavos, “...los visitantes podían observar a hombres barbados y mujeres de sayo leer poesía en voz alta, rasguear guitarras, embadurnar lienzos... bebiendo y discutiendo de arte, sexo o cualquier otra cosa que escandalizara o cosqui-

lleara a los espectadores” (p.294).

Deprimido por el panorama político, presionado por la falta de dinero, de espacios para publicar y por las exigencias de una madre viuda, volverá a encontrar motivos de estímulo y entusiasmo en la revolución rusa. Ya desde una breve estancia en Rusia durante la primera guerra, se había sentido impresionado por lo desmedido de la naturaleza en ese país, por el vigor de sus habitantes, lo grandioso de sus ciudades y sus campos. No es extraño, entonces, que escribiera: “La revolución francesa, en sus causas y su arquitectura, siempre me ha parecido esencialmente un asunto humano, criatura del intelecto...; la revolución rusa, en cambio, es como una fuerza de la naturaleza” (p. 313).

Así como en México siguió a Pancho Villa, en Rusia acompañó a Lenin y Trosky, a los soldados, oficiales y burócratas en sus esfuerzos por reorganizar al país y defenderse de la contrarrevolución. Trabajó en el Buró de Propaganda, la Misión de la Cruz Roja Americana y, por unas horas, fue cónsul de la República Rusa en Nueva York. De sus experiencias, los cientos de notas y documentos recopilados, saldría un trabajo periodístico superior a sus artículos sobre México, *Diez días que conmovieron al mundo*; “(Reed) había demostrado en México que el reportaje podía ascender a la categoría de un arte... Comparado con su obra anterior el libro sobre Rusia es un gran paso adelante. Pese a sus brillantes viñetas y descripciones, *México insurgente* es una dispersa serie de episodios unificados por el

tema del joven que se descubre a sí mismo... *Diez días que conmovieron al mundo* es muy diferente... (el narrador) se halla en último término; no es más que una cámara registrando una historia que empujece la de cualquier individuo o grupo humano" (p. 376).

Mientras tanto, en Estados Unidos, era clausurada *The Masses* y sus editores, incluyendo a Reed, eran sometidos a proceso por "conspiración". Reed se presentó y fue absuelto, junto con sus amigos, pero la fobia anticomunista estaba en su punto más alto y la celebridad de Reed ya no era una ventaja sino un riesgo. Aprovechando la necesidad de inscribir al Partido Comunista Laboral norteamericano en la Internacional Comunista, volvió, seriamente enfermo y agotado, a la Unión Soviética, en 1919. Entonces advirtió los primeros síntomas de autoritarismo y de la administración de la "razón de Estado" por encima de cualquier otro interés, centralizado en el Comintern. Honrado como representante norteamericano en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, tuvo un gesto final de vitalidad participativa al cargar en hombros al adusto Lenin, que no comprendió la broma, en la clausura de la reunión. Al año siguiente, tras serle negado el retorno a Estados Unidos, murió en Moscú. En 1917 había hecho un balance de su vida que anunciaba sus próximos desengaños: "He viajado por toda Europa, y a las fronteras de Oriente, y a México, empeñado en aventuras... He mirado a la civilización cambiar y ensancharse y endulzarse a lo largo de mi vida, y he tratado de ayudar; y la he visto marchitarse y desmoronarse en el rojo estallido de la guerra... Aún no estoy del todo harto de mirar, pero llegaré a estarlo, eso lo sé. Mi vida futura no será lo que ha sido. Y por ello quiero detenerme un minuto, y ver hacia atrás, y orientarme" (p. 290).

II

John Reed o el oficio como búsqueda de impactos vitales. Su afán de aventura corresponde al auge del capitalismo yanqui, la idea del mundo como su provincia y el norteamericano como "ciudadano del mundo"; coincide con el prestigio de un quehacer literario periodístico rápidamente captado, producido y transmitido (es la época de la novela naturalista crítica, del reportaje enviado instantáneamente por cable y de la interrelación entre los dos campos de escritura).

Reed pertenece a una generación intermedia que preludia claramente a Hemingway ("Para Reed, ser hombre se relacionaba con beber, maldecir, pelear, soportar las penalidades y asumir cierta postura que, basada en los principios, arriesgara la destrucción", p. 173). Del mismo modo, la lectura de sus cuentos, relatos paródicos o documentales de la burguesía y el proletariado estadounidenses, remiten inmediatamente a Scott Fitzgerald y a Dos

Passos; sus libros de crónicas serán la base de las mejores obras de Steinbeck.

Finalmente, queda Reed y el periodismo moderno, Reed como posible padre del Nuevo periodismo; si para Carlos Monsiváis es "la primera figura relevante (del Nuevo periodismo)... (y) en Reed el reportaje alcanza la intensidad y la precisión narrativa de la gran literatura que es, a la vez, un hecho político"¹, para el "nuevo periodista" Tom Wolfe, es apenas un "candidato no del todo malo... algunos fragmentos (de *Diez días...*) en todo caso, en especial la escena donde los proletarios desafían la autoridad del oficial del navío..."²

Si caracterizamos al Nuevo periodismo como una forma especial de ejercer el oficio, con una obligación nueva por documentarse previamente y borrar los límites entre literatura, ensayo y reportaje, como un ejercicio estético al mismo tiempo que funcional, nadie puede negar todo ello en la labor de John Reed; cotéjense las trayectorias seguidas por él en sus libros para relacionarse con el lugar y sus gentes y extraer información, con la siguiente declaración de principios y métodos de otro de los grandes cultivadores del Nuevo periodismo, Gay Talese: "(Es)... tan digno de confianza como el reportaje más directo aunque busque una verdad más amplia que la que se logra a través de la sencilla compilación de los hechos verificables, del uso de las citas directas y de la adhesión al rígido estilo organizado de la forma más antigua... Trato de seguir a mis personajes sin entrometerme mientras los observo en situaciones reveladoras, anotando sus reacciones y las de los demás ante ellos"³

El cuidado con que Rosenstone consigna en su libro todos los detalles posibles sobre John Reed, sin importar cuán íntimos o triviales puedan parecer, rescata, confirma y proyecta con nueva fuerza a un individuo y a una época complejos y básicos para la cultura contemporánea. Su nueva difusión y la resistemización de la gran cantidad de datos dispersos y mitificados, obligan a una relectura de la Historia que es un ajuste de cuentas con la ideología. Ese es uno de los compromisos de cualquier biografía actual. □

Notas

¹ Carlos Monsiváis, *El estilo es la noticia, notas sobre el Nuevo periodismo norteamericano*, "Textos"; año 2, No. 7-8, 1975, México.

² Tom Wolfe, *El nuevo periodismo*, Barcelona, 1977, Anagrama, p. 69.

³ Gay Talese, *Fama y oscuridad*, Barcelona, 1975, Grijalbo, p. 7.

Robert A. Rosenstone: *John Reed, un revolucionario romántico*, traducción de Juan Tovar, Ed. ERA, Serie Claves, México, 1979.

DISPARATARIO

POR
CARLOS ILLESCAS

LAS VENGANZAS FEMENINAS Y SUS VASTAS APLICACIONES (*)

Le rigió la linda cena
de alacranes y culebras.
Le rigió la linda cama
de cuchillos y espadas.
La Gallarda (?)
(Andrinópolis)

Señoras y señores, convidados. Compañeros amigos de lo bello:

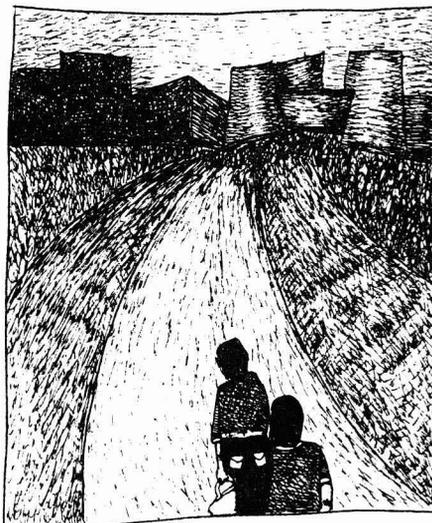
Nos esperan otras sesiones más cuyo destino es ilustrar en lo posible las proporciones desmesuradas que suelen alcanzar las venganzas femeninas, sobre todo si estas venganzas provienen de mujeres que nunca dejaron de dar muestras de dulzura, y a largos trechos de verde inmadurez, si ustedes me permiten tan audaz exceso verbal.

Así las cosas, hemos de asomarnos nuevamente al corazón insondable de Florinda, o La Cava, por cuya culpa hemos de entender que la España goda se derrumbó; hemos de atisbar, corra por caso, el alma de la hermosísima Doña María de Padilla, a quien los romances sin dejar de atribuirle los más altos títulos de belleza, le reconocen también, ¡y en qué forma!, los más bajos timbres de crueldad. Según hemos de profesarlo, llegado su momento, el odio que cultivó por el mísero Don Fadrique (de quien tanto hemos hablado desde esta ilustre tribuna), la llevó a pedir —nueva Herodías— la cabeza del doncel al a ratos justiciero, al a ratos crudelísimo, Don Pedro I de Castilla. Y claro nos está que la parte dilatada de crueldad que posee la Padilla le viene en línea recta de lo que el romancero de Don Pedro posee de confesional sin duda

improbable, en otros términos más nuestros, de *chisme*; porque en lo que le llega en línea orbital del popularísimo cronicón de Don Pedro López de Ayala, el minucioso historiador de esas épocas, no hay tal ferocidad, más bien hay piedad, buen juicio y ternura, como ella misma lo muestra en profunda y transida mirada al enfrentar sus ojos con los de Don Fadrique instantes previos de que el bestial Juan Diente, macero real, le diera la desastrada muerte que le dio.

Y hemos dicho que nos esperan otras sesiones sobre estos temas achacosos porque hoy, a título de tregua en el larguísimo sitio que le hemos trabado a la sanguinosa Doña Lambra, verdugo de los siete Infantes, los de la flor de Lara, deseamos deponer frente a tantas distinguidas personas como hay aquí reunidas —casi todas del bello sexo—, cuáles son las razones que nos asisten al imponernos la tarea de hablar de venganzas femeninas y no masculinas, asimismo decir en qué medida somos a todas luces inocentes de cualquier ánimo inquisitivo que a muchos pudiera parecer en nosotros, a la larga y a la corta, como un vestigio vivo del misoginismo, actitud defectuosa del ánimo que nosotros no exaltamos sino más bien reputamos como un feo vicio, nada recomendable. Sus efectos están a la vista de todos: impide el paso de la simpatía que nosotros profesamos profundamente hacia la mujer que tan hermosamente cantara Severo Catalina.

Ya en materia, decimos que las venganzas femeninas aun cuando sean ejecutadas por la menos inteligente de las mujeres, que también las hay, expresan siempre imaginación, buen gusto, resentimiento a la altura



DIBUJOS DE
ROSSANA DURAN

del patetismo, y en todo momento una estrecha mancomunidad con puntos y reconcomios donde todo es sutileza erótica. Si hemos de averiguarlo luego y bien, una mujer cuando toma venganza no lo hace en realidad contra persona alguna, sino contra sí misma, ello a fin de satisfacer su propinquidad natural hacia un masoquismo mitológico que la une a Medea, la más terrible pero también la más hermosa de las mujeres.

La pasión de la venganza en la mujer no consiste en solamente devolver ofensa por ofensa; no, qué va. La mayoría de las veces la mujer extrema una dilatada suerte de manierismo psicológico que se fundamenta en retribuir más bien halago por ofensa, ofensa por rendimiento, rendimiento por indiferencia, así hasta lo infinito, el lugar donde suele estar la muerte, que es el extremo al cual recurre la mujer vengativa como último tributo rendido a sus víctimas. Pero no se crea que ella se atiene a la gratuidad, no; sobre todo espera ofensas reales o secretas o verdaderas o simuladas o... lo que se impone es que haya agravio visible o invisible que vengar. Entonces sí funciona el mecanismo de finísima relojería china que es el corazón de la mujer, *verbi gratia* el de Doña Lombarda que muere feliz al ser descubierta en el momento mismo en el cual ella trata de hacer beber secreto veneno a su marido, el de Doña Urraca, aquella de Zamora la inexpugnable, ingeniosa y decidida reina cuando promete a su pobre padre moribundo dar su "lindo cuerpo" de balde a los cristianos y por paga a los sarracenos, según el caso, si no se la hereda como a sus hermanos, el plebeyo de Moriana que envenena al desdichado don Alonso después de hacerlo dormir en rico escano, donación de su padre.

Se impone la ofensa, la ofensa que sin duda le infirió Simón Bolívar a doña Manuelita Sáenz, a fin de que ella por esta vía tomara venganza de la sociedad quiteña haciéndose su amante y por lo tanto un mucho musa de la Independencia de los países andinos por donde anduvo la Espada del triunfador de Ayacucho.

Un hombre, en cambio, no sabe cómo vengarse. Es ser torpe, vasto en movimientos del alma. Conoce bien la cota de mallas, sí, pero no las vaguedades, pero nunca la fortaleza, vaya por caso, de la tela de araña. Más cercano a la zoología deliberada, el hombre imita al león satisfecho y no a la pantera hambrienta, y en caso de no ser así emula entonces al tiburón o al gorila, hoy tan a la moda, que sólo sabe dejar huella de su ciega instintividad.

Cómo andarán las cosas. El hombre hasta para cultivar la excitante planta del adulterio es estúpido. (Ver el romance de *Rico Franco*). Su vanidad le impide guardar el secreto de lo que debería quedar en calidad de cadáver sobre el campo de plumas que, según el Señor de Góngora, es donde se libran las más ardorosas batallas. No, el hombre debe mostrar todos los trofeos posibles de lo que reputa victoria o victorias, muchas veces —siempre— en detrimento de la rendida, que para el caso es la dama que jugó sus piezas de ternura en un ajedrez en el cual el hombre ensayó las suyas sólo movido por la presunción sin remedio.

No hay comparación entre las venganzas femeninas y las masculinas. Está visto. La mujer sabe dilatar una herida hasta las fronteras donde conviene el arte de la crueldad en ser monumento a la inteligencia; el hombre da tajos, amputa, deja muñones aquí y allá, destripa, relincha y a continuación patear las porcelanas en el paláción de cristal de su torpe venganza, destruyendo de pasada todo cuanto exista allí. La mujer, véamolos. En seguida de dilatar la herida, sabrá siempre retañar la efusión sangrienta con amantes labios; todo, momentos antes de producir la siguiente inci-

sión que fronteriza la vida con la muerte, pero eso sí sin ir más allá del punto deseado por su angélica crueldad. Y bien, entonces puede ocurrir que irrumpa en exclamaciones terribles como las de Doña Lambra contra Gonzalillo Bustos, quien estuvo a un paso de romperle los vestidos por "vergonzoso lugar" y ya ocurrido esto de pasada cebar sus halcones dentro de sus palomas, como ella eligió en decírselo en patéticos apóstrofes a Ruy Velázquez el estúpido consumidor de una venganza nada ejemplar al final de cuentas, allá por el valle de La Arabiana.

La mujer es, pues, en todo caso, mil veces más apta para vengar las ofensas que el hombre.

Insistimos. Este es revanchista. Confróntese la historia y lleguemos por ejemplo a Breno, a Roger de Flor, al general Belisario, a Gengis Kan cuyas reencarnaciones son tantas y cercanas, y otras magníficas pero detestables bestias que sin lugar a dudas son bases estructurales del machismo.

Por las razones expuestas hemos elegidos las venganzas femeninas y no las masculinas; sobre Otelo hemos preferido a Rosamunda; sobre el tétrico Luis XII de Francia hemos elegido a Jimena Gómez, quien consu-

ma con vasta imaginación su venganza sobre el Cid, matador de su padre, casándose con él.

Por otra parte, siempre y en todo caso será despreciable el hombre que conscientemente ejerza venganza contra fémina, toda vez que en el hecho usurpa armas que no le corresponden. Y bien, esto es dicho solamente al hombre que esté cierto de su virilidad.

El marido de la bella Beatriz, dramático personaje de las endechas de *Los Comendadores* (cuya lectura hemos esmerado en esta ilustre tribuna), nunca nos merecerá ser citado aquí de nuevo ni en otra parte en donde la mujer es respetada y en donde sí puede ejercer su legítimo derecho a la venganza. A la vista están los mejores frutos obtenidos de la venganza encaminada con talento: todos fenómenos que enriquecen la demografía de los países.

Después de las palabras precedentes, les avisamos que en nuestras próximas sesiones vamos a dedicar estas ocupaciones a ver qué hay de Doña Lambra y los siete de Lara en muchos autores, no a fuerza anónimos. Algunos poco accesibles a las averiguaciones y manejo del responsable de estos recreos.

Terminamos, como siempre, con la lectura de un romance. En esta ocasión se trata del titulado *La condesa traidora*, de los judíos españoles de Marruecos (Orán y Tetuán).

Vanse el conde y la condesa, —juntos van por un camino;
la condesa se iba en mula, —y el buen conde en su rosino.
Ayá los tomó la noche, —debajo de un verde pino;
la condesa tendió el manto, —y el buen conde su mantío.
El conde, como era viejo, —el sueño le había vencido;
la condesa, como es joven, —gran traición ha cometido:
—“¿Quién quiere matar al conde?
—Aquí le traigo dormido;
le daría yo sus armas, —sus armas y su rosino,
y ensima de todo esto —este mi cuerpo garrido.”
Oído lo ha su sobrino —que está debajo del pino:
—“Tú mal hayas, la condesa, —y quen amor puso contigo;
por un pique de nonada —quieres perder tu marido.
¿No te acordará de nada, —cuando él estaba chiquito?
Vestías de seda y grana, —condesa en todo el mundo.”

* Conferencia leída en el Ateneo Amigos de lo Bello. Año Internacional de la mujer.



Crítica al sesgo

POR
JOSÉ MIGUEL OVIEDO

Nadie conoce en el extranjero la breve obra narrativa de Gregorio Martínez, pero dentro del Perú ha ganado cierto reconocimiento y difusión. Nació en 1942, en una desértica provincia de la costa sur, pequeño mundo que constituye la materia básica de sus libros; ha publicado dos: *Tierra de caléndula* (Lima: Milla Batres, 1975), una colección de cuentos, y *Canto de sirenas* (Lima: Mosca Azul, 1977), por el cual recibió el premio nacional de novela "José María Arguedas" 1976. La virtud esencial de Martínez —un hombre sencillo y humilde, al margen de la vida intelectual limeña— es la expresión de lo popular, de ese estado de gracia que convierte a los pobres pueblos costeros en ámbitos mágicos, poblados por creencias candombrísticas, fantasmas familiares y rumores antiguos. Hay nostalgia en sus evocaciones de una específica realidad provinciana que evidentemente conoce a fondo y con la cual lo ligan afectos entrañables, pero su actitud predominante es la del humor (un humor liviano, de conseja o facecia popular) y del desenfado vital, que se ceba sobre todo en los hábitos sexuales y morales de la aldea. Esas cualidades, que destacaban en sus relatos del primer libro, se han hecho más notorios en el segundo. Martínez no quiere que se lo lea como una novela; en uno de los epígrafes de la obra, que además explica su título, señala el predominio de lo lírico sobre lo narrativo: "Esto, no es una historia, es un canto; en octubre, mes de los zorros, cantan las sirenas".

El autor tiene en parte razón, aunque no por los motivos que él cree. Por un lado, el lector sólo puede encarar esta obra como un relato porque su núcleo es narrativo: la

anécdota, o mejor, el conjunto indefinido y casual de pequeñas anécdotas y fábulas que configuran el texto por mera agregación. Su generador y protagonista único es un patriarca negro de 82 años, Candelario Navarro, un personaje que emana de uno real (o de varios reales), cuyas aventuras, dichos y andanzas recoge el autor con la devoción de quien reconoce en él a una autoridad en el arte de vivir, un modelo de conducta natural en el marco de una cultura de la pobreza. Dentro del cuerpo narrativo no hay nada que sea superior a la presencia de Candelario y éste no es más que una voz que se confiesa y habla con una sensualidad marcadamente salaz y jactanciosa, de gran macho en un serrallo de innumerables mujeres-víctimas. Martínez ha procedido, en largos trechos, más como un antropólogo que como un novelista: se ha dejado ganar por el magnetismo del personaje al punto que es éste, y no él, quien parece contarnos el relato. El mimetismo creador/creatura es perfecto, pues la distancia entre uno y otro tiende a ser nula: Martínez es como un mero intérprete que escribe lo que el otro dice o dijo, y su libro como una transcripción de lo escuchado *in situ*. Lo que Candelario cuenta no deja de ser, hasta cierto nivel, regocijante y cordial: sus hazañas sexuales, sus artes de curandería, cocina y desentramamiento de tumbas prehispánicas, su astuto estilo de sobrevivencia, todo eso está presentado con frescura y naturalidad en mórbidas viñetas. El interés del texto reside en su oralidad y en el regusto con que enhebra sus propias historias ese contador insigne que es Candelario.

Pero, por otro lado, esa facilidad se convierte en una coartada auto-complaciente para no ir más allá. La condición de mera voz adelgaza finalmente al personaje y lo convierte en un fantasma que se diluye en los recovecos de sus fábulas. El autor ha tratado de dar cierta variedad y consistencia a esa emanación popular de su tierra, pero no lo ha conseguido. Hay un paso errático en el libro, un ir y venir de una a otra historia sin que el personaje, como tal, se enriquezca y se afirme en nuestra imaginación: no enfrenta verdaderos conflictos ni evoluciona internamente. El libro tiene seis capítulos más un epílogo; varios de ellos contienen elementos que parecen anunciar la apertura de otras perspectivas, o el desarrollo de acontecimientos que lleven a situaciones nuevas; la expectativa del lector es frustrada página tras página y, hacia el final, lo que era entretenido se vuelve monótono. Peor todavía: la simpatía que irradia el personaje de-



crece cuando uno se da cuenta de que su filosofía vital es apenas un disfraz que encubre un machismo tan primitivo como penoso, y que incurre en el chisme o el mero sensacionalismo. Las menciones a personas vinculadas a la vida cultural o política peruanas (la familia de un expresidente, por ejemplo) no pasan de ser pequeñas expresiones de viejos rencores por un mundo ajeno al suyo. Así, el aliento popular se va desdorando y cayendo en una trivialidad un poco revanchista y resentida. Martínez no quería que *Canto de sirenas* fuese una novela; hay que decir que, en realidad, no supo ser una novela y que su habilidad para la mimesis del habla popular empieza a girar en el vacío mucho antes de que el libro termine.

En la lista de las muchas actividades literarias e intelectuales que Gabriel Zaid cumple tan bien, hay que considerar la de traductor, de lo que brinda una muestra su versión de las *Canciones de Vidyapati* (México: Editorial Latitudes, Col. El pozo y el péndulo, 1978). Se trata de un librito que contiene apenas trece textos del poeta maithili. Aunque célebre, Vidyapati (1352-1448) no es muy conocido en español, quizá por la relativa rareza de su lengua y de la literatura a las que pertenece. Su obra está escrita en sánscrito y en maithili, pero es por esta última porción por la que realmente es recordado como un maestro de la canción amorosa de base religiosa y de uso popular. Zaid compara las canciones de Vidyapati con las de los cancioneros hispánicos, especialmente con las bellísimas "cantigas de amigo", porque en ambas "el sentimiento de la mujer se expresa no sólo sentido desde el hombre, sino por cuenta propia y desde la mujer".

La traducción ha sido encarada desde esa perspectiva: la de acercar

los textos de una tradición ajena a otra que podamos reconocer como nuestra. La fidelidad al original ha sido totalmente descartada, primero porque Zaid ha hecho la traducción a partir de la versión inglesa de D. Bhattacharya (W. C. Archer, ed., *Love Songs of Vidyapati*, London, 1963). "Traducir un poema es recrearlo", dice Zaid, lo que es más válido en este caso en el que, como ocurre con tanta poesía tradicional, "hay muchas recreaciones de por medio, hasta en el original." Así, el traductor ha trabajado los textos tratando de quitarles su exotismo, los arcaísmos de su estructura lírica (el comentario ritual o *bhanita* con que suelen terminar las canciones) y, dentro de lo posible, las alusiones religiosas. Si uno compara las versiones de Zaid con las de Bhattacharya descubrirá que hay drásticos cambios, desde los títulos ("Tomorrow") es "La tonta" y "Torment" pasa a ser "Quejas") hasta la forma externa de los textos. Por ejemplo, el final de "Flash of Eyes" es en la versión inglesa:

You have stolen the moon...
But where will you put it
So brightly does it shine?

Zaid, por su parte, titula el poema "Cara de luna" y traduce así el pasaje:

Te robaste la luna.
Y no hay manera
de que no se descubra,

lo que es una manera totalmente distinta de decir lo mismo: la belleza lunar del rostro de la mujer como el centro de una seducción irresistible.

Vidyapati es un gran poeta del erotismo y esa pasión está transmitida en las recreaciones de Zaid con intensidad y economía verbal. "La tonta", que Bhattacharya vierte en diez versos, se reduce a la mitad en la versión española, pero multiplica su capacidad de sugerencia:

Mañana volveré, me dijo aquella noche.
Tengo alfombrado el piso de escribir: mañana.
¿Cuándo será mañana?, me preguntan.
Mañana, mañana...
¡No volvió!

No es menos lograda la versión de "Deprecaciones": se ha evitado el tono moralizante de las últimas líneas y se las ha reemplazado por otras que

contienen una tierna admisión de debilidad femenina, que hace un dramático contraste con las amargas declaraciones del comienzo. Este poema prueba un punto expuesto por Zaid en su introducción: la modernidad de un poeta muy antiguo, la inmediatez de una creación culturalmente muy remota. Porque la voz que lamenta su condición de mujer en un mundo de hombres y que termina exaltando su propia sensualidad, parece desdoblarse en los intencionados ecos de las "cantigas de amigo", pero también en Sor Juana y, más próxima a nosotros, en Alfonsina Storni. Ciertas voces de ayer y de hoy hablan con el lenguaje de siempre, y este pequeño cuaderno de Vidyapati contiene un notable ejemplo de esa perennidad.

la vuelta al mundo

POR
LYA CARDOZA

Hace aproximadamente un año, el Centro Pompidou de París realizó una exposición "Berlín-París", que tuvo gran resonancia, ya que mostró más de medio siglo de relaciones culturales entre ambas capitales. Ahora, desde el 1 de junio al 5 de noviembre, este mismo centro muestra la exposición "París-Moscú" (1900-1930).



Según la información que pudimos obtener, esta exposición se pudo realizar gracias a la colaboración entre el Ministerio de Cultura de la URSS, los museos, bibliotecas y organismos culturales soviéticos y los cuatro departamentos del Centro Nacional de Arte y Cultura Georges Pompidou.

Se presenta como un ensayo de síntesis de los diferentes aspectos de la vida cultural en Rusia y en la URSS y de sus relaciones con Francia de 1900 a 1930.

El recorrido de la exposición es cronológico, enfatizado por el año 1917, el de la Revolución. En la presentación se mezclan, en una visión global, las diferentes actividades culturales: artes plásticas, arquitectura, artes aplicadas, literatura, música, cine, teatro. Completan la exposición diversos espectáculos, conciertos y películas.

La exposición se inscribe en diálogos e intercambios culturales que existen entre ambos países hace varios años, la cual corresponde a una serie de exposiciones importantes que testimonian la continuidad y la vitalidad de un interés recíproco. El año próximo, esta exposición se presentará en Moscú.

Al iniciarse el siglo, las relaciones culturales entre Francia y Rusia eran sólidas. Fueron establecidas por escritores como Turguenev y Alexander Herzen, Prósper Merimée y Theophile Gautier, y favorecidas por los acuerdos franco-rusos de los años ochentas. Mientras el naturalismo y el simbolismo franceses los discutía con pasión la inteligencia rusa, el público francés descubre la novela rusa, a León Tolstoy, en primer lugar. Siempre activo, Tolstoy continúa produciendo hasta su muerte en 1910, y sus obras últimas son recibidas en Francia con entusiasmo. *El cadáver viviente*, ensayos como *El dinero y el trabajo* (que prologó Emile Zola). Los mejores críticos, por ejemplo André Suarés, se dedicaron a su obra, y Romain Rolland publicó, en plena guerra, en 1917, un número de homenaje de la revista pacifista *Les Tablettes* a Tolstoy. Más recientemente, también se dio importancia a otro escritor, que unió ambos siglos, Antón Chejov, cuyas obras teatrales y cuentos muy pronto contaron con numerosos lectores franceses.

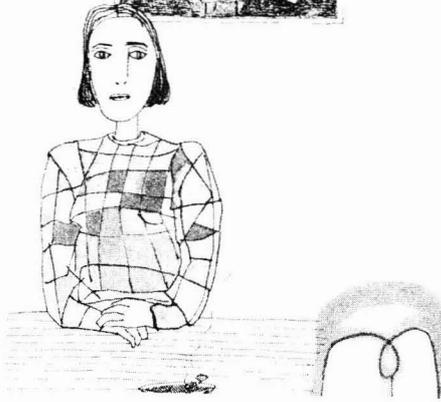
Sobre pintura-escultura, el arte ruso está marcado por una gran riqueza de búsquedas plásticas; también varias concepciones estéticas se desarrollan paralelamente. "Los ambulantes", "El mundo del arte", "Vrubel y el simbolismo", artes aplicadas, objetos utilitarios, arquitectura; y luego, las vanguardias artísticas 1905-1917. El conocimiento del arte francés de vanguardia se extendió entre la inteligencia moscovita, gracias a las colecciones reunidas por al-

gunos mecenas; pero, también, por las exposiciones del "Toison d'Or" y el "Valet de Carreau". Sigue la exposición con los movimientos artísticos en Rusia en 1917: "La rose bleue", "Le valet de Carreau", "Neo primitivismo-rayonismo", la obra de Chagall, Filonov, Kandinsky, Tatlin, Pigny, Exter, Popova, Udaltstova, Lisitsky, Yaculov, Bruni, Charchun; cubofuturismo y suprematismo (el cuadrado negro de Malevich)

Literatura 1900-1917: el realismo de los precursores Tolstoy y Chejov, Gorki (quien ejerció considerable influencia), Leonid Andreiev, Alexander Kuprin, Ivan Bunin. El simbolismo: Briusov, Voloshin, Balmont, Alexander Blok. 1905: el fracaso de la insurrección de ese año fue una gran decepción para muchos escritores rusos. Varios fueron a dar a la cárcel y otros tuvieron que huir al extranjero. (Gorki, Maiakowsky, Kamensky, Balmont —quien viajó por México a fines del siglo pasado—, Ivanov, Sologub, Biely). Revistas francesas como *Le Mercure de France* o *Les écrits pour l'art*, abrieron sus páginas a la joven literatura rusa. Los escritores franceses tienen correspondencia con Rusia: un viejo autor consagrado como Julio Verne o poetas jóvenes como Henri de Regnier o Paul Valéry. Entre las numerosas cartas exhibidas por primera vez en esta exposición, una llena de humor de éste último, dirigida a un crítico de San Petersburgo, es de las más curiosas.

Asimismo, había viajeros: algunos viajes no fueron sin consecuencia para la literatura francesa. En 1908, el autor anónimo del libro *Poemes par un riche amateur*, que tuvo cierto éxito por su agudo sentido de la modernidad, declaró que se convirtió en poeta en Jarkov. Cuando el libro reapareció en 1913, esta vez firmado por Valery Larbaud, titulado *A. O. Barnabooth, ses oeuvres completes*, se agregaron nuevas páginas dedicadas a Rusia. Otro autor, al salir de la adolescencia, sufrió en Rusia un choque aún más determinante: Blaise Cendrars, que tuvo dos largas permanencias entre 1904 y 1911; pudieron encontrarse algunos documentos manuscritos y fotográficos de esa época. El más célebre, ilustrado por Sonia Delaunay, es el poema *Prose du Transsiberien*, en 1913.

El acmeísmo que rechaza los velos y brumas en que se envolvía el simbolismo, el futurismo. El simbolismo declina. Obras de Berdiaev, Uspensky, Anenski y Kuzmin. La revista principal es *Appolon*: Ana Ajmatova y Osip Mandelshtam. Arte de propaganda revolucionaria. El proyecto de "Monumentos a la III Internacional"



de Tatlin, carteles y tipografía, revolución en el arte y en el ambiente, productivismo, artes aplicadas, arquitectura y urbanismo de los años veinte, 1925: la búsqueda de un nuevo ambiente familiar. La exposición de artes decorativas en París, en la Explanada de los Inválidos. La participación soviética fue de las más interesantes, aunque no tuvo ninguna resonancia en la prensa de la época. El pabellón de la URSS, construido por carpinteros de París, bajo la dirección de Constantin Melnikov, fue uno de los raros pabellones que representaba una arquitectura verdaderamente moderna. La técnica adoptada —en colaboración con el ingeniero Gladkov— utilizaba la madera y afirmaba el material, en vez de camuflar con yeso como los demás pabellones. El interior daba una idea de las tendencias del arte ruso de los años veinte. "En nuestra sección no habrá ni muebles de lujo, ni telas preciosas... Los visitantes no encontrarán ni pieles ni diamantes." Se presentaron también quioscos construidos por Melnikov, el club obrero de Rodchenko, la sala de lectura de Lavinsky. Las investigaciones de Le Corbusier y los manifiestos publicados en *L'esprit nouveau* coincidían con las preocupaciones soviéticas. Se ve la misma necesidad de una síntesis de las artes, de las ciencias y de la industria, así como la preocupación por el material.

En la exhaustiva exposición, "Los realismos de los años veinte". Entre éstos, el "arte analítico" de Filonov, la figuración en la obra tardía de Malevich; hacia el "realismo socialista".

Literatura: 1917-1930. Los escritores y la revolución. El constructivismo. Los proletarios. Intercambios y contactos. Escuela populista y escuela proletaria. Los escritores franceses "se comprometen". Apogeo de las actividades de Maiakowsky. Barbusse y la revista *Monde. Front Rouge* de Aragon. Pleito Romain Rolland-Breton. Toda la relación cultural entre París-Moscú.

Arquitectura y urbanismo, 1930. Teatro. Fotografía. Cine. Música. La vida musical en la URSS entre 1900 y 1930. Scriabin y el modernismo. La parte dedicada a este compositor es muy interesante. Y, desde el 1 de junio hasta el 5 de noviembre del año en curso, conciertos todos los días en el Centro Pompidou: música rusa y francesa, música rusa sobre poesía francesa, música francesa sobre poesía rusa y, al margen, la música soviética actual.

¿Por qué no organizar una exposición "París-México"?

LECTURAS

CARDOZA Y ARAGON,
LUIS: RETRATO HABLADO

POR FERNANDO CURIEL

I:

Doy fe, de una cortesía adusta por la que asoma, juega, terea, destila humor y seduce una inteligencia feroz. Comentarios suyos, al paso, tan campanante, de Johnnie Walker, me han mostrado proporciones de la realidad que antes yo solía palpar a ciegas. Conozco bien algunos dibujos de su prosa: Guatemala, Posada, Orozco y aquel que elogia la embriaguez pero fustiga la miseria de los bebedores de vino sombrío. También he visto, alelado, medio hechizado, escenas del río de la memoria en que se sumerge día con día para extraer espejos intactos, voces entrañables, ciudades fundadas por el alba, lo vivido a fondo. Desconozco, en cambio, las líneas de su poesía y muchas prosas: laguna que no atribuyo, en el primer caso, a mi predilección por las letras de los boleros y demás vociferaciones del amor, mi verdadero gusto lírico, y en el segundo, a la indolencia. No. Más bien a otra única causa. Poseo un puñado de títulos que integran una biblioteca cuyas bases de operación constriñense, quiere decir, se constriñen, a dos. Primera:

el capricho. Segunda: el placer anti-conceptivo del texto. Lecturas azorosas, sin huella escrita, sin esos vástagos de buena catadura o mala entraña, zafios o brillantes, conspicuos o petulantes, que se llaman Artículos, Interpretación, Glosa, Ensayo, Teoría. Así, cuando me venga en gana, irresponsablemente, conoceré lo que ignoro de Luis Cardoza y Aragón. ¿Por qué, entonces, me trepo ahora al carro de la Lettera 32? No se pierda lo que sigue, si le place (por supuesto).

2:

Comprendo y comparto la actitud de los jóvenes que han hallado, en Luis Cardoza y Aragón, su personaje. Una vida artística que incluye: el París de la fiesta móvil, el México abigarrado de los 30's, y el trato y amistad de muchos que Son y Están en el Salón del Mito. Una vocación vanguardista que lo preserva de la obra del tiempo y lo mantiene actual entre impunes estatuas coronadas. Una militancia socialista probada, lúcida, que da al César en la crisma pero lo suyo al discurso poético. Por citar, sólo tres ejemplaridades. No es nuevo, aquí, el reconocimiento del autor nacido en Antigua. Pero los tiempos que corren son otros. El signo de nuestra más reciente y ya madura generación crítica es el desenmascaramiento: la lectura como ajuste de cuentas. Entre el texto y su juicio no vuelve a crecer la hierba, más bien un vacío enconado, el vacío que sigue a una ejecución. Si falto a la verdad o exagero, que el Respetable me lo demande. Los riesgos de semejante postulado crítico son evidentes: ira santa, complacencia juramentada, etcétera. Pero, sobre todo, el imposible diálogo entre el discurso original y el discurso crítico que el primero debería fundar, no escandalizar, insuflar, no inflamar, convocar, no encolerizar. Puesto que no existe, contra lo que se piensa, una ciencia exacta de la literatura, ni sobre ésta, contra lo que se siente, puede recaer una mirada pudibunda, las condiciones de posibilidad de la crítica las establece el objeto de su deseo (luminoso, no oscuro). Primero: en cuanto semejanza. Segundo: en cuanto escritura. Un texto dirigido a denostar, vilipendiar, arrasar, aniquilar su pretexto no es Crítica sino Acta de Acusación, Homilía, Invectiva. Una prosa insípida que asedia el estilo de Alfonso Reyes (por citar un ejemplo neutral), tampoco merece figurar bajo tan prestigioso rubro. Al menos ésta es la forma en que yo sigo, no sé si atento, no sé si puntual, los afanes de la crítica.

38

3:

Luis Cardoza y Aragón es también un crítico, y formidable. Lo mueve, a todas luces, una semejanza, polémica, pero semejanza a fin de cuentas: puente tendido entre lo que se contempla y la noticia de lo contemplado. Hay un camino de regreso, de la iconografía del único, del inigualable Posada, a las páginas que sobre ella ha escrito Cardoza y Aragón. Una dobe equivalencia; filial y fabulatoria. Coexisten, admirándose, revelándose mutuamente. Bien. Los que hoy intentan rescatar a Cardoza y Aragón de un olvido que no es tal, de un limbo que es un paraíso. Eva incluida, encuentran por eso mismo, en el escritor guatemalteco, no sólo su personaje sino, también, su prueba de fuego. Generación iconoclasta, descubre la admiración. Pero no basta. Falta la comparación de los textos, el cotejo entre los discursos imaginarios, quiero decir, críticos. Únicamente frente a su escritura el fervor de Luis Cardoza y Aragón cobra sentido, pertinencia*.

*La primera versión de este texto se transmitió a través de las frecuencias de RADIO UNAM, dentro del programa, ya desaparecido pero siempre edificante CRONICAS Y DOCUMENTOS. (F. C.)

A PROPOSITO DE UNA DISCORDIA

POR AGUSTIN MONSREAL

El 28 de agosto de 1899, en una pequeña villa situada cerca de París, murió Raymond Lecastelier, el penosamente ignorado autor de *Eva y el Origen Futuro*. Minutos antes de su muerte, contrajo su último compromiso terrenal: se casó con Berenice de Champ-d'Hiver, su ama de llaves, su compañera fiel y silenciosa de los últimos treinta y nueve años. Este hecho, en apariencia meramente anecdótico, adquiere sin embargo una significación especial si advertimos que, tanto en su vida como en su obra, a la que destinó casi medio siglo de su existencia, la aspiración máxima de Lecastelier fue la de realizar el encuentro con la mujer imagen y símbolo del eterno femenino: Eva, la Mujer Ideal. Esta especie de sueño sagrado, innumerables veces presentado por el novelista, tenía su contrapartida en la realidad inmediata de Berenice de Champ-d'Hiver. Era ésta una mujer humildemente cotidiana,

dolorosamente abnegada, y de una sencillez de espíritu que la hace aparecer como una Circe informe y absurda al lado de un hombre del genio y del talento de nuestro escritor. (No de otra suerte nos muestra la historia de los hombres a la gran mayoría de las mujeres). Referir algunos puntos de la obra de Lecastelier, tocantes a la discordia entre la Mujer Ideal y la Mujer Real, es el propósito de esta nota.

El protagonista de la novela *Eva y el Origen Futuro*. Octave Egginson (que es una sublimación del propio Lecastelier), dice en el capítulo XIV: "Uno de los enigmas a que se ha enfrentado el hombre, a través de su accidentada existencia, es el tiempo; otro, su propio origen. El hombre es un ser débil e imperfecto que ignora por quién fue creado y para qué; cuál es el verdadero sentido de su vida y cuál su quehacer en el Universo. Miles de teorías han fatigado la mente humana al respecto, y todas son ciertas, pero todas son, asimismo, insensatas. Todo es relativo, todo es ilusorio, todo hecho falso comporta una verdad, todo sueño una realidad. De allí que el hombre haya sido, desde siempre, un inagotable inventor de sueños; acaso porque entrevé la posibilidad de hallar, en uno de ellos, la solución al enigma de sí mismo. Uno de estos sueños es el retorno al Paraíso. Uno de estos sueños es el regreso a Eva, la madre primigenia. (La tesis de que el tiempo es un acontecimiento que se repite infinitamente, nos permite suponer que el reencuentro con el pasado se efectúa siempre en un instante futuro, a partir del cual se empieza a contar de nuevo el pasado. Así, nadie puede saber si el hombre que conocemos es el primero, pero podemos conjeturar que no será el último.) Eva es la mujer imagen y símbolo del eterno femenino porque — en ella principia y culmina el más grande misterio. Eva es la Mujer Ideal porque es la clave de la Creación, y de nuestro destino".

La historia que nos ocupa, no debemos olvidarlo, transcurre en las románticas postrimerías del siglo XIX. Las cosas, los modos de vivir, los hombres han cambiado; no así la esencia de las cosas inherentes al ser humano. Tampoco debemos olvidar que Raymond Lecastelier consagró toda una vida (su obra literaria es el reflejo y la confirmación en el tiempo de esa vida) al intento de materializar un sueño. De ahí la monumental temática obsesiva de la novela *Eva y el Origen Futuro*; de ahí, tal vez, el incomprendible silencio en torno de ella.

El personaje Egginson-Lecastelier anota: "La idealización nos ha llevado a negar de una manera casi absoluta a la mujer inmediata y, lo que es peor, a considerarla una criatura de

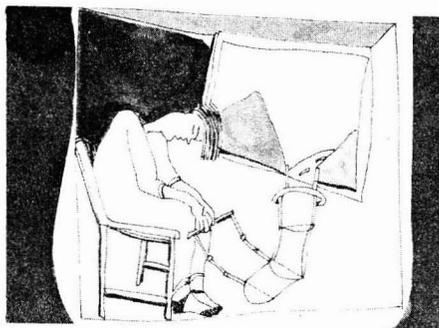
naturaleza inferior con la que el hombre sólo puede compartir los hechos mínimos e intrascendentes, es decir los meramente instintivos y exteriores, es decir todos aquellos en los que no intervienen, o apenas si intervienen, las funciones de la inteligencia y del espíritu. De esta suerte resulta que Circe, la antigua Circe que duerme en nuestro lecho, no es sino una copia falsa, un remedo vulgar e impreciso de Eva, que reposa en la esfera más pura de nuestro sueño”.

Y más adelante: “La sordera intelectual de la mujer, sin embargo, no es sino la imagen reflejada del silencio del hombre, que no ha sabido alcanzar, en ningún momento, la estatura del ser que ha idealizado. Niega a Circe, con quien comparte la realidad más próxima, y pretende a una Eva divina cuando él mismo no ha dejado de ser un Adán de barro. Aspira a conocer las estrellas sin advertir antes el universo de su propia naturaleza. Esta es la razón de nuestro fracaso en la búsqueda del amor absoluto. Vivimos sumergidos en un mar de intrincados sueños en tanto que Circe, siempre despierta, siempre en vela, nos contempla... y espera”.

Extrañamente, según refiere Mathias, hermano y biógrafo de Lecastelier, éste jamás permitió a Berenice de Champ-d'Hiver leer uno solo de sus manuscritos, y la inesperada determinación de contraer matrimonio con ella, fue “como una revelación, como una repentina iluminación interior”.

En el último capítulo de la novela, Lecastelier reitera (lo ha hecho a través de toda su obra) lo que, a su modo de ver, es el origen de la discordia: “Un error inacabable, entre los infinitos errores de los hombres, ha sido el de mantener a la mujer (contrapunto y centro de su existencia) enclaustrada en un estado de insensata domesticidad, donde aparece como un ser de ralas e insípidas ideas, y el de no consentir en su integración plena a la vida y a las actividades humanas. El hombre, al minimizar la capacidad intelectual de la mujer, se desligó de ella y la volvió una criatura lejana, incomprensible. La mujer dejó de ser Eva y el hombre se perdió; la mujer dejó de ser Eva y el hombre se perdió a sí mismo, se convirtió en el eterno ignorante de su origen, y Eva en el eterno inalcanzable sueño. Esta ha sido la perpetua discordia; esta es la honda raíz de un error que se multiplica sin término, como los instantes y el eco de los instantes en el tiempo”.

Finalmente, Raymond Lecastelier



comprenderá que la única forma de regresar a Eva, de poseer a Eva, “es liberando a Circe, la antigua Circe, de todas sus ancestrales ataduras y servidumbres”; finalmente, a modo de reivindicación, dedicará la obra que ocupó los pensamientos de toda su vida “A Berenice de Champ-d'Hiver, la mujer que habitó siempre en mis sentidos terrestres y en mis sueños inmemoriales”; finalmente se casará con ella.

Después, como todos los hombres, morirá.

(*) La novela *Eva y el Origen Futuro*, fue escrita en francés, según consta en el manuscrito original, que posee la Biblioteca del Colegio de Letras Guy de Maupassant, de París. Curiosamente, la obra fue publicada en inglés, en 1924 y esta edición, hasta donde yo sé, es la única que existe.

TEATRO

HABLA ISAAC CHOCRÓN

POR AMBRA POLIDORI

Isaac Chocrón, dramaturgo, novelista y ensayista venezolano nacido en 1933, recibió a finales de julio el Premio Nacional de Teatro, en su país, y estuvo algunos días de agosto en México, para asistir al estreno de O. K. y a las cien representaciones de La máxima felicidad.

El propósito fundamental del teatro de Chocrón es enfrentar al hombre a su propia condición y a su medio ambiente, para despertar su conciencia. El enajenamiento en que viven muchos seres marginados por una sociedad que sólo se preocupa

de los valores materiales, adquiere en sus obras una dimensión universal. Sus piezas nos muestran la crisis de valores por las que atraviesa el mundo actual y especialmente la familia. Sus personajes son hombres y mujeres que se enfrentan en lucha abierta al sistema establecido que se les impone y que no puede proporcionarles la felicidad.

—Señor Chocrón ¿cuál es su posición teórica frente a la creación dramática?

—Yo desarrollo mi creación dramática escribiendo. No tengo una teoría que ponga en práctica, sino que la práctica me da una teoría. Pienso que el teatro debe fundamentarse en una situación dramática válida, a través de la cual unos personajes se transforman o les sucede algo. Los personajes deben ser gente no símbolos, y por eso en mis obras hay de pronto risas y de pronto dramas, porque en la vida real sucede así. Nadie es dramático desde que se levanta hasta que se acuesta, a menos que sea un neurótico y nadie es cómico desde que despierta hasta que se va a dormir, a menos que sea un necio.

—Y ¿cómo ve, en la perspectiva del tiempo, la tarea que han desarrollado los dramaturgos de su generación, sin duda fundamental en la cultura venezolana? ¿Cuáles son sus virtudes y sus defectos?

—He tenido la gran fortuna de pertenecer a la generación más importante que ha dado el teatro venezolano en su larga y accidentadísima historia. Porque cuando surjo con mi primera obra en 1959, acababa de aparecer tres años antes Román Chalbaud y el mismo año que estreno *Mónica y el florentino*, estrena Ignacio Cabrujas su primera pieza: *Juan Francisco de León*. En estos 20 años, del 59 al 79, ha sido increíble el desarrollo del teatro venezolano; y nosotros —lo digo sin ninguna falsa humildad— somos los responsables en gran parte de ese desarrollo. Nuestras virtudes más notorias han sido la fe en el teatro como medio de comunicación y de realización de cada uno de nosotros. Luego, algo muy importante es que esa fe nos ha unido en un medio como el teatro en el que generalmente todos están desunidos. Es curiosísimo que tres dramaturgos sean los responsables de un grupo teatral, eso no sucede en ninguna parte. También, nuestro válido afán de experimentación sin una tendencia definitiva y con el problema de que teníamos y no tenemos plata; porque cuando no se tienen recursos económicos se hace teatro como uno quiera hacerlo, por eso nuestras obras tienen poco persona-

jes y un decorado muy esquemático que permite montarlas en cualquier parte. Además, si nos hubieramos puesto a esperar tener suficiente dinero para hacer escenografías corpóreas y montar *Cleopatra*, pues todavía estaríamos en el avión sin despegar. Los defectos... bueno, un defecto que estamos subsanando últimamente es que no le habíamos prestado suficiente atención en nuestra programación del repertorio latinoamericano, pero para 1980 estamos planeando, de los 8 montajes que hacemos en los dos teatros, presentar 5 o 6 obras de latinoamericanos. El otro defecto que no es nuestro sino del sistema, es la carencia de recursos económicos, ya que si hubiéramos tenido una ayuda tan espléndida como la que hay aquí (yo me maravillo de ver tantos teatros y grupos apoyados por el gobierno de México), la historia hubiera sido otra.

—¿No hay apoyo gubernamental para el teatro venezolano?

—Muy poquito. En los últimos cinco años el gobierno ha ayudado con cantidades simbólicas. Esperamos que en este quinquenio las cosas mejoren, puesto que el nuevo presidente, Luis Herrera, gusta mucho del teatro, va a verlo, y, además, acaba de patrocinar el cuarto festival de teatro, que no se habría podido hacer si no hubiera prestado la asistencia económica. Esto pensamos que es alentador.

—¿Hacia dónde cree usted que deriva la actual dramaturgia venezolana?

—Pienso que va a seguir consolidando lo que ha ido logrando en estos últimos 20 años: plantear problemas venezolanos pero en un contexto universal. Quizás a eso se debe el éxito fundamental del teatro venezolano que se monta mucho en el extranjero. Así, aunque yo en *La máxima felicidad*, por ejemplo, tengo mis personajes situados en Caracas, funcionan en México y sucede lo mismo con *O. K.* Funcionan en cualquier parte porque lo particular está tratado de una forma general. Además, otra cuestión que vamos a ver en los próximos años —evidentemente por que las condiciones han cambiado—, es que el dramaturgo afortunadamente podrá escribir obras más complejas en su formato.

—En su labor creadora ¿qué significa *O. K.* respecto a *La máxima felicidad*?

—*O. K.* la escribí en el 67 y se estrenó el 69 y *la máxima...* la escribí en 72 y se estrenó a principios del 74 —siempre me tardo como dos años—.



Entre las dos hay una obra que todos consideran que es fundamental en mi repertorio: *La revolución* que se estrenó en 71, de modo que aunque son triángulos las dos obras, no tienen que ver la una con la otra. En *O. K.* es la compra-venta, la idea de que si todo se compra y se vende, también se puede hacer lo mismo con los seres humanos. *O. K.* está más aliada a una obra anterior titulada: *Asia y el Lejano Oriente* que trata de la compra-venta también, pero de la venta de un país por sus habitantes, que ponen anuncios en los periódicos mundiales. En *La máxima felicidad* no hay esto, porque el tema central es que uno cuando crece desecha la familia automática y elige su propia familia; en ese sentido *La máxima...* tiene mucha relación con mi última obra —que se estrena en Venezuela a fines de septiembre— *Mesopotamia* con 7 personajes: seis hombres y una mujer.

—Y ¿cuál es la anécdota del texto?

—Trata de cinco hombres que viven juntos en una casa con una mujer que les cocina y los atiende. Reciben la visita de un amigo de uno de ellos. No hay ninguna relación ni amorosa ni carnal, no se toca ese tema por que son hombres de 50 años. Se supone que esta casa es como un monasterio o una comuna. El argumento es cómo la visita los cambia a ellos y ellos son transformados por la visita. Se repite la idea de la muerte que empezó en *La máxima...* y que uno elige su propia familia. La obra hace un examen de lo que significa la amistad, que es —se me acaba de ocurrir en este momento— tan válida o más que el amor romántico.

—¿Qué buscó transmitir con *La máxima felicidad*? ¿La ironía de la posible máxima felicidad?, ¿el triángulo amoroso como elemento esencial de la felicidad...?

—El que se queda en el triángulo se queda en la anécdota. Y el público que ha visto *la máxima...* se da cuenta que la anécdota es sólo un vehículo para decir otras cosas. Es lo que tú señalas: la ironía de la felicidad. Que la felicidad no es un estado de ser, sino son instantes, que solamente se pueden lograr cuadrando tu vida de acuerdo a lo que a ti te guste. Y en ese sentido es vivir con la gente que

tú piensas que significa más para ti. Por eso en un momento dado Pablo (personaje central que interpreta Sergio Jiménez) dice lo que ha sido, considerado en otras partes como el tema fundamental de la pieza: cuando nacemos heredamos una familia automática: papá, mamá, etc., pero cuando crecemos desechamos esa familia —lo cual no quiere decir que la odiamos—, pero empezamos a coleccionar gente que nosotros mismos hemos escogido, y esa es nuestra familia verdadera. Porque con las tías y los primos uno tiene una relación de afecto que se la enseñaron, aunque después la tenga por propia decisión; en cambio, un amigo o un amante lo elegimos, nos elige.

—Dentro de la actual dramaturgia latinoamericana ¿en qué corriente se sitúa y qué elementos de estilo o alternativas de estructuración cree aportar al desarrollo de esa corriente?

—Yo me atrevería a decir que no hay corrientes definidas en el teatro latinoamericano. Hay, por supuesto, un tipo de teatro que es el político, en el cual yo no estoy situado, el teatro de militancia partidista. Yo no pertenezco a ningún partido, en *La máxima...* hago ver que tiendo al anarquismo. Una de las maravillas del teatro latinoamericano es la heterogeneidad de los creadores. No hay esas escuelas tradicionales de... es costumbrista, es experimental, sino en cada país hay una media docena de dramaturgos y cada uno hace lo suyo. Esto me parece como mucho más interesante, porque esta heterogeneidad le da una vitalidad y una riqueza al teatro.

—¿Qué piensa que los espectadores exigen actualmente de una representación teatral?

—Hoy en día el teatro está volviendo a como era el isabelino, el del siglo de oro, en que el espectador participa, pero no tomando parte en la obra, sino que en la medida en que la obra haga preguntas y no respuestas, el espectador participa sacando sus propias conclusiones que pueden ser o no contestaciones. Por eso todas mis obras terminan como terminan, son únicamente planteamientos, porque sin público no hay teatro, eso es obvio, y el espectador tiene un papel tan importante como el actor, el escenógrafo... Su papel es escuchar y ver lo que se le está planteando e ir hilándolo, concluir lo que él crea. Por eso la gente va a ver *O. K.* y unos creen que Mina (interpretado por Carmen Montejó) se queda, otros que se va, unos que es una obra que trata de la inmoralidad, etc. El espectador tiene que tomar parte en la obra.

LIBROS

ESTRUCTURA Y BIOGRAFIA DE UN OBJETO

Bostelmann y Sebastián: *Estructura y biografía de un objeto*, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1979.

POR JORGE CARPIZO

El libro *Estructura y Biografía de un Objeto* de Enrique Bostelmann y Sebastián, que acaba de editar la UNAM, muestra la exposición que con dicho título se montó en esta misma galería hace algunos meses.

El libro, tal y como lo hizo la exposición, representa una gama de nuevas posibilidades artísticas. Se trabaja, se juega, se construye y se diversifica con un objeto cotidiano: con una jarra-cafetera que es principalmente un recipiente de líquidos. Todos nosotros, cada día, encontramos y manejamos objetos similares y casi no nos percatamos de su importancia, utilidad y belleza. Sin embargo, cuando nos faltan, nos encontramos con su trascendencia, con su ausencia, lo que nos causa dolor.

Nos vamos identificando con los objetos que nos rodean, los necesitamos porque son útiles o porque representan una sensación estética, o por ambas razones; nos sumergimos en los objetos y los hacemos parte de nosotros. Así, la biografía de la cafetera es la biografía de los artistas. Por ello, Sebastián se sumergió en la vida de la cafetera, para que parte de su biografía estuviera allí, en ella, unión del artista y del objeto, unión que a primera vista se antoja incestuosa, pero que acaba por comprenderse, captarse y aceptarse naturalmente.

Cuántas veces, en las artes y en el pensamiento, se resaltan intenciones y objetivos que los autores jamás persiguieron. Cuántas veces les hacemos decir lo que ellos no imaginaron. Y es que la interpretación de una obra artística, de una verdadera obra artística, no necesita de la teoría, no precisa del racionamiento, sino primordialmente de la contemplación; la contemplo yo; yo, como soy, con todo lo que conozco y lo que ignoro, con mis vivencias, mis interrelaciones emotivas y racionales... y dejo que me hable; hago que se establezca comunicación entre la obra y yo, entre yo y la obra. Y de este diálogo callado, intenso, me formo una opinión que es mía, y



con la cual no me importa si otros coincidirán o no. Es apreciación en que vengo a actualizarme.

En consecuencia, acerca de la exposición-libro de Bostelmann y Sebastián no intento hacer ninguna teoría, y aunque tuviera tal pretensión, me encontraría desarmado para ello; pero quiero retomar mis ideas dispersas y decir por qué constituye una obra importante: primero, porque nos muestra que el arte es infinito, que sus posibilidades van siempre más allá, los autores mostraron múltiples facetas de un objeto cotidiano, toda su biografía; lo analizaron como lo haría un médico con una persona, un ingeniero con una construcción, un filósofo con un libro; segundo, nos impulsa a la comprensión de los objetos que nos rodean, nos muestra que lo cotidiano tiene ángulos que no debemos descuidar; algo así como la salud: no debemos percatarnos de ella, por su carencia; por último, que la colaboración en el arte es un camino que aún nos reserva muchas sorpresas; que la creación y discusión en equipo es toda una manera de contemplar el arte, y que no es antagónica con la creación individual.

Pero, además de importante, es, y esto es aún de mayor relieve, de gran hermosura y colorido. Los negros contrastando con los rojos, los azules, los blancos y los platas: un universo de belleza a través de la biografía del objeto-fotografía, del objeto-escultura, del objeto-fotografía-escultura.

Todos sabemos que Enrique Bostelmann y Sebastián son dos artistas de gran estatura; todos sabemos que sólo tienen un compromiso: con su arte y con su conciencia, y todos sabemos que su creación es parte del espacio artístico en el cual estamos insertos.

Hoy nos hemos reunido para platicar sobre el libro que acaba de aparecer, el cual, desde luego no necesita de presentaciones, prólogos ni prefacios. Estoy feliz de que esté ahí, de que exista, de que sea ya

un objeto entre nosotros. Sólo me resta pedir disculpas por haber interrumpido unos minutos nuestra charla sobre el objeto-libro-exposición-pensamiento proyecto, que hoy nos reúne.

Palabras pronunciadas en la Galería Juan Martín con motivo de la presentación del libro.

POEMAS PARA EL PERRO DE LA CARNICERIA

Poemas para el perro de la carnicería y algunos homenajes, de Hugo Gutiérrez Vega. "Cuadernos de humanidades", Difusión Cultural, UNAM, México, 1979.

POR GUILLERMO SHERIDAN

Desde hace años he disfrutado la poesía de Hugo Gutiérrez Vega, aunque él nunca me lo creyó. Desde hace años, también me ha extrañado su irregularidad poética: eso no solamente lo cree, sino que lo ha amplificado hasta una supuesta fobia de mi parte de la que nunca he logrado disuadirlo. La aparición de una nueva colección de poemas será mi oportunidad para intentar poner en claro esa confusión alimentada por lo que sospecho es su vanidad herida y mi timidez. Y basta de estas insoportables primeras personas.

Poemas para el perro de la carnicería es un libro de poesía. Unirlo a los *algunos homenajes* obliga a considerarlo una colección de poemas. Vamos por partes: los poemas incluidos en la primera parte del libro (que dan su nombre a la primera parte del título), los "Tres poemas de viaje y una elegía" (a Malcolm Lowry), los cuatro poemas en "Homenaje a W.B. Yeats" y los siete que se agrupan "Leyendo a Onetti en varias noches sin sueño", son, sin duda, los mejores poemas del volumen. En ellos, casi todos, aún bajo la guía exigente de sus maestros italianos, ingleses y portugueses, Gutiérrez Vega conserva el tono discursivo y elaboradamente claro de los mejores momentos de sus libros anteriores, sobre todo de *Resistencia de particulares* (1974), como "Letanía de la madrugada" o "Verano", o de ese excelente e ignorado volumen que es *Cantos de Plasencia* (1977) en secciones como "Luna de Salamanca". Como en ellos, pues, prevalece un tono que es el definitivamente distintivo del poeta: un tono conseguido a partir de una suma de experiencias de sobria vitalidad que en los poemas se reelabora sin excluir el placer o el desconcierto, expresadas en un lenguaje evocativo, discreto, de educa-

da y sobria elocuencia. Ese lenguaje se hace rico por la carga de las experiencias que contiene, lo mismo que la experiencia se enriquece al moverse en el lenguaje. Se trata de un tono único, solvente de una interioridad desbalagada y ansiosa:

En el oscuro momento de la espera
el corazón pregunta inútilmente
y las manos se mueven
para encontrar el aire de tu cuerpo.
Estamos solos, no es tu mirada
la que encuentro en la calle
y tú sabes que has perdido mis ojos.
Ninguno de los dos tiene la culpa.
La mañana estaba ya muy avanzada...

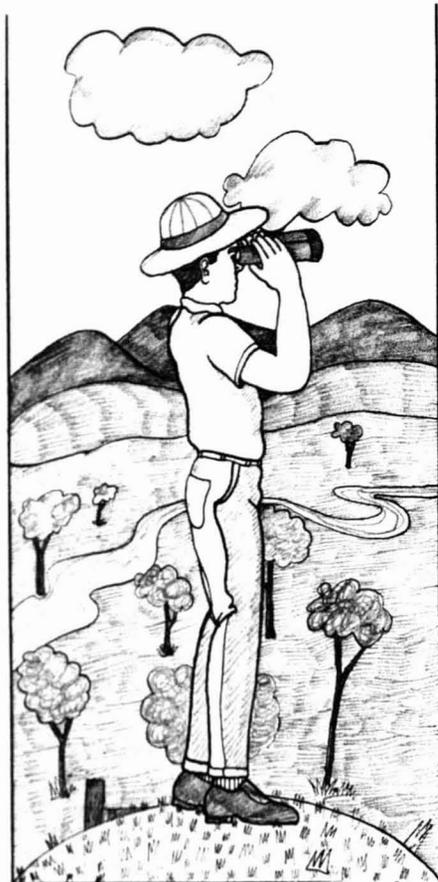
Desde *Buscado amor* (1965) y otros de los primeros libros antologados en *Resistencia de particulares*, la poesía de Gutiérrez Vega, como pocas en nuestro país, se arriesga por la sencillez, por la *simpleza* tan finamente integrada a nuestra tradición por algunos poemas de Pellicer y, antes, por González León, por ejemplo. La gracia de ese tono, su pálida y enérgica desnudez expresiva, la pausada y grave implosión afectiva que comunica, su aire mediterráneo entre cachondo y reticente, entre deslenguado y coloquial, se cuaja en una poesía que tiene la humildad de las empresas cardinales, es decir de la vida y su experimentación. Está en ella la ciudad, "vociferante río de niebla" recinto inhóspito donde el amor y la amistad suceden y se desbaratan en la lucha por hacerse de un cuerpo; los ámbitos propicios al riesgo de vivir, las esquinas y avenidas donde dejamos colgados los abrigos de nuestra relaciones con el pasado o con el deseo. Pero sobre todo, aunque con menor energía a lo anterior, están los otros, los amigos, las gentes con sus caras de gentes, sus manías, su lenta disolución en cosa o en elemento. Desde *Resistencia* era hermoso que hubiera tanta gente real o literaria en su poesía hecha más de "nosotros" que de "yo", sin que esa persona plural aludiera siempre a una pareja ("En Inglaterra"). El poeta lograba ponerse el rostro de todos entonces, incluso cuando eran firmes sus distancias con los otros, y lo hacía sin proselitismos vanos y sin otra ironía que no fuera la del asombro de saberse otro más entre nosotros. Entonces.

Tendidos en la hierba
esperamos el momento de la siega...

y todavía ahora, por ejemplo en el poema XII, ciertos atisbos de esa natural solidaridad conservan esa sensación de mutuo compartir a la que estamos sujetos:

Como aquel que en el sueño
construyera el puente hacia la felicidad
y un golpe del día lo expulsara de su sueño;
como el que intenta desandar la vida
y llega al callejón ciego

LIBROS



que lo obliga a aceptar lo presente;
como el que ve las cosas
y siente que son frutos de su invención,
mas de repente encuentra
que las horas, los días,
las bellas estaciones, los silencios,
la calma, los seres y el estruendo
son tan solo conspiradores
unidos en contra de su propia sangre;
como el marino que echa el ancla
a la mitad del mar,
esperando que el puerto de su sueño
aparezca con las criaturas de la luna.
Como ellos somos
tú, yo y los que se fueron
y sueñan con una realidad
inventada en el sueño.

Tal empresa, discretamente avocada a señalar a la tribu antes de adjudicarse el trofeo de su "palabra", que, repito, en *Resistencia* era casi un proyecto ("Tendría que escribirse la nueva teogonía/ asomada más a la tierra, / a los entresijos de las mujeres, los hombres, las ovejas...") sin perderse del todo en este nuevo libro, cede su lugar, con la misma liviana transparencia a la pareja. Pero con la misma intención declarada antes: "sólo trato de contar cosas..." Es una pareja, como todas, que se evade, se indisciplina, se subvierte a la memoria, se escapa del vacío en un esfuerzo sostenido (el epígrafe recita "Pensar que llegar a quererte/ es creer que la muerte/ se pudiera evitar"). El deseo de vivir el deseo de los cuerpos, la dulzura de la evocación de la ausente, la cotidianeidad compartida y nutritiva, la "desesperación nacida de tu huida", la "bendición de la carne" entre las sábanas levantadas por la fornicación, son todos asuntos minucio-

sos, solemnes, vulgares, alegres en esta poesía de sostenida intensidad. Desde *Cuando el placer termine* (1977), libro muy irregular y con todo ganador del Premio Nacional de Poesía, Gutiérrez Vega había comenzado a explorar con su mismo tono las posibilidades de una poesía erótica. Creo que el poema IX, ahora, muestra en su factura los logros con creces sobre otros poemas de entonces y de ahora.

La atmósfera triunfal,
que rodea tu cuerpo,
el aura delicada
que flota en torno
de tu cuello enhiesto,
tus senos de africana
con su justa caída
y tu pubis trémulamente alzado.
Construiste tu cuerpo
en el espejo
y, lentamente,
fuiste haciendo
el fiel retrato de ti misma
y de tu alma.
Ahora, tendida, hablas de los demás
(rara vez cometes la inelegancia
de hablar de ti misma).
La risa es tuya,
sale de tus ojos,
vuela por la estancia,
me contagia
y regresa a tus ojos.
Te reinvasa
y vibra entre tus dientes
como una cucharilla
para el té cotidiano...

Otro asunto que se reitera en este libro si bien tampoco con la fuerza que tenía en los anteriores es el asunto del viaje, purgativo, accidental, provocativo. Gutiérrez Vega con todo, salmantino, inglés, jalisquillo, vive bien su trashumancia. El viaje aísla e intensifica la emotividad, lo mejor de su poesía.

Cuando se sale de esa emotividad, cae en la provocación. Sobre todo cuando busca el humor más por asentar su falta de solemnidad (que lo horroriza) que por hallarle un nexo más a la vida. El humorismo es una falla del humor y la antiolemnidad tiende al humorismo en su poesía, al "chiste asesino" que Verlaine exorcizaba en su poética. Raro tratándose de un poeta de excelente humor en libros como "De Inglaterra" y que maneja con una gracia formidable la palabra "señor", depositaría aparente de todo su rencor a las pecheras. Siento que sus chistes con los literatos (desde que decía que Kempis le arruinó la salud a Neruo) no funcionan. Decía (escribía) antes que había nacido en un "mundo tan solemne... que debería escribir en los retretes", lo que está bien; lo errático es invitar a la gente, luego, a que los lea cuando él apenas se abrocha el cinturón. La presencia de los "Aforismos" en este volumen y de otro par de poemas, en ese sentido, lejos de antiolemnizar, le quitan vigor a la naturalidad de la poesía. De ahí que me haya referido antes a cómo un libro de poesía se ve disminuido como tal por una falta de rigor en al trabajo de armazón. Cuando quiere, Gutiérrez Vega es un poeta capaz de suscitar el entusiasmo, es

un poeta humilde en el mejor sentido del término, humilde en el dolor, limpio en el goce. Un poeta de tono envidiable que asume más el desconcierto que la duda, más el goce que la alegría, más el dolor que el lamento. Su poder evocativo, su gracia para conseguir atmósferas intensas deben prevalecer sobre la dispersión, mínima mancha que distrae de la belleza de un lienzo tan radiante.

Y es que es mancha, además, es el desaliño. No me refiero a las salidas de tono que eventualmente se suceden y que más acusan cierta falta de disciplina, injusta en un poeta capaz de haber escrito, por ejemplo, las hermosas cuatro variaciones sobre Al-Sharif Al Radi, resultado obvio de una quieta dedicación, sino al desaliño del libro en el que se reúnen indiscriminadamente Poemas con poemas, aforismos (haciendo abstracción de su solvencia), ensayos y ocurrencias en las que se erige sobre los otros en lugar de acompañarse de ellos. Gutiérrez Vega es un poeta que puede y debe evitar el riesgo de convertirse en uno de esos poetas sólo legibles en antologías, como decía Reyes, formando con más disciplina sus libros y precisando sus objetivos literarios. Nos ha dado buenas muestras de lo que es capaz cuando lo hace y no debe dejarse llevar por la precipitación aunque, como decía Stevens, los actores sean autores y los libros teatros. Contodo, el perro aquel ladra con mejor timbre que muchos otros en lo que va de la carnicería.

LOS AFORISMOS DE KAFKA

Werner Hoffmann: *Los aforismos de Kafka*, F.C.E., México, 1979.

POR ANDRÉS DE LUNA

El reino idealista de los excluidos es la desesperanza, es el paisaje sombrío al que se asciende para observar mejor el páramo de los que se creen dichosos. Franz Kafka fue un poblador perpetuo de estos confines, según se deja ver por una de sus anotaciones de 1910 en sus *Diarios*, ahí expresa: "es totalmente cierto que escribo esto porque estoy desesperado a causa de mi cuerpo y del futuro con este cuerpo". Los pasajes para dar salida a ese desaliento se manifiestan en sus sinuosos, iluminadores y crípticos aforismos.

La labor del exégeta no es siempre grata, fácilmente se puede tropezar o morir con las alondras (para utilizar las palabras de Ungaretti): en el espejismo. Werner Hoffmann, el autor de *Los aforismos de Kafka*, de alguna manera ha caído en una serie de interpretaciones filosófico-religiosas que dan una visión sumamente

limitada y fragmentaria del escritor judío checo. En el primer capítulo de su breve libro se lee: "la cuestión de si la concepción del mundo que se deduce de los aforismos puede ayudar para interpretar la obra poética (de Kafka), no nos interesa por el momento" (p-16). ¿En un autor como el creador de *El proceso* y de *La metamorfosis* es posible hacer ese corte entre experiencia vital y experiencia literaria?. En Kafka la autobiografía fantástica se inscribe y aparece en la mayoría de sus textos, pues incluso algunos sueños están presentes en el universo simbólico de su escritura; entonces, la afirmación de Hoffmann no es sólo un contrasentido sino una miopía analítica.

Los aforismos de Kafka revelarán la crisis veraniega de 1917, a los treinta y cuatro años, cuando se le confirma su afección tuberculosa. Este hecho le creará un conflicto emocional que lo marcará hasta la fecha de su muerte, ocurrida en 1924. ¿Cómo se enfrenta un mal incurable cuando el edén religioso ha quedado reducido a sus quimeras? Kafka decía en su aforismo 84: "Fuimos creados para vivir en el paraíso; el paraíso estaba destinado a servirnos. Nuestro destino ha sido modificado; que esto haya ocurrido también con el destino del paraíso, no se dice". La conciencia del vacío es lo único que prevalece, las expectativas las ha corroído la misma realidad. Kafka, entonces, se volverá un habitante más de la *soledad metafísica*: "A menudo he pensado que la mejor vida para mí consistiría en recluirme con una lámpara y lo necesario para escribir en el recinto más profundo de un amplio sótano cerrado... ¡Y qué cosas escribiría entonces; ¡De qué abismos las arrancararía!" (Carta a Felice Bauer del 14 de enero).

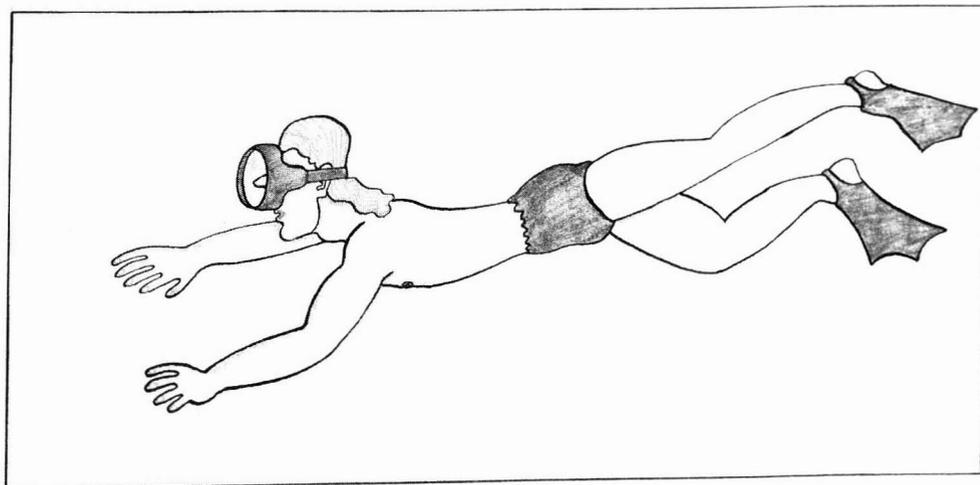
Los aforismos son una expresión literaria que desplaza el "vapor y la apariencia" de la vida atormentada de un Franz Kafka que cada vez encuentra en los adjetivos trágicos el mejor sentido de su transcurrir histórico. El buscará una manera de remediar y rellenar su vacío religioso, y se sumergirá en las viejas tradiciones judías, en las lecturas de la *Cábala* y en sus muy particulares interpretaciones. Entra en las fronteras de la *experiencia interior*, ese via-



je hasta los límites de lo posible con la autoconfrontación; es el choque y la desgarradura, la explosión que se confirma aunque sus humos la anunciaran mucho tiempo atrás. Kafka escucha del paraíso celestiales solamente sus silencios: "El cielo es mudo, sólo para el mudo es eco".

El escritor encuentra en sus "respuestas finales" una serie de planteamientos que se resumirán en sus aforismos. Hoffmann procura encontrar las leyes de la producción de dichas fórmulas religiosas y filosóficas, su intento es interesante pero su exégesis nubla las conexiones con el conjunto de obras de Kafka. La ideología del escritor judío se plasma con la complejidad de quien intenta penetrar un saber de por sí oscuro y tenebroso, cuyas interpretaciones están amparadas por los *infinitos sentidos*. Los textos religiosos no varían, son sincrónicos, sin que ello signifique que son estáticos, su movimiento se genera en el *abrir* de aquellos que dan nuevos planos en la medida en que se acceda a ellos. Uno de los mayores cabalistas de la actualidad, Gershom Scholen, encuentra que "los escritos de Franz Kafka nos presentan los impulsos místicos, por así decir, reducidos al grado cero, y aún en el grado cero mismo, en el que parecen desaparecer, conservan una infinita eficacia". (*La Cábala y su simbolismo*, p-13).

Kafka no es un sacerdote ni se propone serlo, el misticismo de los aforismos es una lógica que traduce su imposibilidad por resolver o dar un cauce adecuado a su desesperanza. La idea ahí contenida son los vaivenes de un temor y un temblor que todo lo avasalla: el descubrimiento de una muerte que conduce a la nada.



Una de las aportaciones de Hoffmann es la de su conocimiento en materia religiosa, en ese sentido sus explicaciones *fluyen*, no empantanar sus *descubrimientos* sobre los aforismos kafkianos. Pero, de igual manera, su objeto de análisis es redundante y crea un círculo vicioso. Falta ahí el contacto con aquello por lo que Franz Kafka se interna en el bosque de las soledades, está ausente el verdadero mecanismo por el que el escritor llega hasta esa pesadumbre; es, por esa razón, que *Los aforismos de Kafka* da causas por consecuencias y se obvia un trabajo de investigación que era indispensable. Las oscilaciones entre la biografía o el desciframiento religioso de los aforismos parcela, sin integrar, un texto que frente a la bibliografía ensayística sobre el escritor checo es pobre y desangelado. Más aún frente a dos de los últimos trabajos críticos: *Kafka: por una literatura menor*: de Gilles Deleuze y Félix Guattari y *El otro proceso de Kafka*: de Elías Canetti, cuyo valor excepcional obliga a replantearse al autor de *El castillo* y *La condena* desde una perspectiva más abierta y más contextualizada.

MARIATEGUI OBRA POLITICA

José Carlos Mariátegui, *Obra política*, Prol., selec. y notas de Rubén Jiménez Ricárdez, México, Ediciones ERA, 1979, 327 pp.

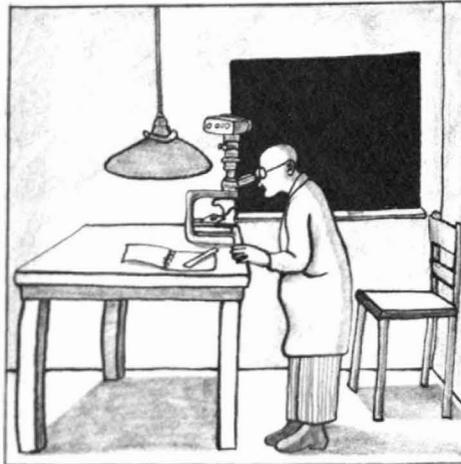
POR EDUARDO ENRIQUEZ

Del uso y abuso de Mariátegui no es culpable sino la ignorancia de sus textos: esto es, la irresponsabilidad.
Julio Ortega.

Teniendo en cuenta estas palabras de Julio Ortega (*La cultura peruana*, México, FCE, 1979) no damos cuenta de la importancia de la publicación del texto *Obra política* de José C. Mariátegui por la casa editorial ERA, ya que su estudio nos permite adentrarnos en la obra del peruano con el propósito de realizar un balance objetivo, tanto de sus aciertos como de sus limitaciones.

Se podría argumentar fácilmente que el título del texto es pretencioso o mañosamente escogido, ya que lo que en realidad reúne son sólo artículos periodísticos y conferencias (cursos universitarios) que obedecen a acontecimientos de carácter contingente y por lo tanto no son textos pensados teórica y metodológicamente para conformar una "Obra" (con mayúscula). Si bien es cierto que la historicidad es el centro de los ensayos, esta apelación del objeto termina como una proyección del sentido: el poder de la crítica (que va más allá de las circunstancias específicas, para establecer consideraciones genera-

LIBROS



les), que hace que estos breves escritos trasciendan su calidad de contingencia y se constituyan en verdaderas aportaciones científicas.

De enorme importancia en el libro resultan el prólogo y la selección (ordenamiento) de los textos realizados por Rubén Jiménez R. pues, además de ofrecer —Prólogo— el panorama histórico en el que Mariátegui escribe, permite detectar las principales influencias a las que se ve sometido, así como su importancia dentro de la historia del pensamiento político latinoamericano. El ordenamiento, selección y notas le confieren en los ensayos un cuerpo y coherencia que permiten una más efectiva aprehensión y entendimiento.

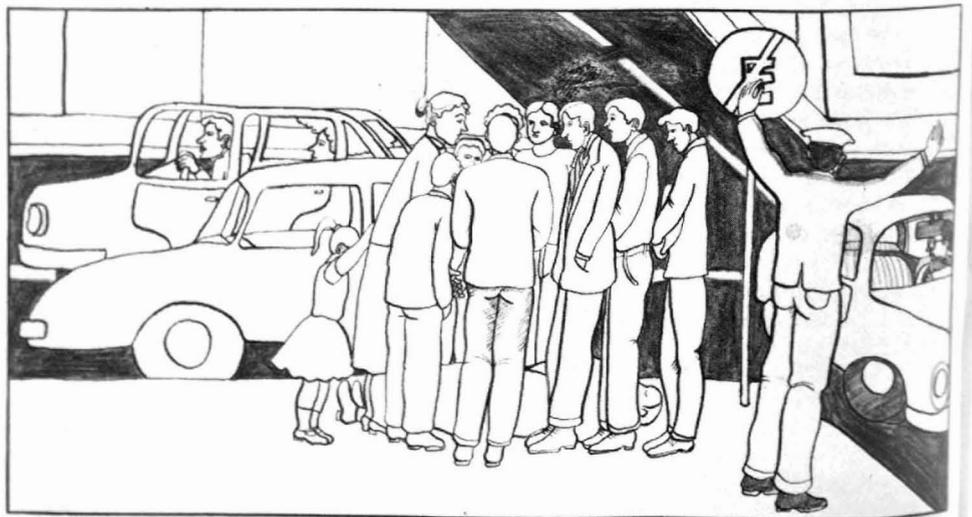
Jiménez Ricárdez nos presenta a Mariátegui como al "más lúcido de los *impulsos* (subrayado E.E.) del marxismo en América Latina" y es precisamente este carácter de *impulsor* lo que lo lleva a considerar la obra de Mariátegui como una *ruptura* epistemológica dentro de la tradición política en Latinoamérica. Si bien es cierto que Mariátegui es fuertemente influenciado por un espíritu democrático radical (Martí), por cierto tipo de ideas anarquistas y por un socialismo reformista, es igualmente cierto que supera estas influencias (y es aquí donde RJR localiza la *ruptura epistemológica*) realizando una sistemática acción de propaganda, agitación e

investigación siempre inspiradas en sus convicciones marxistas. En este contexto es pertinente afirmar que uno de los elementos claves dentro de los escritos de Mariátegui, es la importancia que le confiere a la variable Internacional pues en ninguno de ellos (ya sean artículos periodísticos o charlas en la Universidad Popular) deja de inscribir el asunto que aborda dentro de la problemática mundial, como parte de un todo orgánicamente integrado y no como un asunto que solamente atañe a una sociedad específica (llamase ésta Perú, México, Italia, etc).

Es aquí donde el ordenamiento y clasificación de los textos adquiere una enorme importancia. Atinadamente el primer texto que se incluye es sobre la necesidad que tiene el proletariado peruano de conocer las circunstancias y características de la "crisis mundial" (Primera Guerra Mundial y sus consecuencias), para muchos restringida al ámbito europeo, dentro de la cual es necesario situar a la sociedad peruana y sobre todo la lucha que sea capaz de transformarla. A este texto (conferencia), le siguen otros cuyos contenidos están llenos de importantes consideraciones sobre las causas y efectos de la Primera Guerra Mundial, escritos (pronunciados a sólo cuatro años de haberse dado por oficialmente terminado el conflicto, cosa que por ningún motivo invalida sus proposiciones; por el contrario nos demuestra la enorme capacidad de Mariátegui de dar cuenta de tan complejo acontecimiento a tan solo unos años de sucedido.

Los escritos reunidos en el libro tratan una gran cantidad de asuntos específicos y no por esa razón deja de existir entre ellos una íntima relación que les confiere unidad. Este poder crítico, común a todos los ensayos, no se conforma como tal sino que aspira a la "vulgarización" (término utilizado por el propio Mariátegui) de su contenido, esto es, a la popularización de sus logros a través de un lenguaje sencillo y claro.

Mariátegui es un clásico, pero un clásico del futuro que analiza un mundo no sólo para introducirnos en sus acontecimientos sino para llevarnos desde ellos, para pensar otro mundo. "No ha hecho sino adentrárenos, dice de él Julio Ortega, en hacer suya la única realidad digna de ser vivida: la realidad sublevada."



PUBIS ANGELICAL: ESCOLLO Y FINTA

Manuel Puig, *Pubis angelical*, Ed. Seix-Barral, 1979

POR EMILIANO PEREZ CRUZ

“¿Qué puedes decir sobre *Pubis angelical*?

—Que estoy en un problema muy serio: con *Pubis angelical* liquidó mis últimas experiencias en español. Ya en *Boquitas pintadas* he hablado de la vida del pueblo donde viví hasta los quince años, de la pampa; en *The Buenos Aires Affair* he hablado un poco de Nueva York, aunque experiencias muy laterales. Para mí la literatura tiene tanto que ver con el lenguaje de los personajes que me pregunto ¿cómo puedo hacer hablar a mis personajes norteamericanos?... No sé que pasará con mi próxima novela, aunque ya tengo el tema y todo me fascina, no sé como desarrollarlo, porque mis personajes hablan en inglés, porque son neoyorquinos”...*

Y he aquí que Manuel Puig decide escribir una novela cuyos personajes netamente femeninos (el Ama/ la estrella cinematográfica/ la nodriza; Ana, Argentina exiliada en México víctima de un tumor que la tiene postrada en un hospital y W218, conscripto de rasgos orwellianos), duramente golpeados por la vidorra/ situación política-social que les tocó vivir, rayan en la androfobia producto del alarde que el hombre hace de su dominio en el reino de este mundo.

Sucede que Puig narra en *Pubis angelical* dos historias paralelas que convergen en un solo punto: la crítica al universo de la clase media argentina, preñado de augurios adversos al desenvolvimiento de la mujer más allá del papel impuesto por una sociedad eminentemente machista, falocrática. El ama (posteriormente estrella cinematográfica hollywoodense a lo Puig) es víctima de las apariencias que la presentan como “la bruja de la lectura del pensamiento” al servicio del Tercer Reich; tiene que abandonar el país y embarcarse en compañía de Theo, a quien asesina durante la travesía al enterarse de los planes que tiene éste para ponerla en manos de los agentes soviéticos.

De ahí en adelante tanto los agentes de la ciudad de Urbis (en el 10 Glacioso Año 15) como el abogado militante argentino llamado Juan José Pozzi y los agentes que se enamoran de la actriz serán vistos por las protagonistas como entes que viven en función de su familia o de los requerimientos del Estado al cual sirven.

Ahora bien, un productor cinematográfico es testigo del crimen del Ama y a cambio de su silencio le pide que firme un contrato para filmar varias cintas. La hija del profesor austriaco y de la nodriza (que

LIBROS

intentó matar a su hija “concebida bajo los peores auspicios, los del amor no correspondido”) acepta pero advierte que va a ser madre: W218 será la descendiente que perpetúe el estigma advertido por la nodriza: “Qué bochorno haber tenido una hija y no un machito, que vengara todas las humillaciones que sufrí en la vida, por tener ese punto débil entre mis piernas, que me hace presa fácil del primer perro que sepa olerme la insensatez”. Posteriormente muere al huir de brazos de su amante que quiere ponerla en manos de un analista al enterarse que la actriz, bajo presiones de la empresa, había dado en adopción a su hija sin oponer resistencia.

Esta historia se prolongará hasta el futuro (en la ciudad de Urbis) en la persona de W218, conscripto encargada de atender por obligación a los longevos durante cinco veces a la semana; después se ve atraída por el agente de la República de las Aguas, quien se interesa en ella porque sabe que a los 30 años de edad podrá leer el pensamiento (Ana, la argentina contemporánea, también frisa los “terribles treinta”); W218 descubre el engaño e intenta asesinar al seductor LKJS; W218 elige purgar su condena en los lejanos hospitales de los Hielos Eternos, ganándose los garbanzos “con sus partes pudendas” hasta contraer un contagio venéreo que la doblega.

Ana es el personaje más contemporáneo a nosotros, e igual da muestras de una conciencia de mujer dispuesta a rebelarse,

o al menos a no aceptar al pie de la letra su rol de mujercita de nuestro tiempo —pero mujercita al fin— sus cuestionamientos inciden en lo desventajoso de la relación hombre/mujer pero no va más allá y la historia de W218 parece indicarnos su perentoriedad. De antemano Puig sabe del carácter y la personalidad de sus personajes y no les da rienda suelta; en sus diálogos pone lugares comunes de la relación hembra/macho que se quiere trágica, y logra momentos brillantes en el Capítulo VII, donde lleva al extremo lo cursi con textos de Agustín Lara como parlamentos pronunciados durante el abacho becho, preludeo del antiguo mete y saca entre la actriz y “El”.

Con *Pubis angelical* Puig logró una novela para leerse de un tirón; una vez que se le toma el hilo al esquema narrativo, consistente en diálogos entre Ana y el abogado defensor de presos políticos Juan José Pozzi, o la mexicana que fruta vendía, Beatriz: la primera persona está presente en las páginas del diario de Ana, donde lo mismo se rememora el amor perdido que se hace filosofía para enardecer misóginos o se logran las cuartillas más depuradas en cuanto a sopor se refiere.

Pubis angelical o para deletrear al infinito el texto de las reiteraciones que desmerecen un tanto como obra posterior a *El beso de la mujer araña* pero que, sin embargo, llegará como la gran obra que es a los lectores encandilados por el boom de este autor argentino (1932), experto en el arte de la finta.

* Entrevista con Manuel Puig, *Nexos*, por Andrés de Luna y Gustavo García.



nuevos títulos de
la máquina
eléctrica editorial



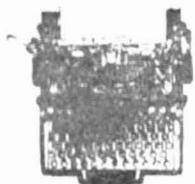
La
Máquina
Eléctrica



Editorial

una editorial de poetas para poetas
Apartado Postal 11-576 México 11, D.F.

La máquina de escribir



nuevos títulos:

- Angel José Fernández: *Escribir sin para qué.*
- Nicolás Parkhurst: *El sayo elemental.*
- Bárbara Jacobs: *Un justo acuerdo.*
- Roberto Diego Ortega: *Línea del horizonte.*
- Antonio Deltoro: *Algarabía inorgánica.*
- Rafael Vargas: *Conversaciones.*
- Margarita Dalton: *Polo en vilo.*

Ediciones de la máquina de escribir
Apartado Postal 21-998
México 21, D. F.

difusión cultural

UNAM

LOS UNIVERSITARIOS

LOS INDOCUMENTADOS: ¿PROBLEMA DE DESEMPLEO?
¿SUBSIDIO A LA ECONOMIA NORTEAMERICANA?
por Jorge Bustamante.

EL CASO DE LA ANGOSTURA por Ricardo María Garibay.

EL CAMPO EN TLAXCALA, un ensayo fotográfico
de Héctor García.

RESEÑA DE TEATRO, CINE Y LIBROS

PUBLICACIONES Adolfo Prieto 133 México 12, D.F. Tel. 523-26-33

DIALOGOS

Artes / Letras / Ciencias humanas

Contenido del número 86 (marzo-abril 1979)

IGNACIO CHÁVEZ: *Morir digno y decisión médica;*
SOLEDAD LOAEZA: *¿Guerra fría, segunda parte?;* JOSÉ
HIERRO: *La casa;* JOSÉ LUIS MARTÍNEZ: *Los estudios
norteamericanos sobre México;* ALBERTO DALLAL:
Morir es pensar todo de nuevo; JEAN-PAUL DOLLÉ:
Ríamos en griego; SALVADOR OJEDA: *Panorama del
Canto Nuevo en México;* CARLOS ISLA: *Tres poemas;*
CARLOS FUENTES: *La lectura épica del poder*

Artes, Lectura, Comentario

Ilustraciones: Eugenio Servín

DIALOGOS

Revista bimensual de El Colegio de México

Precio \$20.00
Dls. \$1.08

Suscripción anual: \$10.00
Dls. \$5.46

El Colegio de México. Departamento de Publicaciones.
Camino al Ajusco 20, México 20, D. F. Tel. 568-60-33 Exts.
364, 365 y 367



GACETA UNAM

ORGANO INFORMATIVO DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

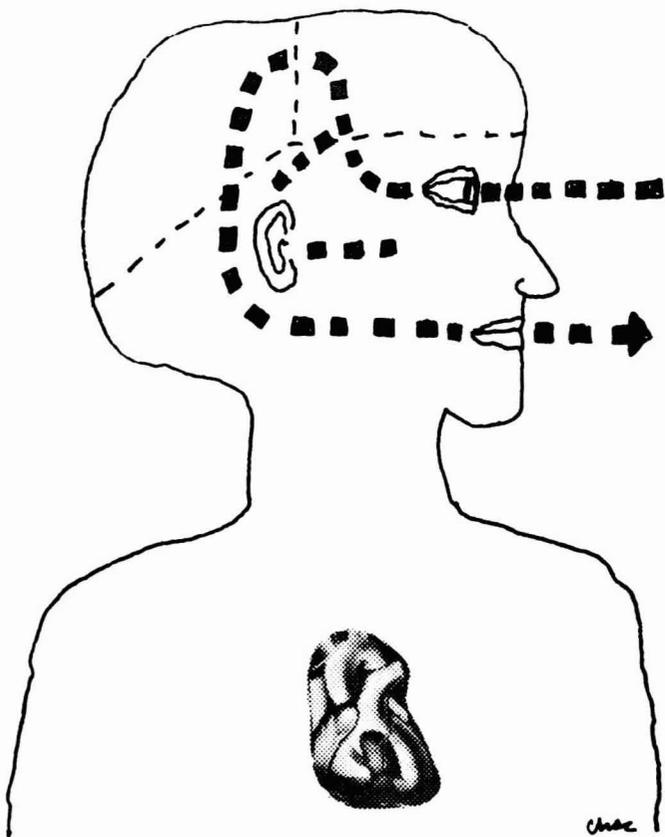
¡¡SOLICITALA LUNES Y JUEVES!!



suscripciones

nombre	_____		
domicilio	_____		
colonia	_____		
zona postal	_____ teléfono		
mil doscientos pesos, por un año	<input type="checkbox"/>	giro postal	<input type="checkbox"/>
seiscientos pesos, por seis meses	<input type="checkbox"/>	cheque	<input type="checkbox"/>
fecha	_____		

CORREGIO 12 MEXICO 19. D.F. / TELEFONO 563-99-11



HACER
PENSAR
ESO ES
LO QUE
QUEREMOS
HACER
PENSAR

TVOTV

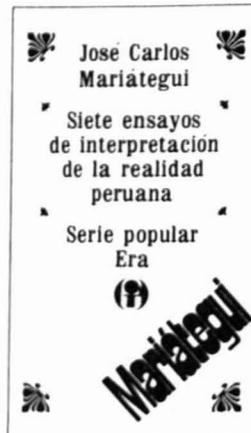


SERIE POPULAR ERA
NOVEDADES

Ediciones Era ■ Avena 102 ■ México 13, D. F. ■ 581-77-44



Santa Gertrudis:
testimonios de una
lucha campesina
Lorena Paz Paredes
Julio Moguel



Próximos títulos:

David Fernbach
**Marx: una lectura
política**

Ernest Mandel
**La crisis:
1974-1979**

Santiago Quintana
**La revolución
palestina:
estrategia, táctica
y clases sociales**

Agencia Guadalajara ■ Federalismo 958 Sur ■ Guad. Jal. ■ 12-60-37



siglo
veintiuno
editores

II CONCURSO ENSAYO
SIGLO VEINTIUNO

Qué hacer en América Latina

• Ensayos sobre el presente americano con extensión mínima de 150 páginas y máxima de 300 • Primer premio de US \$ 5,000; segundo de US \$ 3,000; dos terceros de US \$ 1,000 cada uno • Se recibirán originales hasta el 31 de diciembre de 1979 • Los ensayos premiados serán publicados • Se fija un 10% sobre el precio de venta de cada libro en pago por derechos de autor.

Solicite información adicional a
Siglo XXI Editores: Apdo. postal 20-626
México D.F.

REVISTA DE LA

UNIVERSIDAD DE MEXICO

En su próximo número la revista de la Universidad presentará, entre otras, las siguientes colaboraciones:

- Emir Rodríguez Monegal: Muerte y resurrección de Borges
 - Fernando del Paso: La imaginación al poder
 - Jacques Gilhaumou: El discurso político
 - Una entrevista a Jorge Aguilar Mora
 - Poemas de Gustavo Cobo Borda
 - Narrativa de Manuel Capetillo
 - Las columnas de Illescas, Cardoza, Oviedo
- Nuevas columnas a cargo de Bryce Echenique y Federico Alvarez

a la venta en las principales librerías, la planta baja de la torre de rectoría y minipuestos de ciudad universitaria, ventas y suscripciones en el departamento de distribución de publicaciones de difusión cultural, adolfo prieto 133, col. del valle, méxico 12, d. f.

ENRIQUE SUAREZ GAONA

6 ECOSEMAS

ISABELINO

El distanciamiento
familiar
no era tanto
porque Romeo
era Montesco
sino por lo
Capuleta
que era Julieta

QUIROGUIANA

Horacio Quiroga nació el 3 de
diciembre de 1879 y murió el
19 de febrero de 1937.

Y luego
(o antes)
aquel otro
(o el mismo)
platense
que pudo haber sido
(o fue)
personaje
de alguno de sus cuentos
(de Quiroga)
y del que no (sí) hubo tiempo de relatar su historia:
nació en mil novecientos treinta y siete
murió en mil ochocientos setenta y nueve

A Sergio,
que le sucedió
lo mismo.

EL ULTIMO TROZO DE PAPEL DEL PLANETA

Sí,
ya se imagina usted
su uso final:
higiénico.

INTIMA TRISTEZA REACCIONARIA

Qué épocas aquellas
en que
el regidor
el diputado
el gobernador
el ministro
atrapados con las manos
en la masa,
se suicidaban
dejando cartas
al presidente,
a su mujer,
en ese orden.
10-II-79

CONDECORACION

Al regresar de sus ocho años
En Vietnam
John Smith
besó con fervor a sus hijos
de dos
y tres
años
de edad.

PESADILLA

Dino
Ahito
al despertar
ahí todavía
estaba
Tito.
18-II-73

